

SOBRE BALTASAR GRACIAN (Notas lingüoestilísticas)

I

La valoración literaria de Gracián sigue en creciente, y al mismo ritmo se ensancha el círculo de lectores que le son afectos. Así, al menos, permite suponerlo la relativa profusión de reediciones y estudios de sus obras, culminada al cumplirse el tercer centenario de su muerte¹. Aun descontada la parte que en tales celebraciones tiene habitualmente el compromiso de contribuir al homenaje, parece indudable que la afición a Gracián se extiende, y ya la categoría de gracianista va contando entre las especialidades de la investigación española, que forman capítulo importante, junto a la dedicación a otros ingenios de primera fila. Están, pues, los estudios gracianos en favorable coyuntura. Temas no faltarán nunca. Si, de un lado, los ofrece abundantes la indagación del origen de las ideas que el autor expuso y de la vía por donde llegaron a él, estudio que tiene el picante atractivo de su propia dificultad², son, de otro, inagotables los que basta a suscitar su expresión literaria.

¹ Entre las ediciones modernas descuellan las preparadas por el ya fallecido don MIGUEL ROMERA NAVARRO: la del *Criticón* (en tres vols., 1938-1940) y la del *Oráculo manual* (1954), publicada aquélla por la Universidad de Philadelphia y ésta por nuestro C. S. I. C. en la colección de Anejos de *RFE*. Pulcramente editadas ambas e ilustradas con tanta erudición como agudeza, no son sino una parte de los trabajos que a Gracián consagró, mereciendo con ello la gratitud de todos los aficionados al gran escritor barroco. También es muy apreciada, por la comodidad de reunir toda la producción graciana, con estudios previos de cada una de las obras, la de *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1944, de E. CORREA CALDERÓN. Moderniza la ortografía, pero se sirve de los textos más autorizados. Siguiendo la norma de la colección de que forma parte, prescinde de notas.

² No cuidó Gracián de allanar la tarea de sus posibles pesquisidores, y en ello no hizo sino seguir la general costumbre de prescindir de la noticia de sus lecturas, excepto de los antiguos clásicos. La mención de autores que hace en *Agudeza* nada representa en este aspecto, ya que no podía dejar de citarlos al reproducir sus composiciones.

Quien se sintió prendido en el embrujo de esta prosa, diabólicamente barroca, quiere explicarse su encantamiento, asirse a detalles materiales que lo justifiquen, revisar y perfeccionar reiteradamente el perfil de la imagen trazada de su autor. Así nacieron estas notas, de una simple relectura muy saboreada que modificó varias facetas del Gracián de las lecturas precedentes. Componer con tales apuntaciones una exposición seguida, en la que podría también ensayar algún cambio de método estimado propicio, era tentación difícil de resistir.

Gracián no desarrolla paulatinamente su personalidad hasta mostrar los rasgos más característicos de su estilo, como es el caso ordinario de literatos y de los artistas en general. Desde su primera obra publicada —*El Héroe*—, desde el minúsculo prólogo que la inicia, campean en su prosa, con osadía casi agresiva, las calidades más inesperadas, que forman el original pergeño de su manera inconfundible. Dos son las que más sorprenden desde luego: la estructura fraccionada de los períodos y una concisión tan apretada que linda con la angustia. Nada de cláusulas eslabonadas, con deducciones y razonamientos trabados firmemente. Frases sueltas, sólo yuxtapuestas, cortadas y aisladas entre sí. Se diría que el novel escritor, adelantándose dos siglos a los simbolistas franceses, venía, como ellos, dispuesto a retorcerle el cuello a la elocuencia —enérgica frase que no hubiera desentonado entre las muchas bellas locuciones que nuestro autor acertó a componer—. Tal interdependencia con que las proposiciones son construidas le facilita la constante forja de verdaderos modelos, ya de galanura, ya, sobre todo, de enorme vigor expresivo. Y entre ellas no escasean las que defienden con denuedo el secreto de su significado. ¿Será que el nuevo escritor quiso también anticiparse a los escritores galos en aquello de *épater le bourgeois*? Tal vez. No estimo muy absurdo imaginar al revesado jesuita adivinando socarronamente los apuros de interpretación que depararían algunas de sus sibilinas expresiones, que acaso no tuviesen otro sentido que despabilar las entendederas de los que deseaba para lectores de sus obras. Claro que esta voluntaria oscuridad no es patrimonio de Gracián, sino objetivo común del preclaro grupo de escritores que, en verso y prosa, aportaron el verdadero mensaje barroco —grupo muy reducido, ya que los más numerosos aspirantes a integrar sus filas sólo atinaron a imitar lo repelente y enfadoso—¹. Consideró el barroquismo que la expresión

¹ Es suficiente esta indicación, con la que se descarta la parte más considerable, numéricamente, de los escritores de este siglo, en los que el prurito de imitar el estilo de los «grandes» hasta en los temas que más deben inclinar a la sencillez y naturalidad, hace sumamente ingrata la lectura de obras de que, por su asunto, no puede prescindirse.

llana, buena para el comercio vulgar de los hombres, no puede alcanzar la sublimidad que la belleza tiene derecho a revestir; creó, así, un arte minoritario, desdeñador del favor popular, aunque a veces un mismo escritor busca éste en una parte de sus obras y escribe en otra para los selectos.

Gracián, que, por curiosa coincidencia, nació casi a la vez que su siglo¹, parece haber sido dotado especialmente para personificarlo en la literatura. Y al representar tan fielmente el estilo barroco, que prevaleció en la centuria, ha participado, con honores de figura capital, del entusiasmo y de la inquina que con igual vehemencia inspiró. Las dotes que determinaron la modalidad de su genio literario podemos inducir las de lo que su biografía conocida permite vislumbrar y, sobre todo, de lo que revelan sus propias obras. No es mucho lo que de su vida sabemos, pero suficiente para encuadrar y compaginar los rasgos que entre líneas, y en las líneas mismas, percibimos en sus personalísimos escritos. La profesión de jesuita dirigió su quehacer cotidiano hacia prácticas religiosas, que en él fueron la enseñanza en colegios de la Compañía y la oratoria sagrada; sus sermones, que, por afinidad con el menester literario, interesaría conocer, no fueron publicados, quedando sólo la noticia de la gran aceptación que obtuvieron; algo suple la falta su *Comulgatorio*, libro repetidamente editado, que es su único aporte a la literatura de devoción. Dato personal interesante es el de la firmeza de su carácter, en que se supone entró como ingrediente la recia entereza propia de los nativos de su región y que, sobre todo, mostró en la energía con que se adhería a cuanto su discurso diputaba por bueno². Otra noticia de bastante significación es la de su apetencia inextinguible de pulimento y progreso espiritual, que satisfizo con la constante lectura, con un verdadero culto de todo lo artístico y el conversar asiduo con los más refinados amigos que alcanzó a lograr. La suma de tales datos, allegados

¹ Recuérdese su fecha de nacimiento: 8 de enero de 1601.

² Los escritores aragonesistas, que consideran la producción graciana expresión del alma aragonesa («de su tiempo y del tiempo pretérito y del presente», dice R. DEL ARCO), al ver reflejados en estos escritos las virtudes y los vicios de la región, califican de vigorosamente aragonesa la concisión de su estilo. Por su parte, mostró con frecuencia su patriotismo regional. Basta una de sus obras, la consagrada a Fernando el Católico, para ofrecernos en seguida varias expresiones de su encendido aragonesismo: «la heroica prosapia de sus reyes»; «fue siempre fecunda madre de héroes»; «cada uno de los ricos hombres de Aragón era espejo de su rey, era un ayo ejemplar de su príncipe. Nación, al fin, propia para oficina de heroicos reyes»; «Don Alonso de Aragón, desaparecido en Fraga, porque nadie pudiera alabarse de haber visto un aragonés vencido y muerto», etc.

por la biografía, nos ofrece un tipo de genio atraído por una filosofía de los problemas vitales, preocupado por enriquecer a la débil criatura humana con armas que defiendan su flaca contextura de espíritu y con artificios que socorran la pobreza intelectual de la mayoría de los hombres. Las facultades con que contó para crear la obra que diese vida, en variados ensayos, a tales aspiraciones, fueron superiores a la labor realizada, o, mejor, suficientes para ensanchar el círculo de géneros cultivados. Así parecen revelarlo los destellos que aisladamente brillan en sus escritos, indicio de dotes extraordinarias que sólo en esos momentos se complació el escritor en mostrar, como si él mismo no se percatase de su valía o no les atribuyese importancia. Cuando se ahonda en la apreciación de algunos pasajes y, en especial, de pormenores que en una lectura rápida quedan apenas percibidos, se adivina el extraordinario novelista que en Gracián había. Considérese que sólo ejerció su talento de novelador en *El Criticón*, cuyas posibilidades como obra de ficción están muy disminuidas por la traba constante de la alegoría. Y, sin embargo, es sorprendente la vida que transpira de sus escenas, la naturalidad con que los personajes se comportan, haciéndonos olvidar que son meras representaciones de cualidades abstractas. Domina el sutil jesuita, por indudable intuición, la técnica del diálogo, y aplícala con tal derroche de gracia y realismo, que se piensa que pudo también haber sido un magnífico comediógrafo. Tiene asimismo —esto sí le es reconocido unánimemente— el instinto de la ocurrencia chistosa de buena ley, para cuya expresión acierta, además, a elegir la palabra más exacta y más bella. Y en tanto que la habilidad coloquial sólo en *El Criticón* pudo hallar ocasión de explayarse, la agudeza, que puede florecer en los trabajos más serios y encumbrados, asoma en sus opúsculos político-morales lo suficiente para dar la medida de las facultades tan raramente ejercidas de su autor.

Acabo de aludir a una faceta muy importante de las que configuran la capacidad literaria de Gracián: el sentido espontáneo del lenguaje, como muestra el afortunado hallazgo, tan característico suyo, del vocablo justo¹. La admiración que ello produce al lector se exalta sobre

¹ También, aunque mucho menos que Quevedo, creó Gracián los vocablos que necesitó, de acuerdo con su opinión, consignada en estas palabras a Salinas en carta de 1652: «En el castellano puédesse inventar ahora, porque estos autores van haciendo la lengua». Y dada su aprobación a un vocablo, sea por él creado, adoptado de otros o trasladado de sentido, ocurre mucho que Gracián se encariña con él, empleándolo con extraordinaria frecuencia, en tanto que es muy escaso su uso en los demás escritores. En la segunda parte de este artículo podrá el lector comprobarlo.

todo cuando se conoce la fuente que utilizó; entonces puede justipreciarse sin vacilar su tacto para aceptar las palabras convenientes y sustituir otras por las locuciones felicísimas que su texto ofrece. Claro es que esta intuición se vio, sin duda, asistida de extensa experiencia lingüística, originada de su variada lectura. Sólo las obras que tienen su índice en *Agudeza*, limitadas a géneros casi exclusivamente literarios, muestran una erudición no ligera, y no debieron de ser sino pequeña parte de su bibliografía conocida. A ellas, en efecto, ha de sumarse la producción —tan copiosa en su tiempo— del género filosófico-político-moral a que Gracián fue especialmente afecto; de ésta le atrajo con particular fervor la publicada en las prensas italianas, pero seguramente fueron también los libros franceses y españoles pasto de su curiosa voracidad.

El orden que marcan las fechas en que publicó sus obras nos muestra que fueron los temas de este género los que primero excitaron su prurito de creación literaria. Muy fuerte debió de ser la impresión que los escritos sobre tales asuntos le produjeron; muy tentadora, también, la vocación que hacia la filosofía política y moral le llevaría por espontáneo impulso. No menos de cuatro opúsculos seguidos, sin más interrupción que el tiempo necesario para componer la *Agudeza*, acapararon los mejores años de su vida. Es curioso comprobar que fue ya bastante entrado en días cuando, sin alejarse mucho de aquel género predilecto, eligió una modalidad que le diese ocasión de emplear las dotes que poseía para la literatura de ficción. Pero era tan completa su personalidad de escritor (sólo le faltó aptitud o afición para la poesía, falta rarísima en su época), que en aquellos primeros libros alcanzó enorme perfección y ha logrado con ellos muy fervorosos adictos, de la alta categoría que él apetecía, aunque no tan numerosos como los ganados por su *Criticón*. Es también en ellos donde pudo extremar la ya mencionada como más relevante de sus características, tan intensamente aplicada en esta primera fase, que le ha valido ser reputado el escritor más lacónico de nuestra literatura. Cuando al comienzo de su carrera literaria, en las breves palabras al lector que inician *El Héroe*, le dice éstas, que tanto se han divulgado: «Escribo breve por tu mucho entender», define, comprimido en la mínima enunciación posible, el arte estilístico que se propone desarrollar. Pronto comprueba el lector que es esa sobriedad de expresión el recurso en cuyo logro se emplea Gracián más a fondo. No renuncia a eliminar de sus frases ningún vocablo de que pueda prescindir; llega, incluso, a suprimirlos, aunque de su falta se origine oscuridad o incorrección. Natural complemento de ello es una busca ansiosa de expresividad, para que las palabras, tan parcamente empleadas,

rindan todo el significado de que sean capaces y marquen cuantos matices alcance el lenguaje a representar. Cooperario y simpatizante de la concisión es, asimismo, la estructura sintáctica de la frase corta, que aquí tiene también lugar de privilegio; y por ser tan triunfante en nuestro tiempo, da esta construcción a la prosa graciana un matiz de modernidad que otros caracteres contribuirán a acentuar. El más importante, no exclusivo de nuestro autor, pero sí del grupo de «grandes» de que formó parte, es la audacia y originalidad en el empleo de epítetos y de calificativos en general. Gracián huye de los prodigados por efectismo y del tópico que perdió su fuerza expresiva por el desgaste del abuso, y es notable la despreocupación con que se apodera de cualesquier vocablos que expresen con brío y justeza lo que quiere dar a conocer.

Este breve resumen previo de sus rasgos más acusados permite entrar con alguna base en una indagación algo pormenorizada de sus usos estilísticos —forma plural obligada, porque usó, en efecto, de sendos estilos en sus diversas obras, aunque los uniforma a todos la fuerte impronta de su personalidad—. El mejor plan es el de examinar esa sucesión de estilos por el orden en que las obras fueron compuestas, acompañando una corta noticia de cada una, la precisa por el influjo de los sucesivos asuntos tratados en los caracteres de la manera preferida.

La primera publicada, *El Héroe*, la ofrece a la divulgación, cuando ya él tiene treinta y seis años, Vincencio Lastanosa, a sus expensas y contra la voluntad del autor, si hemos de creer al hijo del generoso mecenas. Tal resistencia a popularizar su primer parto literario está muy en el carácter del hombre exigente que debió de ser Gracián, pero a partir de entonces salieron ininterrumpidamente de su pluma las restantes obras, a las que tuvo en la mayor estimación. Lo que no me ofrece duda es que hubo previos escritos, que serían por él destruidos. La impresión que *El Héroe* produce, antes y después de conocer las demás, es de un estilo en curso muy avanzado de elaboración. Se aprecian en él calidades de meta alcanzada, eliminado ya lo que pudiera haber de ensayo y titubeo¹. No falta quien la valore por la mejor producción de

¹ No recuerdo haber visto expuesta esta opinión de la sospechada precedencia de otros trabajos gracianos, que adiestrasen y afinasen el estilo hasta hacer posible la perfección mostrada en el *Héroe*, pero me parece indudable que, sin expresarla, sería compartida, dada la admiración que inspira este librito. He aquí palabras de PFANDL, que reflejan muy bien el tono general de los críticos: «Ueberhaupt besteht die Originalität des 'Héroe' und der ihm verwandten Werke vor allem im Stil und in dem Bestreben, alte Ideen in neuer, verblüffender Fassung vorzutragen. Die

Gracián, y supo apreciarla Felipe IV si la llamó «brinquiño», porque es, en efecto, una joyita; diríase un tratado comprimido, al que, pese a su extrema brevedad, nada falta en la exposición que hace de «primores» del héroe, cada uno de los cuales forma un minúsculo capítulo de la obra. El peculiar concepto del hombre superior que ellos trazan siempre ha llamado la atención al trabar conocimiento con el autor, sobre el que dicho ideal ejerció siempre —en todos sus escritos se refleja, más o menos— una verdadera fascinación. El ideal que él describe está muy lejano del héroe o semidiós de las antiguas mitologías, a cuyo tipo nos hemos habituado todos a ajustar el modelo de superhombre que concebimos. Con sólo recordar que ejemplares humanos de la categoría de Salomón, Fernando el Católico o Felipe II realizan en amplia medida el soñado por Gracián, percibimos que son muy otras las excelencias que nuestro jesuita tiene por esenciales para otorgar su título de superioridad; luego vemos, en la impresión que este libro nos deja, que ese arquetipo, morosamente dibujado dentro de la cortedad de la obra, es, ante todo, excelso por dotes morales: inteligente, cauto, siempre sobre sí, ducho en el arte de mostrarse a los demás en todo su valor, de poner de relieve sus facetas más favorables. Por estos tan originales rasgos, por su consiguiente lejanía del concepto usual, préstase a ser juzgado con los más extremados criterios. Los alemanes han pensado que el héroe soñado por Gracián era modelo adecuado a ellos, el mayor elogio que allí se le puede hacer. En España, al contrario, no falta un escritor que lo moteja de desequilibrado¹. Entre estos dos límites podría formarse una gama muy completa. Lo que aquí interesa es que la figura del héroe muestra indicios de ser para Gracián el objetivo número uno, en torno al cual gira toda su producción político-moral. En *El Héroe* la dibuja en sus líneas generales; en el *Político* y el *Discreto* se aplica a sendas familias de la especie heroica, y en el *Oráculo* completa y expone en forma aforística toda la doctrina que a los héroes se refiere, entendido el vocablo con muy anchos límites.

En esta primera obra, al superhombre concretamente dedicada, es donde más impresiona la extremada sobriedad de Gracián, pues, aunque es equivalente o superior la del *Oráculo*, el hecho de formar su contenido una serie de sentencias o apotegmas, con sus correspondientes glosas, justifica el laconismo, tan apropiado a ese género. En *El Héroe* es evi-

Prosa ist gewählt und mit Absicht dunkel, voll von Neologismen, absonderlichen Satzbildungen und spitzfindigen Antithesen, schon in diesem ersten Werk ein sprechendes Zeugnis des 'conceptismo' und nicht frei von 'cultismo'.

¹ Vid. G. DÍAZ-PLAJA: *El espíritu del barroco*. Barcelona, 1940, pág. 27.

dente su empleo como modalidad estilística elegante, que realza la delgadez de ingenio del escritor y excita la clarividencia de quien le lee. En su eficacia pone, sin duda, el autor lo más de su confianza y de su empeño, no buscando apenas otros recursos de embellecimiento. Y, pese a la indudable morosidad y atildamiento con que escribe, estimo que no es propiamente el de estilista, con el significado que suele dársele, el calificativo que le conviene, ya que ni fía el éxito a la rebusca de vocablos bellos, por el solo hecho de serlo, ni a la sorpresa e ingeniosidad de nuevos giros; más bien se pensaría a veces que escoge de intento una manera hosca, difícil, que haga más angustiosa su concisión. Para nuevos giros, muy escaso margen permitía la casi total ausencia de oraciones compuestas, que darían más ocasión de variedad en los usos sintácticos. En cuanto a las palabras, como ya sabemos, de lo que cuida es que expresen con la máxima precisión el concepto que quiere exponer. Emitirlos muy sutiles y originales es el menester en que él, conceptista ante todo y sobre todo, emplea a fondo su agudeza, tan bien conformada para este linaje de creación. Y no sólo su ingenio. El mismo a quien veremos en algunas páginas de sus trabajos siguientes escribir con apresurado descuido, revela en *El Héroe* un constante retoque y revisión del texto, que, además, ha podido ser comprobado por las copiosas enmiendas que comporta el manuscrito original¹.

Es muy poco lo que sobre detalles reveladores de «voluntad de estilo» puede apuntarse, así como de géneros de licencia que el escritor se permite. De los más frecuentes, aun siendo escasos, es el uso de sustantivos en función adjetiva, como 'hay perfecciones soles y hay perfecciones luces', 'hecho siempre a objetos milagros'; la sustitución se hace más notable cuando se contraponen un sustantivo y un adjetivo, como en 'son tan felices las prontitudes del ingenio cuan azares las de la voluntad'. Es muy reiteradamente empleado 'rey', y se encuentran también en función calificativa 'imán', 'harpías' y alguno más. Sus epítetos son en general muy felices: bautiza de 'empresa pigmea' a la que 'no puede acreditar de jayán' (sustantivo este último muy favorito suyo, con el que sustituye a gigante); de 'jubilados', a los personajes de Plutarco, por oposi-

¹ M. ROMERA NAVARRO, en su *Estudio del autógrafo de «El héroe» graciano*, Madrid, 1946, anejo XXXV de RFE, da valiosas indicaciones sobre los usos estilísticos practicados en este manuscrito autógrafo, cotejado por él con el texto impreso; las correcciones que en este último aparecen tienden a aminorar y corregir el culteranismo en que abundaba el anterior, lo que muestra que pronto empezó Gracián a rectificar. Veremos, con todo, en el curso de estas notas, que tendió reiteradamente a cambiar de rumbo.

ción a los modernos de Giovio, y pueden con ellos citarse otros hallazgos felices, como el de 'archicorazón', que aplicó a Alejandro (uno de sus dioses mayores); el de 'conreyes' (y 'conreinar'), con otros varios de igual formación; el de 'sutileza de tahir' a la habilidad de saber ponerse en cobro sin esperar a que lleguen los malos tiempos, así como llama, usando también del lenguaje de los juegos, al que siempre se mostró muy afecto, 'la malilla de las prendas' a la agudeza, 'guardajoyas' a la fama...¹. Debe, junto a estos medios de calificación, mencionarse su copioso empleo de perífrasis o elusiones, tan frecuentes entonces, de que él se vale, sobre todo, para designar a personajes: en todas sus obras le veremos constante aficionado a ellos. Si Góngora y sus secuaces eludían con tal recurso vocablos que les convenía evitar por varias posibles causas, no es dudoso que Gracián busca simplemente ocasiones de ostentar su inventiva y agudeza: así llama 'sol de capitanes y general de héroes' al conde de Fuentes; 'heroico desvelo de Alejandro', a Aquiles; 'centro de los rayos de la prudencia', a Fernando el Católico; 'textos animados de la reputación', a los hombres cuya eminencia estimula a otros, como Aquiles a Alejandro, Alejandro a César, etc. De frases pueden registrarse algunas, muy interesantes por su sabor moderno, como ésta: 'Qué importa que el mar brame si las estrellas ríen'; o esta otra: 'Un como salir a vistas la fama y el caudal'. En el uso de preposiciones, uno de los capítulos gramaticales en que más parte podría tener el capricho personal, no debe olvidarse, aun siendo mucha la personalidad de Gracián, que en los más casos que le veamos discrepar del nuestro, no hace sino seguir la práctica de su época; cada ejemplo habría, pues, de someterse a cotejo con otras obras coetáneas. Del hipérbaton usa poco, pero con fortuna; por ejemplo: 'todos son necios los Narcisos'. Ha de aludirse, en fin, a su extremada afición por las figuras relacionadas con lo que castizamente se llama jugar del vocablo: aliteración, equívoco, paralelismo, paronomasia, retruécano, etc. En todo el curso de la producción de Gracián toparemos con su incontinencia ante la tentación de mostrar con su empleo el mucho ingenio de que estaba dotado para extraer toda la fuerza alusiva que los vocablos pueden contener. En muchos casos no es dudoso que usa de tales artificios como de meros recursos amenizantes, si bien, al acrecer el atractivo estético de su prosa, acrecienta

¹ Parece innecesario, por poco que sea conocida la literatura del xvii, advertir que estos usos no pueden entenderse como exclusivos de Gracián, aunque sí lo sean los casos particulares citados, que son precisamente escogidos por lo bien que caracterizan su personal estilo.

también su expresividad y su precisión. Pero en algunos cala muy hondo el autor y se vale de la formal donosura que depara el sonoro parentesco para desvelar hallazgos de verdadera entidad, algún sentido recóndito en que antes no se había reparado. Podríamos decir que es ésta la edad de oro de esos manipuleos, pues poetas y prosistas, conceptistas y culteranos, les muestran por igual su afición. Gracián manteniéndose aún, en *El Héroe*, medianamente comedido, si lo comparamos con el desarrollo que después toman tales expansiones del ingenio. Vayan algunos ejemplos: 'equivócase en Augustino lo agosto con lo agudo'; 'un papel... se lo voló el viento de los ojos a las hojas'; 'corrido [avergonzado] Alejandro antes que corredor [en las carreras]'; 'el es el rey en el afecto, si Vuestra Majestad en el efecto'; 'es arrebatado el vulgo en proseguir, si furioso en perseguir'; 'iba descabezando vides con más dificultad que en otro tiempo vidas'.

Para acabar esta ojeada conviene destacar algunas frases y períodos característicos que puedan servir de muestras, unos, del estilo general de la obra, y otros, del hermetismo con que gustaba —en *El Héroe* con relativa frecuencia— realzar su expresión. El primor II ofrece dos de estos últimos: 'Si todo exceso en secreto lo es en caudal, sacramentar una voluntad será soberanía', en que el despiste del primer momento depende del uso tan raro de 'sacramentar', que equivale aquí a mantener reservada la voluntad como cosa santa. Ha de recordarse también que 'caudal', muy usado siempre por nuestro autor, vale por juicio, *sindéresis*. El otro es: 'Accesible es el primor a un varón callado, calificada inclinación, mejorada del arte, prenda de divinidad, si no por naturaleza, por semejanza'; aquí la buena inclinación es a conservar el secreto, que, nativa ya en el hombre, puede mejorarse con la educación y el esfuerzo del espíritu. Modelo de concisión, del primor III: 'Es lo mejor de lo visible el hombre, y en él el entendimiento; luego sus victorias, las mayores'; la sobriedad es aquí compatible con una completa normalidad y corrección. En el mismo capítulo, otra expresión muy feliz: 'Es la prontitud oráculo en las mayores dudas, esfinge en los enigmas, hilo de oro en laberintos, y suele ser de condición de león, que guarda el extremarse para el mayor aprieto'. Otra, del V, también muy característica del estilo graciano: 'Es la estimación preciosísima, y de discretos el regatearla; toda escasez en moneda de aplauso es hidalga, y, al contrario, desperdicios de estima merecen castigo de desprecio'; es también de interés recordarla por ser una de las máximas en que más parece superponerse la política a la moral, punto de los muy discutidos de la ética de Gracián. Conviene asimismo considerar éste, del primor VI: 'De las prendas, unas da el Cielo, otras libra la industria; una ni dos no bastan

a realzar un sujeto; cuanto destituyó el Cielo de las naturales, supla la diligencia en las adquisitas. Aquéllas son hijas del favor; éstas, de la loable industria; y nõ suelen ser las menos nobles'; es una proclamación más de lo mucho que él valoraba las calidades no dadas gratuitamente por la naturaleza, sino conquistadas por el propio esfuerzo, el trato con los mejores y demás medios de mejoramiento que propugna. Esta otra, del mismo capítulo, es también, a la vez que característica del estilo graciano, prueba del aristocrático instinto del autor, revelado aquí en su desdén por los que aspiran a distinguirse en lo poco elevado: 'Ser eminente en profesión humilde es ser grande en lo poco, es ser algo en nada. Quedarse en una medianía apoya la universalidad; pasar a eminencia desluce el crédito'. Pondera en el siguiente la ventaja de buscarse un camino no andado ya, con estas palabras, tan felizmente concisas: 'Con esta novedad de asuntos se hicieron lugar siempre los advertidos en la matrícula de los magnos'. Se advierte en la lectura que, cuando el tema no es muy claro, por ser inseguros y fluctuantes los límites que separan las opuestas soluciones propugnadas, abundan los arcanismos; así ocurre en el primor VIII, que versa sobre la preferencia que el héroe debe dar a los 'empeños plausibles', que, en definitiva, es vacilar entre los temas que excitan el entusiasmo de la masa y los que logran sólo la aprobación de pocos, pero selectos. El siguiente, al contrario, sobre la necesidad de que cada cual descubra el 'atributo rey de su caudal', que en unos es el corazón (el valor), en otros la cabeza (el ingenio), etc., tesis, como se ve, inatacable, dicta al autor una prosa que fluye sosegada, sin altibajos ni expresiones misteriosas, aunque siempre colmada de afortunados dichos inolvidables. Así éste, por ejemplo: 'Es punto de necedad querer uno estudiar con el valor y pelear otro con la agudeza'; o este otro: '¡Oh, si hubiera espejos de entendimiento como los hay de rostro! El lo ha de ser de sí mismo y falsificarse fácilmente. Todo juez de sí mismo halla luego textos de escapatoria y sobornos de pasión'. El tema de la suerte personal (pr. X) le inspira ágiles frases encantadoras. He aquí una, preferible por breve: 'Suple con oro la fealdad de la hija el sagaz padre, y el universal dora la fealdad del ingenio con ventura'. También es ingeniosa ésta: 'No así [no desistió en Pavía] el primer Francisco de Francia, que afectó ignorar su fortuna y la del César, y así, por delincuente de prudencia, fue condenado a prisión.' Y ésta, del XI: 'Cómense mejor los buenos bocados de la suerte con el agridulce de un azar'. Para describir el despejo, 'alma de toda prenda, vida de toda perfección...', multiplica las bellas designaciones; dice, entre otras: 'Por robador del gusto le llamaron garabato; por lo imperceptible, donaire; por lo alentado, brío; por lo galán, despejo; por lo fácil, desenfadado. Que todos estos nombres le han

buscado el deseo y la dificultad de declararle' (XIII). Confirma él esto último acudiendo igualmente al más espontáneo lenguaje que al muy alambicado, para que quede bien deslindado su concepto. Dedicar, contrariamente, breve espacio al imperio natural con que algunos se imponen a los demás, cualidad inconfundible y que, por ello, no requiere mucha explicación; sólo apunto, por la rareza del giro, el período en que glosa el precepto catoniano de respetarse a sí mismo: 'El que se pierde a sí propio el miedo da licencia a los demás, y con la permisión suya facilita la ajena' (XIV). De los capítulos siguientes sólo esto: 'Fue antes conocido por héroe que por soldado', expresión de un rápido señalarse que no se puede superar (XVI). El postrero está por completo consagrado a la virtud, como en desquite de aferrarse en todo lo anterior a cualidades menos excelsas. Ahora fue el recordar las figuras más sonadas en la historia religiosa. Hasta Felipe III, 'el bueno, el casto, el pío, el celoso de los Filipos españoles, que no perdiendo un palmo de tierra, ganó a varas el Cielo', logra un puesto en este desfile de grandes hombres.

La impresión que deja una lectura del *Héroe* está muy cercana al deslumbramiento. Prendida la atención en aquel desfile de locuciones fulgurantes, venturosos hallazgos calificativos, siempre inesperados, y frases con el excitante atractivo de su sentido enigmático, el lector percibe confusamente que su esfuerzo no podría mantenerse en una obra extensa. Ni el autor sostener aquella tensión creadora, sólo posible en un tan breve opúsculo. Lo cierto es que la obra siguiente, *El político Fernando*, fue compuesta en un estilo que se le asemeja poco, aunque le esté por su tema tan estrechamente ligada que podríamos casi considerarla como una ampliación parcial. El monarca católico es uno de los más asiduos personajes del *Héroe* y pasa a ser figura central del *Político*. Apareció la nueva obra en 1640, a los tres años de la precedente y editada también por Lastanosa. Por los asuntos tocados, parece al lector que aún está en el terreno anterior: algunos puntos concretos vuelven a tratarse en iguales términos; muchos de los personajes que asoman son ya antiguos conocidos, el tono apologético es logrado con los mismos encomios, la agudeza del autor se muestra con idéntica intensidad, tanto al juzgar las cosas como al elegir su medio de expresión, los vocablos son siempre aplicados con aquella precisión que admirábamos en la obra primera. Pero el escritor parece haber dejado de considerar la sucinta parquedad como el signo infalible de la sublimidad literaria, y esto basta para cambiar la fisonomía de la obra. Sin que la nueva pueda tildarse de difusa, no hay en ella, colmada de digresiones, ni asomo de angustia de espacio; los temas son tratados holgadamente, sin importar

al autor que se alarguen harto más de lo necesario. Sólo de vez en vez se acuerda de su amado estilo lacónico y la concisión reaparece momentáneamente. Y con la concisión, el gusto por la frase sibilina, que pone a prueba el saber del lector y eleva el grado de tensión de su perspicacia. Pero todo ello excepcionalmente. El curso constante de la exposición no peca por tardo ni por acelerado; se mantiene en el medio y ordinario.

En el capítulo de pequeñas licencias de construcción y de uso de vocablos no se aprecian novedades y sí descenso. Dijérase que hubiera perdido la audacia juvenil que en *El Héroe* le acompañaba. Es curioso, por totalmente inesperado, encontrar ahora frases como ésta: 'La llave de un feliz y acertado reinado consiste en arrancar y, permítaseme decirlo así, en acertar a encarrilar', habituado como se está a expresiones mucho más atrevidas, sin que se le ocurriese solicitar perdón. Puede mencionarse algún empleo de sustantivo en función calificativa (como 'fue rey rey', que parece una expresión de hoy), y, muy raramente, de hipébaton (ejemplo: 'y sensibles quiere sus reyes la política'). El empleo de *no sólo... sí*, que era constante en *El Héroe*, es ahora casi siempre remplazado por *no sólo... sino*. Muy frecuentes siguen siendo los juegos de palabras ('herédase tal vez el gesto, pero nunca el gusto'; 'todos le atienden porque a todos entiende'; 'más fueron los detestados que los deseados', etc.). Sigue apreciándose fácilmente la cuidada elaboración de las expresiones, con busca de la palabra justa y matización exacta de la idea; en cualquier frase tomada al azar se advierte la propiedad con que cada vocablo es empleado; por ejemplo: 'Solicitaba Trajano las honras y Teodosio los méritos; aquél, los triunfos; éste, las victorias'¹, con bien buscada oposición de *honras* y *méritos* y la de *triumfos* y *victorias*. Aunque falte en la nueva obra el acicate de la concisión, que tanto enriquece el léxico de palabras con gran carga de significado, no escasean las frases de antología. 'No se le vio —dice al ponderar la preocupación de un caudillo— reír en mes ni comer en días'. En los principios de la obra escribe: 'Fueron comúnmente tan prodigiosos los hechos de todos los fundadores, que las narraciones de ellos se juzgaron antes por invenciones de la Épica que por rigores de la Historia. Los suyos los imagi-

¹ Por no tener *El Político* división en capítulos, a los que pudiera referirme para situar los pasajes transcritos como ejemplos, remitiré aquí a la página de la edición de *Tratados políticos*, dir. por JULIÁ y ANDREU (Barcelona, 1941), única que he podido tener constantemente a la mano. Las palabras citadas están en la página 326.

naron más que hombres, hasta igualarlos en dioses; los extraños, echando por otro extremo, los tuvieron por héroes fabulosos' (pág. 310). Véase también ésta: 'Requieren las armas un grano de temeridad que no se encuaderna con la madurez; lo muy considerado de la mayor edad detiene el brío, enfrena la osadía, y nunca los muy prudentes fueron grandes batalladores' (pág. 317). Como puede fácilmente observarse, todas estas frases, muy características de la nueva obra, ostentan la misma precisión y puntualidad a que estábamos habituados, pero sin matices sorprendentes y atrevidos. Hállase, sí, la huella de muy serena y aguda reflexión. Por ejemplo: 'Son eternos los yerros de los príncipes, nacen comúnmente en lo más oculto de sus palacios, y luego vuelan a las plazas. Erraron en un instante para siempre, y la momentánea inadvertencia suya queda condenada a la perenne noticia de todos los venideros' (págs. 326-27). No faltan tampoco algunos felices 'comprimidos', tan abundantes en *El Héroe*, como llamar 'espía de su reputación' a Carlos V, por su hábito de deslizarse desconocido entre el pueblo y los soldados, para saber por sí mismo cómo era juzgado.

En tanto que tales frases de densa significación son aún bastante copiosas, las que, más que por ese atractivo, se señalaban por su hermetismo, escasean ahora hasta casi extinguirse. Algunos ejemplos pueden ofrecer. 'Quedó [Fernando] envidiando a Tácito y a Comines las plumas, mas no el cetro; el espíritu, mas no el objeto' (pág. 310), en donde la interpretación de este último vocablo no está clara, aunque no ofrezca dudas el sentido general del período. Otra: 'Los elementos, aunque tienen las demás cualidades en una medianía, pero las propias en sumo, y aunque sea positivo en todo lo demás; el godo Wamba se disimula porque es rey superlativo. Con sólo esto desmintieron mucha barbaridad los Otomanos: hablo de los primeros, menos y más que hombres, por lo inculto y por lo valeroso' (pág. 325); no se atina aquí con seguridad qué sentido quiere dar Gracián a 'elementos'. Causante también de alguna vacilación es ésta: 'Casarse Carlos VIII con la fama a secas es buscar mujer pobre y estéril, y, entre dos extremos de escoger, es un príncipe dejado antes que un orgulloso inútilmente' (pág. 342).

Significa, pues, el *Político*, en sus calidades externas, una desviación de la ruta emprendida por Gracián al pasar de un opúsculo comprimidísimo, formado de cortos capítulos con temas independientes, miniatura de ensayo cada uno, a exposición continuada, casi toda conducida sin premura, aunque salpicada de algunas frases nerviosas que recordasen las genuinas tendencias del autor. Con *El Discreto* vuelve a veces a la manera del *Héroe* y sigue en otros lugares el 'tempo' lento de la apología fernandina. Es que la nueva producción, seis años posterior a

ésta¹, es una agrupación de trabajos cortos que podríamos equiparar a una moderna colección de artículos periodísticos, acentuando así el notorio modernismo de Gracián. Ahora bien, es grande la disparidad que hay entre ellos, hechos, sin duda, en ocasiones y circunstancias muy diversas, que probablemente se relacionarán con actividades de las tertulias literarias de Lastanosa; podemos suponer que los óptimos frutos de nuestro jesuita serían encanto de aquellas reuniones. El mismo autor, poniendo a los sucesivos ensayos sendos subtítulos, que ahora veremos, acreditativos de diferentes géneros, acentúa con ello su independencia y nos aclara así la razón de que tanto se distancien unos de otros en sus caracteres estilísticos. Un ligero recorrido de la serie lo puntualizará debidamente. El que podemos llamar Realce I —designación que más usa Gracián en esta obra—, titulado 'Genio e ingenio. Elogio', se asemeja mucho al tono predominante en *El Héroe*, siendo un tejido de muy cortadas y felices frases, pero con la mínima tendencia a la oscuridad. Véase ésta, tan concisa como clara: 'Vistiera prudente toga el que desgraciado arnés'. El II, 'Del señorío en el decir y en el hacer. Discurso académico', es todo él clarísimo y llano; raramente la prosa graciana fue tan paladina y tan verbosa. Valga este período: 'Hay condiciones de personas que es menester entrarles con superioridad, no sólo en caso de mandar, sino de pedir y de rogar, porque si estos tales conciben que se les tiene respeto, no digo ya recelo, se engrían a intolerables; y éstos comúnmente son de aquellos que los humilló bien naturaleza y los levantó mal su suerte. Sobre todo, Dios nos libre de la vil soberbia de remozos de palacio, insolentes de puerta y de saleta'. El III, una alegoría del 'Hombre de espera', tiene el interés de mostrarnos esta nueva faceta de Gracián, el cual se desenvuelve con gran holgura al tratar el tema, supliendo, con la descripción alegórica, lo que hubiere de decir de este realce del discreto. Nada hay enigmático, todo es así de transparente: 'Procedía [la Espera] con majestuosa pausa, como tan hechura de la Madurez, sin jamás apresurarse ni apasionarse; recostada en dos cojines que la presentó la Noche, sibilas mudas del mejor consejo en el mayor sosiego'. El IV, 'un Memorial de la Galantería a la Discreción,' tiene alguna mayor tendencia a la oscuridad que los anteriores, pero basta leerlo con alguna detención; en vez de ejemplos de este tipo, véase esta frase, de notable concisión: 'en viéndose vencedor

¹ No habían sido baldíos estos años (1640-1646). En 1642 imprimió *Arte de ingenio*. Ahora bien, como éste fue refundido con el título *Agudeza y arte de ingenio* (su forma definitiva y la más conocida) en 1648, es preferible demorar su examen hasta después del *Discreto* y el *Oráculo manual*.

del catalán, pasó a serlo de sí mismo'. El V, titulado 'Hombre de plausibles noticias', me parece uno de los más bellos escritos de Gracián, que aquí se halla completamente a su placer al proclamar los que ofrece el ingenio, los goces que depara la conversación de los hombres espirituales y refinados, indudable flaco y vocación del sociable jesuita. El tema de la versatilidad (VI: 'No sea desigual'), tan frecuente en el género de ensayos políticos y morales, aunque no es por ello propicio a los hallazgos inesperados, abunda en atractivas frases de ingenio. Igualmente el VII ('El hombre de todas horas'), que, dado como carta a Lastanosa, sería de seguro leído en la tertulia del polifacético mecenas, tan buen representante del tipo allí defendido. He aquí un fragmento: 'Siempre fue hermosamente agradable la variedad, y aquí, lisonjera. Hay algunos, y los más, que para una cosa sola los habéis de buscar, porque no valen para dos; hay otros que siempre se les ha de tocar un punto y hablar de una materia; no saben salir de allí; hombres de un verbo, Sísifos de la conversación, que apedrean con un tema...' Otro eximio amigo, Uztarroz, figura como partícipe con Gracián en el platónico diálogo que forma el VII, 'El buen entendedor'. Este ensayo, de tan caro asunto para el autor como es el de la concisión y la buena inteligencia, nos descubre, al punto ya de comenzar, la predilección de Gracián con este retruécano tan suyo: 'Dicen que, al buen entendedor, pocas palabras. Yo diría —contesta el autor— que, a pocas palabras, buen entendedor'. Todo el coloquio es un tejido de sutilezas apenas expresadas, en cuya inteligencia entra en juego el ejercicio de la más aguda sagacidad. No faltan, empero, cosas que deja traslucir fácilmente, como en estas palabras puestas en boca de Uztarroz: 'Esto [ser buen entendedor] le valió a aquel nuestro Hannón aragonés, cuando, perseguido de los propios, halló amparo y aun aplauso en los coronados delfines extraños', indudable alusión a Antonio Pérez, que muestra en Gracián meritorio valor, aunque ya el curso de los años hubiese atenuado la malquerencia oficial del valido. Es de las páginas de más honda filosofía que escribió. Lindante con este primor puede considerarse el IX, cuyo título, 'No estar siempre de burlas', muestra un tema muy caro a la sátira de todos los tiempos, pero al que el delgado entendimiento de nuestro autor acertó aún a descubrir nuevas facetas y a exponerlas con rebosante donosura. Nos interesa también mucho porque contribuye, en un aspecto importante, a revelarnos la compleja personalidad del gran conceptista. El X, 'Hombre de buena elección', muestra la trascendencia que ésta tiene en todo el curso de nuestro vivir. Vaya de muestra esta apretada expresión: 'Extremada elección la de la abeja, y qué mal gusto el de una mosca, pues en un mismo jardín solicita aquélla la fragancia y

ésta la hediondez'. La ya aludida afición de Gracián a la terminología de los juegos le dictó el título del XI: 'No ser malilla'. La inconveniencia de mostrar demasiado la superioridad, que con ello pierde de su valor, es expuesta con atractivas frases de las que no obligan al leyente a mantener en tensión sus dotes intelectivas. El realce XII, 'Hombre de buen deajo', recuerda por su tema el primor XI del *Héroe*, filosofando acerca de lo prudente que es prevenir el mal final que tienen de ordinario las cosas de la vida; muestra cómo debe anticiparse el hombre a los vaivenes de la fortuna y dejar voluntariamente en buena ocasión lo que más tarde habría de perderse con daño. El tema entona de serena melancolía las frases que lo exponen, dándoles una media tinta muy atractiva, como mostrará cualquier ejemplo. Véase éste: '¡Oh, gran extremo de la prudencia la atención a los extremos, al acabar bien, poniendo más la mira en la felicidad de la salida que en el aplauso de la entrada! Que no gobierna el despierto Palinuro su bajel por la proa, sino por la popa; allí, asiste al gobernalle en el viaje de la vida'. Encanto muy diferente el del realce XIII, un apólogo titulado 'Hombre de ostentación', que versa sobre la que hacen unos de las dotes que les enorgullecen y sobre la envidia que en otros despiertan con ello, tema, como se ve, más dado a la burla y a la ironía que a lo sombrío. El autor aprovecha bien las ocasiones que ello le da y la amplitud que el género apológico depara. Por todo ello es un trozo de prosa lleno de encanto, en que el catador de muestras de buen escribir tropieza sólo con la dificultad de la elección. El estilo se torna extremadamente artificioso, pero muy bello, en el comienzo del XIV, que versa sobre 'No rendirse al humor'; en él lo voluntariamente afectado de la expresión se acompaña de mayor tendencia a la oscuridad; después reacciona y vuelve al tipo de exposición sencilla y con sólo gracia natural. He aquí el comienzo del artículo: 'Rey es de los montes el celebrado Olimpo, no porque se descuella sobre los más erguidos, obligación de la superioridad; no porque se ostenta a todas partes (objeto de imitación, la grandeza); no porque es el primero que esplendorizan los solares rayos (centro de lucimiento, la majestad); no porque se corona de estrellas (ápice de la felicidad, la primacía); no porque llega a dar o a tomar nombre al mismo cielo (asunto de la fama, el mando). Sí, empero, porque nunca se sujeta a vulgares peregrinas impresiones, que es el mayor señorío el de sí mismo. Cuando mucho, llegan a besarle el pie los vientos, a ser alfombra las nubes y no pasan de ahí; con esto nunca se inmuta, que es una inapasionable eminencia'. No puede mostrar, como se ve, un estilo más dentro de los cánones barrocos, como si quisiera poner de relieve el artificio, en vez de paliarlo. 'Tener buenos repentés' es el tema siguiente, que el autor

califica de 'Problema'. No lo es mucho para Gracián, que tanto amor muestra siempre a la vivacidad del ingenio, a la rapidez de concepción y ejecución, afanándose por que su pluma esponga prestísimamente sus ideas. Estas palabras resumen casi todo el realce: 'campee el acertar de una presteza a vista del errar de un reconsejo'. Vuelve en el ensayito 'Contra la figurería' a buscar y obtener las notas burlescas que al asunto convienen ('Satiricón' es el subtítulo de este capítulo). Esgrime, en efecto, con preferencia el arma del ridículo para desarraigar el insano deseo de singularizarse que a tantos hombres acucia, llevándolos a lograrlo por la vía de la extravagancia. Un breve ejemplo: 'Señor hay que pagaría el poder hablar por el colodrillo por no hablar por la boca como los demás; y ya que no es posible eso, transforman la voz, afectan el tonillo, inventan idiomas y usan graciosísimos bordones para ser de todas maneras peregrinos...' Sabe también, claro es, alternar estos llamamientos a la risa con nobles pensamientos de sesuda filosofía. En el XVII, 'El hombre en su punto', dado por diálogo sostenido con el canónigo Salinas, otro de los eruditos del grupo, se desarrolla el tema de la formación del hombre hasta su perfección. Igualmente que el —también coloquial— sobre el buen entendedor, en éste los interlocutores no discrepan: entrambos, de acuerdo en todo, van componiendo con sus sendos aportes la teoría de pensamientos que lo forman. Es una apología de la madurez, entendida por Gracián como curación del constante extravío y vanidad de los primeros años, llegando a equiparar el trato de un viejo cuerdo con un joven 'no hecho' con el tormento de Falaris. Véase cómo completa el autor el aserto del canónigo de que *es menester mucho para llegar a ser un varón totalmente consumado*. 'Al modo —responde aquél— que el generoso licor que es bueno, y más si es bueno el vino, tiene cuando comienza una ingratisima dulzura, una insuave rigidez, como no está aún hecho, pero en comenzando a hervir, comienza a defecarse, pierde con el tiempo aquella crudeza primitiva, corrige aquella enfadosa dulzura, y cobra una suavísima generosidad, que hasta con el color lisonjea y con su fragancia solicita, y ya en su punto es pasto de hombres y aun celebrado néctar'. Como se ve, no cabe mayor precisión en el empleo de vocablos. (Por cierto que el uso de 'defecarse' motivó una de las diatribas más mordaces de la 'Crítica de reflexión'.) Tiene particular interés el realce XVIII, 'De la cultura y aliño' —que el autor bautiza de 'ficción heroica'—, porque mucho puede ilustrarnos sobre Gracián mismo, tan fiel secuaz y ejemplo tan relevante de lo que la cultura significa. Todo puede parecernos antes que desaliñado. Cuanto tiene algún cariz de confusión, desaseo, grosería, barbarie, desorden, dejadez, provoca sus indignadas invectivas, mientras la compostura, lo bien concertado,

lo discreto, el decoro, la acertada disposición de las cosas, el buen artificio, en fin, al recibir constantemente su elogio muestran claramente la condición de su espíritu. 'El sermón más grave y docto —dice, dirigiéndose a la cualidad elogiada— fue desazonado sin tu gracia; la alegación más autorizada fue infeliz sin tu aseo; el libro más erudito fue asqueado sin tu ornato, y, al fin, la inventiva más rara, la elección más acertada, la erudición más profunda, la más dulce elocuencia, sin el realce de tu cultura, fueron acusadas de una indigna vulgar barbaridad y condenadas al olvido'. También se transparenta su espíritu en el realce XIX, apología del 'Hombre juicioso y notante'. Nada inspira la admiración de Gracián como este linaje de varón, perspicaz y sesudo, verdadero zahorí de entendimiento, que penetra hasta la entraña de personas y cosas y nada se oculta a su agudeza. Es por ello un placer incomparable paladear despaciosamente la descripción que el escritor hace de ese hombre superior en funciones. Se adivina la morosa delectación con que escribe, buscando dar plasticidad a la faena de ese ser altísimo, tal como él la ve con su imaginación. De 'deliciosa' califica 'esta gran comprensión de los objetos', cuyo mayor cuidado es 'discernir entre discretos y necios singulares y vulgares, para elección de íntimos, que así como la mejor treta del juego es saber descartarse, así la mayor regla del vivir es el saber abstraer'. La admiración que colma este capítulo se torna en burla al pasar al XX, 'Contra la hazañería'. No es difícil adivinar cómo reaccionaría Gracián, tan refinado, tan solícito de toda perfección, ante defecto tan propicio al ridículo. La vanidosa simulación de grandeza, en cualquiera de sus formas, le produce ahora enfado, ahora risa, y uno y otra le dictan muy sabrosos comentarios y donosas ocurrencias, como: 'Andan otros mendigando hazañas, hormiguillas del honor, que con un solo grano, que a veces más será paja, van más afanados y satisfechos que las valientes pías que tiran el plaustro de Ceres, el carro del lucimiento; y es muy de gallinas cacarear todo un día y al cabo poner un huevo'. El 'emblema' que sigue, 'Diligente e inteligente', muestra, con la habitual clarividencia del autor, la necesidad de mutuo auxilio que tienen entrambos, los tardos pensadores y los rápidos realizadores; pero el tema ofrece ocasiones menos propicias para los felices inventos de expresión. El XXII, 'Del modo y agrado', lo da como carta del capellán Morlanes, pero sin que disimule, ni en pequeña medida, su estilo personal; es curioso ver que se acumulan sus vocablos y giros más característicos, como si quisiese mostrar, de modo fehaciente, su paternidad literaria. Una fábula que sigue, 'Arte para ser dichoso', muestra, como los otros ejemplos que de ese género nos dejó, la galanura con que acertaba a cultivarlo; como arte popular que es, se abstiene en él de toda expresión

difícil, en busca de una belleza a todos asequible. Parecen estas líneas un anticipo del *Criticón*: 'Partieron en busca de ella [la Fortuna] muchos soldados, estudiantes y pretendientes; anduvieron por muchas partes y en ninguna la hallaban. Preguntaban a unos y a otros y ninguno sabía dar razón. Entraron en la casa del poderoso Mando, y era tanta la confusión y la prisa con que todos, sin discurrir, se movían, que no hallaron quien les respondiese, ni aun les escuchase, aunque toparon con muchos. Discurrieron ellos que, sin duda, no debía de estar entre tanto desasosiego, y no se engañaron. Pasaron a la casa de la Riqueza, y aquí les dijo el Cuidado que había estado, pero muy de paso, no más de para encomendar algunos haces de espinas y unos talegones de leznas'. Apólogo es también —de 'panegiris' lo califica el autor, con bello helenismo— el realce siguiente, 'Corona de la discreción'. La cualidad que en tan eminente concepto tiene es la entereza, según proclama al final la Verdad, desenlace precedido de vívidas escenas en que las diversas prendas y virtudes se comportan como seres animados, tan apasionados como tesoneros. 'Sola [sólo] quedaba la Verdad —dice en una de aquéllas—, mas ella ha muchos siglos que dio en cuerda, retirándose a su interior, sintiéndose acatarrada y aun muda. Con todo eso, a ruego de uno de sus amartelados sabios, y pidiendo primero salvoconducto a los reyes, que por esta sola vez se lo concedieron, dejóse ver más hermosa cuanto más de cerca, más galante cuanto más desnuda, que tomó de la primavera con el nombre la belleza. Traía poco séquito, pero lucido, y aunque aborrecida de muchos, fue acatada de todos'. Acaba la obra con el capítulo 'Culta repartición de la vida de un discreto', tema propicio al tópico y copioso en ideas de segunda mano; pero, aun en campo tan sendereado, logra pensamientos que, expuestos por su pluma, cobran inesperada novedad. Y, con ellos, sorprendentes asertos, como el de 'ni fue tan ignorante que no supiese hacer un verso, ni tan inconsiderado que hiciese dos', tomado por algunos como rasgo autobiográfico; o graciosas expresiones, como la que aplica a los desconocedores de la geografía: 'hombres tan vulgares, o por ignorantes o por dejados, que jamás supieron dónde tenían los pies'.

Es ocasión ahora de señalar algunas características de detalle. Aparecen en el *Discreto*, con tanta parquedad como gracia, iguales sustantivos calificativos que en las anteriores, como 'Muéstranse otros muy ministros'. Abundan, como antes también, los anacolutos y las incorrecciones voluntarias por exceso de concisión; ejemplos: 'Con los príncipes siempre se les brujulea'; 'En generales y campeones ésta es la ventaja mayor... porque casi todas sus acciones son repentines; no se pueden llevar allí...' (sin haber indicado lugar alguno). No como licencia, sí como originalidad,

puede mencionarse ésta: 'majestuosamente alegre aquélla y ésta lúgubrememente humilde', en que van contrapuestos el adverbio de la primera parte con adjetivo de la segunda, y viceversa. Siguen escasos los hipérbatos, como éste, nada violento: 'Ceñía sus sienes, por vencedora y por reina, que quien supo disimular supo reinar, con una rama del moral prudente'; o este otro, que al punto recuerda a Góngora: 'Con tantos rayos cuantos descoge plumajes' (más aparente que efectivo, porque ambos nombres se identifican). Parece incrementarse algo el uso de latinismos y grecismos (convicios, antiparistasis, crisis, panegiris...). Obsérvese el empleo, aunque tan frecuente siempre, de 'aquel' para referirse a algo conocido de que se ha hablado mucho: 'Es el hombre aquel célebre microcosmos...'; 'Ponderaban aquella su liviandad'; 'Peregrinaron todos aquellos antiguos filósofos'; y, junto con él, algunas irregularidades de poca monta, como: 'Primera felicidad participarlos en su naturaleza heroicos'; 'Agraviando su dicha y su caudal siquiera en no probarlo'; 'Tan... que jamás dudaron, cuanto menos condenaron' (con ellas podría mencionarse el gracioso empleo del reflexivo innecesario, como 'Yo, que me soy feo'). Y, en fin, algunos de los muchos juegos de palabras, que siguen en creciente: 'Con tener tantos pechos el villano, para la galantería no le tiene'; 'En sondando el extravagante porte, hace graciosísimo deporte'; 'Arrancan bien y paran mal, porque pararon', selección que terminaremos con ésta: 'No todos los ridículos andantes salieron de la Mancha, antes entraron en la de su descrédito', frase desdeñosa, que duele sea lo único que el *Quijote* le inspiró.

Un año después que *El Discreto*, apareció el *Oráculo manual*, que en la edición de 1653 recibió el final de su título.¹ Gracián, que ya en las obras precedentes tendía con frecuencia a la estructura aforística, hubo aquí de entregarse de lleno a esta forma de expresión. En cuanto a los aforismos, que, completados con sendas glosas y amplificaciones, constituyen la nueva producción, unos son sentencias y asertos ya aparecidos, a veces a la letra; otros, sólo por el pensamiento que los informa permiten rastrear posibles antecedentes, y muchos, en fin, son totalmente nuevos². Pero todos tienen la marca del ideario del autor. Si

¹ *Oráculo manual y Arte de prudencia. Sacada de los aforismos que se discurren en las obras de Gracián*. Este título ha hecho pensar a algunos que Lastanosa, su editor, como en las anteriores, es el verdadero autor; pero tal atribución no tuvo fortuna ni tiene justificación, por ser sus características de estilo y lenguaje exactamente las mismas que las de las obras restantes.

² De un recuento que hizo ROMERA NAVARRO resulta que proceden 44 del *Discreto*, 23 del *Héroe* y cinco más de combinaciones varias, siendo, pues, 228 los de origen desconocido.

acaso, tal vez por la mayor dureza y agresividad que suele dar al aforismo su tajante y descarnada afirmativa, las opiniones de Gracián parecen aquí más audaces —y, en algunos casos, de difícil avenencia con su estado sacerdotal, lo que fue causa de sinsabores y persecuciones—. Respecto a su carácter y objetivo, unos, los más, tienen la calidad propia de aforismo, o sea de avisos y preceptos; los restantes son más bien definiciones y puntualizaciones¹. En el aspecto que aquí especialmente interesa, el *Oráculo* está sapientísimamente escrito: la concentración, la exactitud, la expresión de los matices más ocultos a la percepción, ello realzado por la más escueta sobriedad verbal y sazonado, cuando conviene, con las sales del vocablo popular, nos descubren al literato en la plenitud del dominio de su oficio, con sus dotes nativas depuradas y adiestradas por artificios de buena ley. Caracteriza a esta prosa una muy cuidada expresión, atildada, ciertamente, pero con encantos que no dejan añorar la llaneza de la expresión corriente. 'No hay belleza sin ayuda —opina el autor— ni perfección que no dé en bárbara sin el realce del artificio; a lo malo socorre y lo bueno lo perfecciona. Déjanos comúnmente a lo mejor la naturaleza; acojámonos al arte. El mejor natural es inculto sin ella [sin el arte], y les falta la mitad a las perfecciones si les falta la cultura. Todo hombre sabe a tosco sin artificio, y ha menester pulirse en todo orden de perfección'.² Si vacilamos en aceptar tal norma literaria debemos considerar que Gracián no pensaría, seguramente, en que sus escritos hubiesen de rodar entre el pueblo; al coger la pluma tendría la mira puesta en un círculo reducido de lectores, que, en efecto, gozan con las bellas páginas que supo crear.

Que el *Oráculo* exige particular esfuerzo para su plena inteligencia

¹ Según un examen que de la totalidad he hecho, tienen este último carácter los que corresponden a los números 1, 2, 4, 6, 8, 10, 20, 28, 42, 44, 48, 49, 51, 56, 60, 61, 127, 128, 140, 201, 216, 244, 283, 290, 291, 292, 293, 298 y 300, siendo, según ello, doscientos setenta y uno los verdaderos aforismos.

² Es éste el duodécimo de los aforismos. Con él pueden emparejarse otras loas, como «La arcanidad tiene visos de divino», a lo que sigue una larga frase igualmente elogiosa. En otro lugar: 'los ingenios claros son plausibles, los confusos fueron venerados por no entendidos, y tal vez [alguna vez] conviene la oscuridad para no ser vulgar'. Otra: 'No allanarse sobrado en el concepto. Los más no estiman lo que entienden y lo que no perciben lo veneran. Las cosas, para que se estimen, han de costar; será celebrado cuando no fuese entendido', etc. El concepto es repetido en *Agudeza*: 'La verdad, cuanto más dificultosa, es más agradable', y podrían en toda la producción graciana multiplicarse indefinidamente los ejemplos.

es opinión unánime, con sólo diferencia de grados¹. Ciertamente que el autor extrema la sutileza de pensamiento y la concisión con que lo expresa, astutamente combinadas, de forma que el sentido se mantiene en una penumbra de reserva y misterio. Pero quien esté algo habituado a la lectura de sus otras obras pronto advierte que la ingrata sensación causada por los primeros obstáculos se torna en la delectación más placentera.

He aquí algunas de las construcciones 'esqueléticas' encontradas. 'Consejo y fuerzas, ojos y manos': todo se reduce a la elipsis del verbo sustantivo, que el lector suple espontáneamente. 'Todo vencimiento es odioso, y del dueño, o necio o fatal'; también aquí se adivina sin esfuerzo lo omitido por el autor: que si se trata del dueño, el vencerle es peligroso. 'Requíerense, pues, Naturaleza y Arte; y sella la aplicación'; el lacónico 'sella' expresa toda la importancia que la aplicación o diligencia tiene para completar aquellos dos elementos. 'Las verdades que más nos importan vienen siempre a medio decir; recíbanse del atento a todo entender; en lo favorable, tirante la rienda a la credulidad; en lo odioso, picarla'; no se crea, pues, todo cuando sea favorable y extrémese la credulidad en el caso contrario. 'La intensión da eminencia, y heroica, si en materia sublime'; 'intensión', vocablo muy favorito de Gracián, que lo opone a extensión, guarda con ésta, en cierto modo, una relación equivalente a la de calidad frente a cantidad; con tenerlo así en cuenta, y con ello el significado de hombre perfecto que da a 'héroe' y la amplitud con que entiende lo sublime, el alcance de la sentencia se percibe transparente. Hay algunos aforismos en que la dificultad de la primera ojeada se extiende a todo él, pero en cuanto se leen cuidadosamente descubren su claridad. Por ejemplo, el 28: 'En nada vulgar. No en el gusto. ¡Oh, gran sabio el que se descontentaba de que sus cosas agradasen a los muchos! Hartazgos de aplauso común no satisfacen a los discretos. Son algunos tan camaleones de la popularidad que ponen su fruición, no en las mareas suavísimas de Apolo, sino en el aliento

¹ Para Menéndez Pelayo es, sin duda, la obra más enmarañada y difícil que tenemos en lengua castellana. Romera Navarro, tan consecuente gracianista, la considera lo más difícil de Gracián. Por mi parte, creo que lo único que podría admitirse es que abundan más en ella las frases oscuras, pero concediendo en que lo son en tanto grado, por lo menos, pasajes de otras obras, sobre todo del *Héroe*. Pfandl considera cada máxima del *Oráculo* como una empresa a la que sólo le falta la figura con que la acompañan Alciato y sus seguidores, que mediante ella aclaran su concepto, y piensa que la supresión del dibujo por Gracián es otro recurso para aumentar la oscuridad.

vulgar. Ni en el entendimiento, no se pague de los milagros del vulgo, que no pasan de espantaignorantes, admirando la necedad común, cuando desengañando la advertencia singular'. En cuanto se percibe que tiene a modo de dos partes, dedicada la primera a la inconveniencia del gusto vulgar y la segunda a la del entendimiento vulgar, no puede desconocerse su nitidez. Véanse, para terminar este punto, dos ejemplos de extremadísima parquedad verbal, y muy claros, no obstante ello: uno es el aforismo 124: 'Llegar a ser deseado. Pocos llegaron a tanta gracia de las gentes; y si de los cuerdos, felicidad. Es ordinaria la tibieza con los que acaban. Hay modos para merecer este premio de afición: la eminencia en el empleo y en las prendas es segura, el agrado eficaz...'; todo el aforismo discurre con igual uso de elipsis. (A la vez que ello se observa puede también apreciarse uno de los períodos más típicos por la absoluta interindependencia, mera superposición de las oraciones que lo forman.) La otra frase escogida es: 'Campea la luna mientras una entre las estrellas', que basta en tan pocas palabras para dar cumplida idea de lo que puede el ser único.

Como complemento de estos ejemplos, cuya vacilante incomprensión en una lectura distraída ha de ser corregida con el esfuerzo atento que requiere y merece la prosa del gran barroco, véanse algunos en que la belleza del pensamiento es percibida desde el primer momento y saboreada con incomparable delectación. La dificultad aquí es para escoger, pues casi todas las páginas del *Oráculo* abundan en expresiones insuperables, igualmente por su fondo que por la nobleza de la dicción. 'Los sujetos eminentemente raros dependen de los tiempos. No todos tuvieron el que merecían, y muchos, aunque le tuvieron, no acertaron a lograrle. Fueron dignos algunos de mejor siglo, que no todo lo bueno triunfa siempre; tienen las cosas su vez, hasta las eminencias son al uso, pero lleva una ventaja lo sabio, que es eterno, y si éste no es su siglo, muchos otros lo serán' (af. 20). 'Hombre juicioso y notante. Señoréase él de los objetos, no los objetos de él. Sonda luego el fondo de la mayor profundidad; sabe hacer anatomía de un caudal con perfección. En viendo un personaje, le comprende y lo censura por esencia. De raras observaciones, gran descifrador de la más recatada interioridad. Nota acre, concibe sutil, infiere juicioso, todo lo descubre, advierte, alcanza y comprende' (49). 'El brío del ánimo excede al del cuerpo: es como la espada; ha de ir siempre envainado en su cordura, para la ocasión. Es el resguardo de la persona: más daña el decaimiento del ánimo que el del cuerpo' (54). 'Al varón sabio más le aprovechan sus enemigos que al necio sus amigos. Suele allanar una malevolencia montañas de dificultad que desconfiara de emprenderlas el favor. Fabricáronles a muchos su grandeza sus malé-

volos. Más fiera es la lisonja que el odio, pues remedia éste eficazmente las tachas que aquélla disimula. Hace el cuerdo espejo de la ojeriza, más fiel que el de la afición...' (84). No hay espacio para prolongar esta gustosa antología. Sólo dos citas más, que representan la faceta más inatractiva de nuestro autor, por la dureza poco piadosa de sus máximas: 'Nunca se ha de pecar contra la dicha propia por complacer al que aconseja y se queda fuera, y en todo acontecimiento, siempre que se encontraren el hacer placer a otro con el hacerse a sí pesar, es lección de conveniencia que vale más que el otro se disguste ahora que no tú después y sin remedio' (64). 'El que vence no necesita de dar satisfacciones. No perciben los más la puntualidad de las circunstancias, sino los buenos o los ruines sucesos; y así, nunca se pierde reputación cuando se consigue el intento. Todo lo dora un buen fin, aunque lo desmientan los desaciertos de los medios. Que es arte ir contra el arte cuando no se puede de otro modo conseguir la dicha del salir bien' (66).

La habitual apuntación de algunos juegos de palabras, tan característicos de nuestro autor y de su época ('Toda tema es postema'; 'Corre tal vez breve rato, para correrse después toda la vida'; 'Hase de estar más sobre el caso en los acasos'; 'Que si no es casto, sea cauto'; 'Gana por lo cortés lo que pierde por lo corto'; 'Mudan los humores con los honores'; 'Echa una intención para asegurarse de la émula atención'), puede acompañarse en el *Oráculo* de la noticia de asomar en su texto algunas muestras de la gracia espontánea a que se aludió en el comienzo de estas notas. No sería baldío recoger en conjunto las expresiones chisotosas que ofrece la producción graciana. Hasta tanto, la mención de ejemplos aislados, que se haya tenido la curiosidad de destacar (como ésta, recogida en mis notas: 'Hasta los soberanos han de menester a los que escriben, y temen más sus plumas que las feas a los pinceles', del af. 281), acaso espolee la decisión de emprenderlo; no debería comprender sólo frases, sino también locuciones sueltas, generalmente remosquetes aplicados con feliz ingenio, como el de «cabo de imperfecciones» al defecto capital que cada uno tenga.

En *Agudeza y arte de ingenio* (1648) 'se explican —así reza la portada— todos los modos, y diferencias de Concetos, con exemplares escogidos de todo lo más bien dicho, assi sacro como humano'¹. La publicación de

¹ Como en las anteriores, el autor se semiesconde bajo la forma Lorenzo Gracián, y, como en ellas también, consta el editor literario: Lastanosa. Contiene, además, la portada el pormenor de los aumentos hechos por el autor en esta segunda edición: 'un tratado de los Estilos, su propiedad, ideas del bien hablar: con el Arte de Erudición, y modo de aplicarla; Crisis de los Autores y noticias de libros', a

una tercera edición al año siguiente da fe de la acogida que tuvo la obra —en España—, superior a la de los anteriores tratados político-morales. Posteriormente, al contrario, la proporción se ha invertido, sin dejar lugar a duda sobre las preferencias de los lectores modernos. Que gustase extraordinariamente en su tiempo no puede sorprendernos. El ambiente que reflejan los escritos coetáneos —la propia *Agudeza* entre ellos— muéstrase como saturado de una verdadera ansia de 'conceptos' y agudezas, que hace coger la pluma a personas de toda condición, para ensayarse en discurrir ingeniosidades y ensartarlas con parejo entusiasmo en cualquier género de escritos, en los períodos de un sermón como entre los versos de una pieza amorosa. Ahora bien, que un autor de tantas campanillas como Gracián se mostrase secuaz tan fiel de ese sentir, y en obra de tan erudita composición agotase las expresiones del elogio que le merecían cuantas sutilezas se le vienen a la pluma —de tan modesto nivel bastantes de ellas—, forzosamente había de agradar. Por su parte, sabe él esquivar extremismos y mantenerse en posiciones prudentes, empezando por no aludir siquiera a escuelas en lucha dentro del campo propiamente barroco. Contribuye también mucho a dar a la obra cierto tono de neutralidad la mucha parte que de los ejemplos insertos y sus consiguientes loas asigna a los antiguos, siendo probablemente Marcial el escritor más citado y encumbrado. Y aunque él, Gracián, es un conceptista puro, tal vez el más caracterizado, no es Quevedo, por ejemplo, sino Góngora, el que cita y encomia con preferencia, y nunca marca diferencia de trato entre conceptistas y culteranos, como si entendiese que había una sola escuela, formada por los secuaces de las dos vertientes. No puede estar más lejos de las invectivas antigongoristas de Quevedo; él mima y loa sin descanso al gran poeta cordobés.

Para precisar la posición de Gracián ante conceptistas y culteranos, conviene apoyarse en palabras suyas, extrayendo algunos de los pasajes más explícitos de *Agudeza*. En el discurso LXI hace la división del estilo: 'dos son los capitales, redundante el uno y conciso el otro, según su esencia; asiático y lacónico, según su autoridad. Yerro sería condenar cualquiera; porque cada uno tiene su perfección y su ocasión'; añade que 'uno y otro estilo han de tener alma conceptuosa, participando el

lo que sigue la mención de las 'saçonadas traducciones de los Epigramas de Marcial', con que ilustra el libro don Manuel de Salinas y Lizana. Parece que, como supone Coster, no agradaron a Gracián estas versiones hechas por su amigo Salinas, pero como no podía negarse a que tuviesen aquí cabida, insertó por ello otras composiciones de autores medianos para así disimularlas mejor, extendiéndose con ello a una verdadera antología de poetas aragoneses.

ingenio de su inmortalidad'. En el siguiente, que versa sobre 'Ideas de hablar bien', después de alabar a varios escritores afectos al estilo 'natural', se expresa así: 'Este modo enseña más que deleita; en cada cláusula encierra un alma; por eso requiere viva atención; excede al estilo culto porque lo que éste pone en agudeza, aquél en profundidad. Pero vengamos ya al estilo aliñado, que tiene más de ingenio que de juicio, atiende más la frase relevante, al modo de decir florido; fué Fénix de él, no tanto por primero, pues ya en el latín Apuleyo y en el español don Luis Carrillo lo practicaron, cuanto porque lo remontó a su mayor punto, don Luis de Góngora, especialmente en su *Polifemo* y *Soledades*. Algunos le han querido seguir, como Icaros a Dédalo: cógenle algunas palabras de las más sonoras y aun frases de las más sobresalientes (como el que imitó el defecto de torcer la boca del rey de Nápoles), incúlcanlas muchas veces, de modo que a cuatro o seis voces reducen su cultura... En la prosa fue igual suyo el agradable Hortensio; juntó lo ingenioso del pensar con lo bizarro del decir; es más admirable que imitable...' Redúcese a lo transcrito lo relativo a Góngora en este pasaje, quedando al lector curioso la impresión de haber sido burlada su curiosidad; en cuanto a fray Paravicino, sí prosigue la parte a él dedicada, con un largo ejemplo de su ingenio, tomado del *Sermón de la Visitación*; pero el lector queda igualmente privado de lo que esperaba, porque la prosa oratoria que encomia Gracián nada tiene de culterana, al punto de que podría incluirse en un sermón de nuestros días sin que se advirtiese el fraude. Con todo, la mera mención de las dos cumbres gongorinas y la referencia desdeñosa a las imitaciones descubre, en nuestro escritor, un fondo aprobatorio que parece no querer revelar demasiado paladinamente. En otros lugares, empero, se aclara más, y su inclinación se muestra contraria, como en estas palabras (disc. XXV): 'Esta diferencia hay entre las composiciones antiguas y las modernas, que aquéllas todo lo echaban en concepto, y así están llenas de alma y viveza ingeniosa; éstas, toda su eminencia ponen en las hojas de las palabras, en la oscuridad de la frase, en lo culto del estilo; y así, no tienen tanto fruto de agudeza'. Muéstrase aquí sin velo la preferencia por el concepto, que equipara al fruto, sobre el atractivo externo del estilo, para él equivalente a la hoja. Si aquél es avalorado por una hermosa expresión, entonces nace lo perfecto; pero quedando bien entendido que es él la base de que no se puede prescindir. 'No fue paradoja, sino ignorancia —dice en el disc. LX—, condenar todo concepto. Ni fue Aristarco, sino monstruo, el que satirizó la agudeza, antípoda del ingenio, cuya mente debía ser el desierto del discurso. Son los conceptos vida del estilo, espíritu del decir, y tanto tiene de perfección cuanto de sutileza, mas cuando se

junta lo realzado del estilo y lo remontado del concepto, hacen la obra cabal', y pone como muestra de ella un soneto de Carrillo: 'Hase de procurar —sigue diciendo— que las proposiciones lo hermoseen, los reparos lo aviven, los misterios le hagan preñado, las ponderaciones profundo, los encarecimientos salido, las alusiones disimulado, los empeños picante, las transmutaciones sutil, las ironías le den sal, las crisis le den hiel, las paronomasias donaire, las sentencias gravedad, las semejanzas lo fecunden y las paridades lo realcen. Pero todo esto con un grano de acierto, que todo lo sazona la cordura. Puédese decir de los conceptos lo que de las figuras retóricas: ni todo el cielo es estrellas, ni todo el cielo es vacíos; sirven éstos como de fondos, para que campeen más los altos de aquéllas, y alternan las sombras, para que brillen más las luces'. Hay, como éstos, otros pasajes que expresan la opinión del autor sobre los diversos puntos atañedores al estilo, pero creo ofrecen las citas hechas base suficiente para situarle. No puede, desde luego, ser puesta en duda su filiación conceptista, aunque ella no le haga, como a otros, despotricar contra los 'cultos'. Y no parece, de otra parte, que sea una deliberada voluntad de transigencia o una amañada templanza de hombre superior lo que dicte sus apacibles juicios sobre temas tan candentes. Se ve en él, efectivamente, al considerar su amplia y serena visión de todos los problemas, el escritor cuya comprensión alcanza a todo y en todo logra captar alguna faceta bella.

Tras estas notas basadas en la *Agudeza* es ineludible una ojeada al reflejo que sus nociones teóricas tengan en el texto mismo de la obra. En general, la concisión que predomina en los tratados anteriores desaparece aquí en gran parte, y los conceptos, tan frecuentemente nombrados, ceden el lugar a exposiciones más hilvanadas, que demandan una escritura menos angustiosamente concentrada. Hay notoria desigualdad entre unas y otras partes, componentes de cada discurso o capítulo. En las definiciones y sus complementos doctrinarios, con que cada uno de éstos suele comenzar, se marca un mayor rigor constructivo y sobriedad equivalente a la de los escritos ya conocidos de Gracián; pero ambos caracteres se pierden con frecuencia al pasar a su explicación y aplicación, iniciadas por la elección de los autores de las composiciones o fragmentos ilustrativos. Entonces la concisión se torna en difusión, y los pormenores relativos a las piezas mismas son verbosamente consignados con una llaneza y familiaridad bien ajena a la normal manera graciana. A veces dan materia para tales alargamientos —verdaderas divagaciones que le divierten de su tema— las noticias que allega de los escritores escogidos, muchos de ellos conocidos personalmente y amigos muy dilectos. Y al relajarse por este escape de fami-

liaridad sus normas de exigente continencia se afloja asimismo la cuidadosa construcción de frases y períodos, que, a menudo, quedan como inacabados. En lo que sí se muestra el de siempre es en la rebuscada anteposición a los antropónimos de epítetos apropiados a cada autor ('el conceptuoso Marino'; 'el cultamente elocuente Hortensio Paravicino'; 'el príncipe de Esquilache y príncipe de la poesía'; 'el pronto Rufo, gran benemérito de la agudeza'...). A Góngora llega a llamarle, entre otros términos —pues cada vez que designa a un escritor lo hace de modo diferente—, 'cisne en los concetos, águila en los conceptos, en toda especie eminente...'. Igual empeño de novedad pone en calificar las composiciones mismas, como 'elegante y premiado soneto'; 'superlativo concepto', etc., y exprime también su ingenio para tomar de los propios nombres de los escritores elementos utilizables para referirse a ellos de un modo inédito, como la 'fértil vega', o alguna alusión basada en 'monstruo' como indicadores de Lope¹. (Varios de estos recursos amenizantes no son privativos de Gracián.) De los demás de esta índole usados por él el más empleado sigue siendo el de los juegos de vocablos, y el menos frecuente el uso del hipérbaton. También es muy parca la superposición de sustantivos, como 'las agudezas sales'. Con estas breves indicaciones, a las que ha de añadirse que en todo el curso de la obra muestra el autor un optimista contentamiento de cuanto menciona y transcribe, podemos pasar ya a su producción más nombrada y conseguida.

Aparecieron las tres partes de *El Criticón* en los años 1651, 1653 y 1657, respectivamente². En esta obra se emplea, mejorada, toda la técnica adquirida al concebir y realizar sus precedentes ensayos. Al fin, había nuestro autor puesto la mira en un objetivo en que sus variadas —y aun contrapuestas— dotes tenían aplicación. En el nuevo trabajo no era sólo el pensador y el descubridor de sutilezas quien hallaba menester a su medida; junto a los densos 'conceptos' que colmaban los

¹ No debe omitirse la curiosa costumbre que Gracián muestra, en esta y en otras obras, de referirse a pueblos antiguos con un nombre moderno que, por lo general, no es exactamente equivalente y despista en el primer momento al lector; por ejemplo, la mención que hace de 'la gran calamidad de Roma, cuando la tuvieron en tanto apuro los franceses', con lo que sin duda alude a la Roma primitiva y a los galos que la atacaron.

² En la primera deja de figurar el nombre de Lorenzo Gracián, que es sustituido por otro seudónimo, García de Marlones, anagrama de los apellidos paterno y materno: Gracián y Morales, respectivamente. Tampoco aparece el de Lastanosa como editor literario, constante hasta la *Agudeza* inclusive. En las dos partes restantes vuelve a la forma Lorenzo Gracián.

escritos anteriores podía el completo literato que en Gracián había desplegar sus otras habilidades. Se ha especulado repetidamente sobre el tipo de novela que representa el *Criticón*. Fueron relacionadas sus características con los diversos avatares por que pasó la novela en aquel tiempo, sobre todo bajo el influjo de perspectivas morales y religiosas, fijándose especialmente en sus similitudes con la antigua picaresca, cuyas últimas manifestaciones bien caracterizadas (prescindo, por serlo menos, de *La pícara Justina* y el *Marcos de Obregón*) fueron el *Guzmán* (1599) y el *Buscón* (1626). Sin duda, diversos escritos en prosa de Quevedo tienen con *El Criticón* rasgos de afinidad, y también es innegable la atracción que sobre Gracián ejercía Mateo Alemán, reiteradamente citado por él. Pero son semejanzas de pormenor, que no condicionan el arquetipo en aquel realizado, más emparentado con obras filosófico-morales, no escasas entonces y ya señaladas algunas con muchos visos de ser, por lo menos, inspiradoras de esta producción graciana¹. En cuanto al novelesco interés que el autor acertó a darle, ¿a qué podrá deberse, sino a sus propias dotes para la trama de ficción, activas en cuanto hubo función en que emplearse? Después de escribir cuatro tratados sobre temas muy concretos de psicología y ética, seguidos de un código de la agudeza, no es sorprendente que Gracián anhelase emplearse en un asunto de gran amplitud, que le diese ocasión para renovar totalmente el ambiente de su escenario. Es probable que, al escoger para ello una representación total de la vida humana, a través del artificio de la alegoría, sólo la viese aún en una media tinta, que él iría coloreando al colmar, con el preciso detalle, sus partes sucesivas. Al concebirlo no le era fácil desentenderse del pesimismo barroco; no debe, con todo, exagerarse esa tendencia en el sutil jesuita, pues tan fuerte o más que ella manifiéstase en sus escritos el instinto satírico, burlón y hasta festivo, sin duda una de las facetas más relevantes de su fisonomía literaria. En los libros precedentes, como ya vimos, se encuentran donaires inesperados entre los pasajes serios; pero la índole de los asuntos sólo muy parcamente lo permite. En *El Criticón*, al contrario, la intromisión de lo cómico es suficientemente repetida para mostrar el alcance que en el autor tiene el gusto por la chanza inesperada, y cuando más poseído lo juzgamos por una sombría visión pesimista del mundo, una pirueta nos muestra que

¹ Hay varias indicaciones valiosas en el *Estudio crítico* que A. FARINELLI dedicó a Gracián con ocasión de la publicación del libro de K. BORINSKI titulado *B. Gracián und die Hofliteratur in Deutschland*, estudio que reprodujo en la edición del *Héroe* y el *Discreto* (Madrid, 1900). Véase especialmente la página 270 de esta reproducción.

no ha podido resistir a la tentación de entretejer una burla con la severidad¹. El género adoptado era muy acomodado a su caso particular. La alegoría, que en novelesco despliegue había de reflejar la vida del hombre, ofrecía ancho campo para sus habituales atisbos filosóficos; pero había el autor de bosquejar, además, abundantísimos personajes que disimulasen su carácter de representaciones de ideas abstractas y se comportasen como seres humanos, animados por iguales sentimientos de seducción, de competencia, de ambición, de temor..., y relacionarse entre sí en las numerosas formas de convivencia que ha creado la sociabilidad. Había con ello ocasión de ensayarse en los muchos elementos que componen la acción imaginada —retratos físicos y etopeyas de hombres, descripciones de lugares, diálogos amigables o airados...—, sin que perdiese por ello la coyuntura de seguir tratando los temas que siempre le atrajeron. Podría ahora entregarse de lleno a la grata tarea de manipular a su arbitrio el material lingüístico, renovar el sentido de viejos vocablos, apurar su significado hasta deslindar los más finos matices, aportar los que faltasen para expresar algunos muy concretos —esto es, hacer lo que siempre hizo, por demandarlo así la justeza de los conceptos que había de 'exprimir', como él diría—, y, a la vez, para nutrir el vocabulario coloquial que tan profusamente emplearía, beneficiar la veta del lenguaje popular, sin desdeñar la rama de los refranes. Es para el lector una delicia inesperada la gracia y despejo con que aquel hombre que entró de muchacho en su orden religiosa y vivió siempre entre libros y amigos dados a la erudición, emplea las más pintorescas expresiones plebeyas. Creo que esta dualidad de características es la revelación más paladina de la genialidad de Gracián, porque la dignidad y eminencia con que se mantiene por igual en ambos terrenos no aparece sólo en las calidades de forma que logra, sino en el ideario mismo.

Ahora bien, al adaptarse el antiguo tratadista a los peculiares modos que le impone la novela —aunque sea una novela *sui generis*, equidistante del ensayo filosófico-moral y de la obra de ficción propiamente dicha—, la flexibilidad que siempre mostró en el empleo de sus elementos expresivos hubo de desplegarse ahora más intensamente, porque así lo pedía el interés, tan universal, de la nueva obra, la variedad que podía y debía dar a sus escenas, y el creciente número de lectores que no era ilusorio esperar. Desaparece, pues, el uniforme laconismo, sólo

¹ Vid., por ejemplo (*Crit.*, II, 2), una serie de prodigios tenidos por increíbles, que Salastiano (*Lastanosa*) muestra a los viajeros, y entre ellos figuran, con evidente sentido humorístico, 'un poeta rico', 'una viuda de Zaragoza flaca', 'uno de Calatayud en el limbo', etc.

apto para un círculo muy reducido de adictos, y con ello el gusto por el sentido hermético de las frases. Ya el constante sometimiento a la alegoría exige de por sí una cierta tensión para que todo sea interpretado a derechas, y no convenía complicarlo con otras dificultades nacidas de la expresión. Si un libro ha de estar en todas las manos, el autor no ha de atemorizar y repeler a los posibles lectores, obligándoles a esfuerzos de atención superiores al que exige una lectura normal, sino, más bien, al tratar de cebar su interés y su curiosidad, allanarles el camino de satisfacerlos. Por cualquier aspecto, pues, que Gracián considerase el problema de la elaboración del *Criticón*, todo le aconsejaba no atenerse rígidamente a sus anteriores prácticas estilísticas¹. Y, sin embargo, puede tanto su personalidad, que bastará una página elegida al azar para que el autor sea adivinado. Ni será preciso para ello que dé con alguno de los pocos pasajes que aún llevan el cuño de la concisión graciana o en que coincidan, en pequeño espacio, varias de sus palabras predilectas. Cierto que al construir Gracián sus diálogos, descripciones y demás modalidades novelescas, sólo prescinde de su laconismo en la medida precisa para descartar la dificultad de comprensión. Sus procedimientos preferidos de abreviación —omisión de verbos no absolutamente necesarios y uso restringidísimo de adjetivos—, siguen en vigor y si bien no llegan de ordinario a oscurecer el sentido, no faltan casos de extremada sobriedad, obtenida por recursos igualmente violentos; véanse dos: «Cuando se parte de alguna, todos se quedan llorando», en que se elude el sustantivo 'parte', acabado de emplear como verbo; 'iten que puedan hablar mucho, porque bien; aun entre los muchos, porque mejor que todos', donde lo suprimido es el verbo en las dos oraciones causativas.

La gracia espontánea, que dijimos brota ahora con frecuencia, es de mucho efecto al contrastar con el pesimismo que, por influjo del tema, por tendencia de la época y porque así se lo dictaría su bucear en las miserias humanas, ensombrece el ambiente de la obra. Por eso, cuando se encuentran tales rasgos humorísticos, se siente el lector movido a extrañar y lamentar que no hubiese cultivado más ese género, para el que tenía, probablemente, tanto gracejo e ingenio como Quevedo. Véanse algunas muestras. En cierta escena (II, 5) dialogan un 'mochillero' (soldado) y un estudiante, que discurren en tono campanudo sobre

¹ Ya en 1656 se refería el viajero AERSSSEN DE SOMMELSDYCK a la diferencia de estilo del *Criticón*, el cual «est bien différent de celuy de ses petits traitez, où il est si concis, si rompu et si étrangement coupé, qu'il semble qu'il ait pris l'obscurité à tasche...» (En su *Voyage en Espagne*, inserto por FARINELLI en el *Estudio crítico* citado, pág. 198.)

el arreglo universal que ellos harían 'si fuesen rey y papa, respectivamente; y 'Abrióse en esto la portería de un convento y metiéronse a la sopa', burlesco contraste cuya donosura es acentuada por la forma escueta en que se presenta el inesperado desenlace. En otro capítulo (II, 7) abundan chistosos sarcasmos dirigidos a los soldados cobardes, 'tan buenos cristianos, que aun al enemigo no le quieren hacer mala cara, con que no le querrían ver. ¿No ves aquel? Pues en dando un Santiago se mete a peregrino' (o sea, en dando el grito de ¡Santiago! se echa a correr). Y en estos términos prosigue largamente, sin que el ingenio del autor decaiga. Detalle descriptivo muy feliz es asimismo éste (III, 10): 'Las capas, ya eran tan largas y prolixas que parecían ir faxados en ellas, ya tan cortas y tan bien criadas que cuando sus amos estaban sentados, ellas se quedaban en pie'. Son muchas, en este mismo capítulo, las agudezas que le inspiran a Gracián otras piezas de vestir, masculinas y femeninas, así como los diferentes peinados que gozaron sucesivamente del favor de las mujeres. Estos ejemplos podrían multiplicarse en extremo. Es probable que algunas, por lo menos, de las curiosas etimologías que aduce, además de marcar un significado insospechado de determinadas palabras, sean un escape más que abre a su amenizante fantasía. Cuando escribe frases como: 'por eso se llamó moneda, a monendo', 'del valor tomó [la edad adulta] el nombre de varonil', etc., no debemos pensar que creyese ciertas tales derivaciones. El mismo, en algunos casos, no se recata de ofrecerlas de calidad fantástica bien evidente; por ejemplo: 'así como a Momo se le dio el nombre de *no, no*, que corrompida la ene por ignorancia o malicia, quedó en *mo mo*, así a éste, de *bono*, *bono* le quedó el *bo bo*, porque todo lo abona y todo lo alaba' (II, 11). (He de confesar que cuanto más saboreo sus libros, más parte doy a una cierta ironía socarrona, entre las dotes que caracterizan a Gracián, y más me inclino a creer que eran muchas las cosas que tomaba poco en serio. Bien pudieran contarse entre éstas algunas desaforadas apologías que hizo, tan en desproporción con el personaje loado que, de no interpretarlas así, habría que culparlas a la adulación; porque en espíritu de tanto despejo no es permisible la salvedad de que elogiase por inepticia. Piénsese también que a cuantos cultivan la sátira en cualquiera de sus variedades ha de descargárseles la cuenta de muchas de sus invectivas, porque hay ya una larga serie de temas convertidos en tópicos, de que ningún cultivador del género se exime.)

Volviendo al capítulo del lenguaje, obsérvase en *El Criticón*, con frecuencia superior a la de las obras precedentes, cómo no sólo se hace más llano y natural, sino que lo afean descuidos, sólo a negligencia y abandono atribuibles en Gracián. Júzguese del desaliño de estas expre-

siones: 'inaugurando [adivinando] *que quien cuando* había de ser joven...', la cual desentona más por hallarse en lugar muy visible, la dedicatoria del tomo II; 'si se sientan *ni tocan ni* en cielo *ni* en tierra', tan fácil de mejorar escribiendo 'no tocan'. Lo más frecuente en estas muestras de redacción descuidada, en que no repara su espontánea fluencia, es la ingrata repetición, en muy breve espacio, de los mismos vocablos, fáciles de sustituir por otros sinónimos; también acusa sorprendente despreocupación el quedar algunas frases sin terminación adecuada. Es buena ocasión ésta para completar la rápida referencia hecha a la afición que muestra Gracián al lenguaje del pueblo. Su aristocratismo, que se revela innegable en la afición por los medios más cultos y el trato con los hombres más refinados, cede en él ante el amor a la expresión enérgica y pintoresca. No abundaban en sus libros primeros las ocasiones de mostrarlo, pero pudo a su sabor salpicar el habla coloquial del *Criticón* de vulgarismos que animan y dan variedad¹. Expresiones como 'chuparse los dedos', 'comer hierros' (hablar con la novia por la reja); los imperativos apocopados 'tené', 'advertí', 'decime', 'andá y acabá'...; el gracioso empleo de 'ahorcar' en giros como 'cogiéronle a uno un retrato de una dama, ahorcado de un dogal de nácar', etc., son ejemplos de licencias de vario carácter, fáciles de multiplicar con una breve ojeada. Junto a esto, la imprescindible alusión a los juegos del vocablo, que en esta obra alcanza tan copiosa proliferación que hay series de ellos formando largos espacios. Aunque algunos causan buena impresión por su ingenio y hondura, a la larga produce penoso efecto su reiteración. He aquí algunos: 'todo aquel encanto paró en canto y en responso'; 'las alegrías fueron pésames, porque no les pesa más la herencia a los que quedan'; 'entre muchos doctores no hallé un docto'; 'qué de veces y sin voces me lo pregunté'; 'hacían en sonora competencia bulla el valle, brega la vega, trisca el risco'; 'lo que forceja, cejando en la vida'; 'viene a caballo para acaballo todo'; 'razones, no de Estado, sino de establo'; 'el siglo de cobre y no se pague'. Llega a decir, para aludir a Camões, 'el que amo es'. Facilitaba un tanto estas confianzas con el vocabulario la incierta grafía de la época, que permitía hacer cubileteos con el uso o no uso de la hache, el intercambio de ve y be, la unión o separación de palabras y demás licencias que vemos en acción.

Se encuentran en *El Criticón*, como en lo anterior, algunos usos particulares, como el del artículo en casos que no lo exigen ('¿Qué jardín

¹ Refiriéndose a Quevedo, que tanta parte tuvo en la invasión de los géneros nobles por el lenguaje extrapoético, ha hecho don Dámaso Alonso muy atinadas observaciones que valen también para comprender el caso de Gracián.

del Abril, qué Aranjuez del Mayo como una librería selecta?'); raramente subjuntivo por indicativo ('Porque como todo ande en cifra y los humanos corazones estén tan sellados y inescrutables, asegúroos que el mejor lector se pierde'); y otras construcciones, más o menos excepcionales, como las que muestran frases de este tenor: 'él no es siglo de hombres eminentes'; 'todas las demás ciudades *la* son colonias de policía'; 'yo no sé cómo *se* es'¹, etc. En el uso normal son constantes las ocasiones de elogio que nos da la expresión, de feliz puntualidad, lograda con las palabras indispensables: 'donde pensareis que hay sustancia, todo es circunstancia'; 'hasta el color sacan, no sólo alterado, pero mudado'. Hasta, a veces, con una sola expresa dos cosas: 'vieron entrar un boquirrubio, y salió luego barbinegro', con lo que, además del cambio de color, marca que en aquel tiempo le salió barba. Sigue empleando mucho y bien la combinación de adverbio y adjetivo, como 'suavemente fuerte', 'pesadamente grave', 'fácilmente dificultoso', 'cautelosamente vagaroso', 'espaciosamente grave', 'dulcísimamente linda', 'valerosamente religioso', 'divinamente humano y humanamente divino', algunas de las cuales descubren una libertad de criterio muy avanzada. La aposición de dos adjetivos ('inmortal plausible lucimiento', 'bárbaro vulgar ostracismo'...), o de dos sustantivos, uno de ellos en función calificativa ('hombre rey', etc.), sigue siendo muy empleada, e igualmente la construcción 'aunque... pero' ('aunque al principio les parece áspera..., pero al fin...'). Algunos ejemplos confirman lo ya dicho de haberse anticipado a los escritores de nuestro tiempo en la osadía para expresar enérgicamente; cuando dice en cierta ocasión: 'cuentos que siete veces agradan y otras tantas enseñan, hiriendo de casera filosofía', casi hace pensar en el vocablo 'impacto', de que tanto abusamos hoy. Emplea con eficacia, dando a su lenguaje gran animación, locuciones oracionales como adjetivos: 'una casa tan majestuosa y un tanto monta de todas las ilustres casas' (en que 'tanto monta' vale por 'equivalente'); 'así te vea yo siempre lleno de dejazme estar' (de descanso, de sosiego). Usa asimismo con gracia muy personal —si bien con probable influjo de Quevedo— de aumentativos y diminutivos, que parecen forjados para cada caso: prudentazo, niquilote²,

¹ Quevedo usa esta expresión burlescamente, como en estos versos: «pues siempre se son lagañas, aunque Lucinda las tenga». (Ed. Aguilar de sus *Obras completas*, vol. no dram., pág. 303.)

² El vocablo «niquilotes», del que da Romera Navarro varias posibles explicaciones, que con razón no le satisfacen, creo sea simplemente una forma de aumentativo derivada de *niquil*, mala grafía y pronunciación que llegó a tener el latino *nihil*. El *Diccionario de Autoridades* registra la voz 'niquiscocio' = negocio de poca importancia, que dice ser «voz bárbaramente inventada entre la gente vulgar».

villanón, padrazo, madrona; chancilla, conceptillo, nadilla, ruincillo, capitanejo, impertinentillo, etc. En general, se esmera mucho en la elección y novedad de los adjetivos, huyendo igualmente de multiplicarlos que de respetar los que parecen acuñados, por acompañarles siempre, para determinados sustantivos; gusta de escribir 'groseros diciembres' (sin duda por la desconsideración con que nos maltrata su frío); 'julios apicarados con tanto desaliño' (por la libertad de la ropa), y otros igualmente inesperados. Con pareja libertad escoge los verbos, ateniéndose a su opinión de que 'el nervio del estilo consiste en la intensa profundidad del verbo. Hay los diminutivos, llenos de alma¹, que exprimen con doblada énfasis, y la sazónada elección de ellos hace perfecto el decir... Preñado ha de ser el verbo, no hinchado; que signifique, no que resuene' (*Agudeza*, dis. LX). Considérese esta frase: 'que encarcelase su apetito entre un pedazo de pan y un poco de agua'; la idea es de Séneca, que escribió 'clusit', y con sólo sustituir él 'encerrar' por 'encarcelar', dió a la expresión muy superior viveza². Apreciemos ahora en un período completo los recursos de que sabía valerse para expresar toda una idea con precisión y energía: 'Estaban endiosadas en tronos de borra, sobre cogines de viento, más huecas que campanas, moviendo aprisa los abanicos, como fuelles de su hinchazón, papando aire, que no pueden vivir sin él. Si caminaban, era sobre corcho; si dormían, en colchones de viento o pluma; si comían, açucar de viento [azucarillo]; si vestían, randas al aire, mantos de humo [gasa], y todo huequedad y vanidad' (III, 7).

Vamos ya con su obra postrera. En 1655 —o sea entre la impresión del II y del III tomo del *Criticón*— se publicó *El Comulgatorio*, en que por primera vez consta el autor con su verdadero nombre³. En las palabras 'Al lector' se advierte que 'El estilo es el que pide el tiempo', lo que parece querer confirmar al componer así el párrafo final de dicho prologo: 'Si éste te acertare el gusto, te ofrezco otro de oro, pues de la preciosa muerte del justo con afectuosos coloquios, provechosas consideraciones y devotas oraciones para aquel trance'. Como se ve, tenemos a la vista el Gracián de siempre, aunque el cambio, tan considerable, de asunto, pueda ahora mostrarnos al que Lastanosa, hijo, llama 'hombre virtuosísimo, docto y gran predicador'. La obra ha tenido,

¹ El modo de expresarse Gracián me hace dudar si usó del término 'verbo' con el amplio significado de palabra en general.

² GÓNGORA, en la *Soledad I*, escribe también 'la encarcelada nuez esquivá'.

³ *El Comulgatorio*. Contiene varias meditaciones, para que los que frecuentan la sagrada Comunión puedan prepararse, comulgar y dar gracias. Zaragoza, 1655.

en su tiempo y hasta mucho después, gran aceptación entre nuestra copiosa literatura de devoción. Posee la precisa claridad para estar al alcance de cualesquier devotos y la suficiente calidad literaria para representar en su género la manera del autor, esquivando las exageraciones de pésimo gusto que tanto mancillaron la literatura religiosa barroca. Aplica aquí con oportunidad los giros del habla popular, que ya sabíamos eran de su agrado y que con gracia tan natural emplearon nuestros místicos. 'Ofrécele [al Señor] —dice en la meditación XXXIX— tu casa, que como tan gran Rey él pondrá la comida y te sentará a su lado.' En la XLV: 'las letras... entrarán con sangre, pero no tuya, sino del mismo Maestro, que El llevó los azotes por la lección que tú no supiste'; 'no te sientes ahito de las cebollas del mundo a comer el Pan del Cielo'; y, poco después: 'advierde que la devoción es el azúcar de este sabroso manjar blanco'. Hablando del convite de David al cojo Misiboset y de la gratitud que éste trataría en adelante de mostrarle, se le ocurre esto: 'No se le conocerían las tardanzas de cojo, puntualidades, sí, de convidado.' Del hijo menor de Jacob dice: 'El Benjamín, como era lobo rapaz, tragaba al doble que todos.'

Junto a éstos, los giros descuidados, que ya conocemos; ejemplo: 'siempre que abriría los ojos para ver, abriría la boca para agradecer el favor'. Y, como compensación, otros en que trata de expresar los más finos matices: 'Séle reconocida —dice a la Samaritana, por los favores que Jesús le hizo— y serás agradecida'; 'sea émula tu preparación [para la comunión] de los querubines en el conocer y de los serafines en el amar' (donde se reitera lo que en otro lugar dice: 'el Entendimiento, querubín admirado, y la Voluntad, serafín encendido'). Los medios de lograr su amado laconismo no difieren tampoco de lo ya conocido: 'trata de enriquecer a los que le desnudaron y llena de flores a los que de baldones'; 'otro mayor rey que David, pues Monarca del Cielo y tierra'; 'y no porque no sean los suyos mayores, pues del alma'; 'a un banquete grande, grandes han de ser los convidados, y si real, príncipes'; 'permitióseles la Virgen Madre, si ya a los rústicos pastores' (que equivale a: ¿Cómo no? Si ya se había permitido...); 'la convirtió en un terrón de Cielo, y fue remedio la que ya daño'. Usa también de los artificios de siempre: los dobles adjetivos sin conjunción ('infinito regalado banquete'; 'su real divina presencia'; 'la bella altanera garza'); los adverbios con adjetivos ('gloriosamente hermosas llagas'); sustantivos como calificativos: ('compítense... lo padre con lo rey poderoso'); adjetivos empleados muy hábilmente ('no sea montañés tu pecho en lo retirado, sí cortesano del Cielo en lo agradecido'). Tiene reflexiones muy curiosas por lo ingenuas, como en esta referencia al hecho de no haber reconocido los

egipcios a Jesús; 'y siquiera —dice—, pues se comían los dioses que adoraban, o adoraban por deidades las cosas que se comían, bien pudieran adorar por Dios a un Señor que se había de dar en comida'. Contribuye a la animación del texto del *Comulgatorio* la preferencia que siempre tuvo por la elusión de la denominación directa: la Virgen es, para él, 'la inventora de la pureza'; Jesús, 'el divino Hortelano Nazareno', con variedad de designaciones de este tenor, que tendría probablemente su base en el hábito del púlpito. Y, para terminar con la obligada referencia a las ingeniosidades de léxico, baste consignar que sigue usándolas con reiteración (sólo las basadas en el contraste de yerro (hierro) y oro dan un copioso contingente) y citar un ejemplo, de trascendencia poco frecuente: 'No tuvo qué responder el desdichado, tan a la cara convenido, [por] que se come el juicio el que sin él come en esta mesa', donde juicio significa primero el Final y después la sensatez, esto es, que se condena el que comulga malamente.

La publicación de esta obra, tan ajustada al carácter sacerdotal de Gracián, fue la última que planeó¹; pero a su realización siguió el final del *Criticón*, el cual deshizo el buen ambiente que el *Comulgatorio* le creara, tornándolo en el sombrío fondo en que la vida del autor se extinguió.

II

Las referencias que en el curso de estas notas han ido haciéndose al desembarazo y originalidad con que Gracián usaba del lenguaje pueden tener eficaz complemento si se acierta a diseñar un adecuado apéndice lexicográfico. Descartado aquí, por excesivo, un verdadero y riguroso vocabulario², pienso que la eficiencia deseada sea acaso más asequible ateniéndose a un tipo sencillo, con muy escaso rigor en la fijación de límites. Las ventajas de familiarizarse en lo posible con los elementos más característicos del lenguaje de Gracián son varias, y varias también deben ser las razones que inciten a elegir, por considerarlos interesantes, determinados vocablos. Han sido, pues, englobados en una serie alfabética única: los que pueden ser tenidos con algún

¹ Parece, no obstante, que el voto de escribirla lo hizo en 1646, con ocasión de un peligro que corrió en la guerra de Cataluña.

² Tal vez se cuente en breve con un vocabulario completo de Gracián, porque la Real Academia Española lo ha elegido por tema de su último concurso como uno de los dos autores cuyo léxico puede ser estudiado.

fundamento por neologismos nacidos de la propia minerva graciana, y con ellos los términos tomados de otros idiomas, antiguos y modernos; los vocablos a que aplica un sentido diferente del habitual, diferencia que en muchos casos excede de simple matización; los que son utilizados con un significado poco conocido, aunque los vocablos mismos sean de copioso uso; los de escaso manejo, tanto en su tiempo como en nuestros días, que por tal rareza patentizan la extensión del léxico graciano, y palabras, en fin, sin otro título para destacarse que el de ser muy frecuentemente usadas por Gracián y, a la vez, muy características de su ideario y de su peculiar manera de enfocar los temas. Estas últimas, que no suelen entrañar problemas de interpretación, son simplemente consignadas sin auxiliarse de paradigmas; cualesquier ejemplos son, de otra parte, innecesarios, por la facilidad con que el lector los hallará por sí mismo si le convienen. Todas las demás voces llevarán uno o varios, según lo marque la unicidad o diversidad de sentido que el escritor les asigne¹.

He aquí la serie formada:

abonar. 'Dar por bueno': *Distaron mucho los dos Filipos, el de España y Macedonia. Extrañó el primero... al príncipe el cantar en su retrete, y abonó el macedón a Alejandro el correr en el estadio* (H, VI). Como se ve, opone *abonar* a *extrañar*.

abstraer. 'Dejar a un lado'. *Saber abstraer* es el título de un aforismo (O, XXXIII) dedicado a defender el *precioso tiempo* de cada cual. Lo usa también con diferente matiz: *abstraen los astutos con metafísica plausible* (O, XXIX), en que se refiere a las distinciones establecidas entre las cosas. Otro ejemplo: *la mayor regla del vivir es el saber abstraer* (D, XIX), lo que equipara a 'saber descartarse en el juego'.

¹ Cada ejemplo aducido irá seguido de la indicación de la obra en que se halla, con estas siglas: A, *Agudeza y arte de ingenio*; C, *Criticón*; Com., *Comulgatorio*; D, *Discreto*; H, *Héroe*; O, *Oráculo*, y P, *Político*, con números romanos que expresan el capítulo, primor, aforismo, etc., en que estén incluidos. En las citas del *Criticón* el número romano representa la parte o volumen, y va seguido de otro número, arábigo, que corresponde al capítulo. En las del *Político*, por no haber división alguna que mencionar, se señala la página de la edición tit. *Tratados políticos*, dirigida por JULIÁ Y ANDREU (Barcelona, 1941). La sigla D. A. significa *Diccionario de Autoridades*. En cuanto a la interpretación consignada de los vocablos, sólo en algunos casos se puntualiza si la propuesta aquí está o no apoyada por opiniones de otros autores; se omite asimismo la indicación de que el significado citado sea o no compatible para Gracián con el significado corriente de la misma palabra, y, en suma, cuanto sin ser absolutamente indispensable alargaría en demasía estas notas, harto dilatadas ya. He tendido, sobre todo, a que no falte nada de cuanto pueda servir para contrastar y rectificar los asertos e hipótesis que aquí son dados a luz.

- acallar.** 'Aquietar, satisfacer': *Tanto es menester para acallar el gusto de un héroe* (H, V.).
- acre.** 'Agudo': de *juicio acre* (O, LI). Lo usa G. muy frec.
- acroceraumnio** (lat. con *m* incorrecta, ref. a los famosos montes de Grecia): *hay horribles monstruos y aun acroceraumnios en los golfos de las grandes poblaciones* (C, I, II); *un infame — que aterraba a todo varón cuerdo* (C, III, 2).
- acudido.** 'Solicito, auxiliador': *se desempeñó un acudido Cortesano* (A, XXIX); *que no sin providencia juntó la naturaleza acudida la dulçura de la miel con lo picante del aguijón* (O, LIV).
- adecuarse.** Le da G. un sentido tan personal, que es difícil captarlo y asimilarlo a sus significados corrientes (el D. A. atribuye a esta voz los de 'igualar, proporcionar, ajustar'). Véanse ejemplos: *adecuase esta capital prenda* [el entendimiento] *de otras dos, fondo de juicio y elevación del ingenio, que forman un prodigio si se juntan* (H, III); *gozar de un golpe el objeto grande... de por sí adecua el gusto* (O, CCXXXI). El primero muestra la perfección que resulta de sumarse las dos cualidades vecinas, del entendimiento, y en el aforismo en que está el segundo se defiende la satisfacción de no contemplar una cosa hasta no estar completa, idea que en otras ocasiones expresa también el escritor; el —poco asequible— punto de coincidencia entre estas dos expresiones parece ser el que marca el sentido de la voz.
- adelantar.** 'Encarecer, aumentar': *Competían... adelantando cada uno su realce* (D, XXIV); *irla pintando y siempre adelantando* (O, CCLXXVII).
- adquisitas** (lat., con su sign. de «adquiridas»): *Cuanto destituyó el Cielo de las [prendas] naturales, supla la diligencia en las adquisitas* (H, VI).
- afectar** (y sus derivados). 'Apetecer' parece ser el sentido más frec.: [El hombre de gran corazón] *presume siempre empeños de su tamaño, y afecta primeros asuntos* (H, IV); *afectó Tiberio conseguir por lo político lo que Augusto por lo magnánimo* (H, VII). Pero se encuentran matices diferentes: *No las afectó Fernando* [las ocasiones], *ni las violentó; su dicha le convidaba con ellas* (P, página 334), con indudable sentido de 'buscar', que también se ve aquí: *Es tan retórico el ejemplo superior, que aun las fealdades persuade; hasta las del rostro afectó también la lisonja* (O, CLXXXVI), uso éste que ya linda con el de 'ostentar', el más corriente. De las dificultades que opone la fij. del sentido de esta voz, que es de las más frecuentes y características de G., dan idea frases como ésta: *Toda prenda, todo realce, toda afectación, ha de gastar en sí un héroe; pero afectar, ninguna. Es la afectación el lastre de la grandeza* (H, XVII). En cambio, es clara esta acepción: *Solicitan su voto todos los empleos, y los mayores con afectación* (D, X), que, sin duda, expresa aquí la idea de ahínco y preferencia. No se acabaría si se añadiesen todos los ejemplos que tienen algún interés.
- aforrarse.** 'Comer copiosamente', como hoy lo usamos también, sin la *a-*: *ahorran porque no se aforran* (C, III, 2).
- agestarse.** 'Poner gesto': *Y el Cécrope, agestándose de misterio...* (C, II, 5); *se ageste de licenciado de Salamanca* (C, III, 7).
- agrio.** 'Aspero': *barbas tan agrias como su condición* (C, III, 8).
- ahlear.** 'Dar a beber hiel': *Una lengua fue ahleada con hiel y vinagre* (Com, XVI).
- ahíto.** Usado como sustantivo: 'Indigestión' (con diversas grafías): *Lo que es ahíto en unos es hambre en otros* (O, CII).
- ahogo.** 'Aprieto, apuro': *No se ha de aguardar el discurso para el ahogo* (O, CLI).

- Lo cita entre los defectos que pertenecen al 'vulgacho de la imprudencia' (D, III).
- ahorrarse.** En tanto que 'ahorrar' tiene sólo el significado corriente (ej.: *con capa de ayuno ahorra la avaricia*, C, II, 7), el reflexivo expresa lo que se verá en estas frases: *no se ahorrán ni con el más amigo ni con el más compuesto* (D, IX), que se refiere a no prescindir de ninguna burla: *ninguno se ahorraba con el otro, ni hermanos con hermanos* (C, II, 3), ninguno cedía.
- aire.** En la frase 'tener buen aire' significa 'tener brío, garbo': *Conténtanse algunos con ponerse de buen aire a las puertas de la Fortuna y esperar a que ella obre* (O, XXI).
- aje.** 'Achaque', según él mismo dice después: *aquí tantos son los ayes como los ages* (C, III, 1).
- alarde.** Muy frecuente y característico de G., con su sentido conocido.
- albañar.** También frecuente, sobre todo como representación de conducta viciosa: *tienen la hediondez por fragancia y el más sucio albañar por paraíso* (C, I, 12).
- aldilla.** Por 'faldilla': *Tírenle de la... aldilla al que se estira, porque no salga de sí* (C, I, 11).
- alear.** 'Mover las alas': *aleando entrambos* [serafines: Marta y María], *la una amando y la otra sirviendo* (Com, X). En esta obra es de uso frecuente.
- alforzas.** 'Lorzas': *sin pliegues, sin aforros y sin alforças* (C, III, 6). También *alh-*.
- almilla.** 'El interior del botón': *tienten también si tienen almilla en los botones, que hay hombres que aun allí no la tienen* (C, I, 11).
- alto.** 'Altura': *Prenda es ésta de héroes que los supone y los acredita, arguye grandes fondos y no menores altos de capacidad* (D, XV).
- alzar.** 'Hurtar': *no sólo cogen lo mal alçado, sino lo más guardado* (C, I, 12).
- amerar.** Como 'merar', mezclar: *argamasa amerada con exquisitos vinos* (C, I, 10). El D. A. da esta voz por baja y aragonesa.
- análogo.** Véase este uso que hace G.: *él* [el defecto de los figurones] *es tan vario, que es análogo, y ellos* [los figurones mismos] *tantos, que no se pueden especificar* (D, XVI). Aunque no parece apartarse del sign. corriente (lo que tiene analogía, esto es, relación de semejanza entre cosas distintas), la expresión resulta curiosa y sorprende.
- ancianismo.** 'La colectividad de los ancianos':... *pretendiendo ser incluido en el ancianismo* (C, III, 1), *mandó publicar por todo el...* (C, III, 2).
- anexiar.** 'Recorrer velozmente': *aquel çancón que por allí pasa, las calles y plaças anexia* (C, III, 4).
- antecogido.** 'Malogrado': *un Infante Cardenal antecogido* (C, II, 6).
- antiparistasis** [la figura retórica conocida]: *a mayor riesgo, mayor desempeño, que hay también superior antiparistasis* (D, XV); *hay caudales de—que empeñados obran mejor* (O, LVI).
- antonino.** 'Religioso', prob. particular de G. y tomado, sin duda, del nombre de San Antonio: *En medio de tan antonina suspensión, que ni una mosca se oía...* (C, II, 11).
- apelar.** 'Aspirar a': *un diamante, que tardó en formarse, apela para eterno* (D, XVII).
- apesgar.** 'Agobiar': *le jubilaron de una [cadena] que al pie arrastraba y le apesgaba...* (C, II, 4). Bastante frec.
- aporrear.** También frec., con sign. de 'importunar, molestar': *aquel ¿eh? que aporreara a los que escuchan* (O, CXXI); *con una misma verdad lisongea uno y aporreara otro* (CCX).

- apreciar.** 'Aprobar': *apreciaré ciertas reglas, no...* (P, p. 309).
- apuntarse.** 'Enemistarse' (ponerse de punta): *en descubriéndoles el paradojo humor los demás, luego se apuntan con ellos* (O, CCVIII).
- arista.** Véase ej.: *Más se estima el tibio sí de un varón singular que todo un aplauso común; porque regüeldos de aristas no alientan* (O, CCLXXXI); arista alude al filamento de la cascarilla del grano de ciertos cereales, y se refiere así a los villanos, cuya opinión califica de regüeldos.
- arrimar.** Un ej.: *arriman a veces la ocasión y aun la atropellan* (D, XIV), y otro con un derivado: *Más se pierde con el arrimamiento que se puede ganar con el vencimiento* (O, CLXXXIII); parece que en ambos el sign. es de porfiar, insistir. Pero se encuentran otros sentidos, como aquí: *Ningunos más arrimados* [abandonados] *hoy que los que no se arriman* [no se acogen] (C, II, 1); y este de abandono debe ser el más frec.: *¿Por qué... éstos tan presto los arrimas?* (C, II, 4): *tan presto como la comieron la arrimaron* [la dejaron] (C, III, 3).
- arrostrar.** 'Inclinarse por': *Sin arrostrar jamás a cosa de substancia* (C, I, 12).
- arte, artificio.** Las emplea como absolutamente equivalentes; son muy frecuentes.
- asestar.** Apunt. por ser de poco uso en el sentido que él lo emplea: *los* [principios] *de un héroe han de asestar cien estadios más altos que los fines de un común* (P, página 350), frase que no necesita explicación.
- asortado.** V. dos ej.: *El que ellos* [los ministros] *sean asortados, no es del príncipe el conocer; si lo son, sí* (P, p. 350); *en naciendo fue asortado para dar tantos Santiagos* (C, I, 13). El sentido de 'elegido' que, sin duda, tiene en el segundo no basta para aclarar del todo la sibilina frase del primero, que aunque manifiesta una cierta relación con 'suerte', no puede concretarse bien.
- aspecto.** 'Semblante', sign. que aún tiene, pero de escaso uso, por lo cual se apunta: *volvía el feroz aspecto a una y otra parte* (C, III, 2).
- asunto.** Sin dejar de atenerse al sign. corriente ('tema, motivo'), lo emplea con indudable originalidad: *gran asunto de la cordura, nunca desbaratarse* (O, 52); *las medianías no son asunto del aplauso* (O, 61).
- atendencia.** Derivado de 'atender', poco o nada usado: *sin más atendencia que su gusto* (C, II, 6).
- atender.** Lo emplea a veces con sign. de 'examinar': *le atendió a la ventana empeñado en el común despeño* (C, I, 11), lo que se halla también en algunos derivados, como: *¿Qué gran mirón éste! —dijo Andrenio—. No, sino prodigio de atenciones —respondió Critilo—* (C, II, 1), y en el sentido que suele dar a 'atento' una de las palabras más frec. de G., con valor de 'entendido, inteligente'.
- aterrar.** Como 'apartar', sin el matiz de 'aterrorizar' que a 'aterrar' se le suele dar: *a los que le querían aterrar y divertir de su malogrado intento* (A, XVIII).
- atractiva.** Lo emplea como sust.: *Tener la atractiva, que es un hechizo políticamente cortés* (O, CCLXXIV).
- atrancar.** 'Correr a trancos o pasos largos': *un monstruo que venía atrancando sendas* (C, II, 4).
- atravesar.** 'Transigir': *aunque a veces personajes grandes atravesen con él, será más por gusto de su fisga que por estimación de su cordura* (O, CCXXVIII).
- ausentar.** En este ej.: *con una mano le presenta, con la otra se lo ausenta* (C, I, 7), simplemente expresa el antagonismo de presencia y ausencia.
- averiguarse.** Dice G.: *¿quién se pudiera averiguar con una hermosa, si fuera venturosa y entendida?* (C, II, 6). El D. A. da por sign. de 'averiguarse' componerse con uno, ajustarse, sujetarle a razón.

- ayunar.** Es ingenioso este uso: *el que te hace fiestas te ayuna* (C, I, 7).
- ayunque.** Aunque eliminados de esta lista casi todos los vocablos con *a-*, después perdida, queda entre los incluidos, por menos conocidos: *hecho ayunque de los genizaros Monjes, ni en el ayunque quiebra...* (C, II, 3).
- azar.** Es voz de bastante uso, con matices muy diferentes: *si saliere azar será dos veces infeliz* (O, III); *el varón juicioso no por an azar que vio, sentencie definitivamente* (O, XXXIX); *ya hasta los azares se confitan y son golosina* (C, III, 137); *no se veían jardines por esta azera tan azar* (C, I, 10). El sentido es claro en todos los casos.
- azarolla.** 'Acerola'; según D. A., es aragonesismo anticuado. Ej.: *Las verdades son de casta de açarollas* (C, III, 3), sin duda por su acritud y dureza.
- bachiller.** 'Bachiller de estómago', que, según Correas, es el que no sabe explicarse: *toparon aquí raras sabandijas del aire..., los bachilleres de estómago...* (C, III, 7).
- bailar.** Lo usa, como traducción humorística del fr. *bailler*=dar, para este juego de vocablos: *como al dar llaman ellos bailar, siempre andan bailando* (C, II, 3).
- bambanear.** 'Oscilar, tambalearse': *el airecillo las hacía bambanear* (C, II, 11).
- bandolina.** Us. donosamente por 'bandolerismo': *llega más allá del caducar la venganza, siendo fruto de la tierra la bandolina* (C, II, 3).
- barajar.** Con sentido de 'impedir, detener': *y aun me quisieron barajar la entrada* (C, III, 12).
- barbaridad.** 'Rusticidad': *fueron muy acusadas de una indigna vulgar barbaridad* (D, XVIII). Bastante frec.
- bartolomico.** 'Las entrañas', en esta frase: *Con una palmada que da un letrado en un bártulo, cuyo eco resuena allá en el bartolomico del pleiteante* (C, II, 3).
- bernegal.** 'Cierta vasija': *brindaba con la otra [mano] un bernegal a todos cuantos llegaban* (C, III, 2). Se inserta aquí por no ser palabra muy corriente.
- bizarría.** Muy frecuente en su sentido de galanura, con varios matices.
- bobo.** Se aplica al beneficio sin obligaciones clericales: *venía a pretender un beneficio bobo* (C, II, 6).
- bollo.** Ital. (sello): *para echar el bollo a la controversia* (C, III, 9): poner fin.
- bornear.** El D. A. lo considera deriv. del fr. *borne*, con sentido de volver una cosa cuando se ha llegado al término. G. escribe: *con valiente parola, que importa el saberla bornear* (C, III, 4); sirve aquí bien ese sign.
- brahón.** 'Pieza de paño para el brazo': *el sombrero traído... se guarde para braones* (C, II, 10).
- brete.** 'Calabozo': *un... edificio que... parecía... en lo cerrado brete* (C, III, 5).
- brinquiño.** En su sent. corriente de 'alhajita': *no se puede negar que sea un brinquiño de oro* (C, I, 11).
- brollar.** Lo emplea bastante en su sentido de 'borbotar'; un ej.: *brollaba el agua por siete caños* (C, I, 7).
- broma.** También es frec. en su sentido de 'cascote, cosa pesada y sin valor': *todo cuanto hablan es broma* (C, III, 2).
- brujulear.** Muy frec. asimismo; acaso es otro más de sus muchos voc. tomados de leng. del juego, en el que sign. descubrir las cartas sólo lo sufic. para conocer el palo. Ej.: *con el buen entendedor basta brujulear* (O, CCX). También usa por *brújula*, con sentido equivalente (O, CCLXXXVII).
- burel.** 'Paño pardo que usaban los campesinos': *las que aquí son telas de oro... allí eran bureles* (C, III, 10). El D. A. lo cita 'buriel'. G. usa 'buriel' en esta frase: *no son buenas palabras de seda para orejas de buriel* (C, I, 11).

- buz.** Par. ser sólo empleado en la locución 'hacer el buz', que sign. un beso o gesto de reverencia; ej.: *pienso valerme y mil veces hacerla el buz* (C, II, 6).
- cabal.** Arag., 'el pegujal del segundón': *el de más cabal es sabio* (C, III, 3).
- cabecear.** 'Saludar con movimientos de cabeza': *después de haber pedido la venia al príncipe y haber cabeceado a un lado y otro...* (C, III, 9).
- cabidad.** Al par., deriv. de 'caber'. Véase: ... *rey de mucha capacidad, rey de mucha sustancia. Llamóse la cabeza así, no de la material cabidad, sino del comprender* (P, p. 334).
- cacoetes.** Lat. con su sign. de 'mala costumbre o enfermedad maligna': *tienen bravo cacoetes de estampar* (C, III, 8).
- calarse.** Con sent. de 'sumergirse': *calose como solicita abejuela a la fragancia que despedían sus floridas llagas* (Com, XLIV).
- calidez.** 'Astucia': *altérense la calidez de la serpiente con la candidez de la paloma* (O, CCXLIII). Se ve que la prefiere por el juego de vocablo con 'candidez', pues en otro ej. anotado también se halla ésta.
- camarada.** 'Grupo', como se comprueba en la expresión *acompañado de una gran camarada*. (El D. A. la incluye, también en femen., con tal sign.)
- campanear.** 'Celebrar': *hacer aplauso de desdichas y campanear ajenas desventuras* (C, I, 10).
- campar, campear.** 'Hacer ostentación': *el mismo sol campa de luces al mediodía* (C, II, 13).
- carear.** Sin salir de su sign. es usado muy personalmente: *careó la bondad divina con su ingratitud humana* (Com, XXI).
- carecer.** 'Encarecer': *atiende sólo a carecer la grandeza del objeto* (A, XIX).
- caricompuesta.** Tal vez neologismo suyo; el D. A. tiene 'caricuerdo', pero ésta no: *mesurose y muy caricompuesta dijo...* (D, XXIII).
- carlear.** 'Jadear', aplicado sobre todo a los perros: *carleando como el sediento caminante* (Com., XLIX).
- caro.** 'Excesivo': *¡qué caro ruido!* (C, III, 7).
- cartanova.** Valenc., 'coplas callejeras con relación de sucesos'. Ej.: *no más de por andar en las gacetas, embarazando las cartas novas* (C, III, 7).
- cascabel.** 'Charlatán, casquivano': *De los titibulicios, cascabeles y esquiroleos hacia hombres de asiento* (C, I, 8).
- casquilucio.** Como 'casquivano': *¿No atendéis a aquel tan medido en sus acciones? Este era aquel casquilucio...* (C, II, 1).
- castigar.** Lo usa, como era costumbre, alternando el sentido de aconsejar con el de imponer castigos.
- caudal.** De los vocablos más frec. de G., con el sign. de 'conjunto de dotes naturales que uno tiene'. Ej.: *¡Cuántos hizo superiores la suerte en la dignidad, y la naturaleza esclavos en el caudal!* (D, 11). *Descubridores del caudal* llama a los hombres juiciosos, que saben penetrar a los demás.
- causa.** Us. con var. de matices; v. ejs.: *la sublimidad de su causa y de su esfera* (O, XCVII); *las causas superiores no obran sin el premio y el apremio* (O, CLXXXVII) *sea el riesgo común y recíproca la causa* (O, CCXXXIV), etc.
- causar.** 'Avisar, amonestar'; eso par. sign. en esta frase: *su temeridad hizo sobradamente cuerdos a otros príncipes; ellos perdieron sus reinos por su audacia, mas causaron que los perdiesen otros por escarmiento* (P, p. 346); evitaron.
- cebar.** Otra palabra predil. de G., refer. a la curiosidad, la admiración, etc.

- Un ej. curioso: *después de haber cebado en el pecho de Cristo, anidas en él* (Com, XXV).
- celebrar.** V. el sent. de 'ponderar, aumentar', que tiene aquí: *toparán con sólo un defecto que hubiere y ese lo censuran y lo celebran* (O, CXI).
- cencerra.** Como 'cencerro': *pendiente de una dorada cencerra* (C, II, 3).
- centón.** 'Pedazo': *Fuele dando noticia de su vida a centones y a remiendos* (C, I, 1).
- ceraste.** 'Cerastes', una especie africana de la víbora: *el venenoso ceraste, que él mismo cerea para que todo entendido huya* (C, II, 2).
- cercillo.** Arag., 'aros de cuba': *presidia sobre un eminente trono de cercillos una... reina* (C, III, 2).
- cidarís.** Helen., 'cídara': diadema de los reyes de Persia: *pendían coronas, tiaras, cidaris...* (C, II, 6).
- cierto.** (V. el ej. cit. en la nota del vocablo 'momento'. Par. sign. allí 'realidad')
- cifrar.** Otra palabra muy dilecta y frec. de G., con su sentido de 'disimular, ocultar'.
- cinta.** 'Cintura'; *con las ruelas en la cinta* (C, III, 10).
- citano.** Como 'zutano': *...de fulano y de citano* (C, III, 10).
- civil.** También muy frec., así como su deriv. 'civilidad'; el sentido es (y así figura en el D. A.) 'mezquino, ruin', y le sirve para hacer juegos con 'criminal': *después de mil yerros civiles y aun criminales* (D, XX); *la envidia, tanto más civil cuanto más criminal* (O, LXXXIII); pero lo usa también sin ello: *arrastrados eternamente de esta destemplanza civil* (O, LXIX).
- claveque.** Con su sent., que aún tiene, de 'cristal con que se imita el diamante': *de lejos tanto brilla un claveque como un diamante* (C, II, 7).
- cocker.** 'Premeditar, pensar reflexivamente': *extraño modo de coker los sujetos grandes en cincuenta y sesenta otoños de ciencia y experiencia* (C, III, 7).
- colimar.** Voc. del tecnicismo astron., sign. 'enfilarse un astro': *sólo el hombre camina con la cabeza levantada, colimando a las estrellas* (A, XLIII).
- como** (sust.). Us. con su sent. de burla: *dábanse el como unos a otros* (C, III, 4).
- como** (conj.). Con sign. de 'si' condic.: *¿Cómo podrá ser eso? —Muy bien, como quisiera mi señora la Fortuna* (C, II, 6). Lo usa también con el sentido, tan frec. en todos los tiempos, de 'porque': *tiene una insuave rigidez —como no está aún hecho—; pero...* (D, XVII); así lo emplea mucho.
- comprensión.** Se ve muy bien cómo pondera G. su sign., más profunda y decisiva que el de 'conocimiento', en este ej.: *gran treta es ostentarse al conocimiento, pero no a la comprensión; cebar la expectación, pero nunca desengañarla del todo* (H, I).
- conmover.** Us. como sinón. de 'promover', 'causar': *una impertinente especialidad, que conmueve alternativamente en unos la risa, en otros el enfado* (O, CCXXIII).
- conreinar, conreyes.** Ejs. (el sign. no ofrece duda): *Entretenía este católico monarca, atentos siempre, a todos sus conreyes* (H, I); *...que la agudeza, si no reina, merece conreinar* (H, III).
- constitutivo** (sust.): *El primario real constitutivo es una gran capacidad* (P, p. 334); ref. a las dotes naturales.
- construir.** Con sign. de 'reconstituir, imitar': *Son los varones eminentes textos animados de la reputación, de quienes debe e varón culto tomar lecciones de grandeza, repitiendo sus hechos y construyendo sus hazañas* (H, XVII).
- contagión.** Lat.: *La infelicidad es de ordinario crimen de necedad, y de participantes no hay contagión tan apogadiza* (O, XXXI).
- contracifra.** Muy frec. en su sentido de 'clave': *sin la contracifra de intenciones se*

- halla a cada paso empeñado uno en sacar del fuego el provecho ajeno, con daño de su mano* (O, CXCI).
- contradecidor.** Lo emplea alg. vez, como: *contradecidores de todo lo bueno* (D, XIV).
- contraer.** Como 'atraer': *Sabía contraer a ella [a España] varones doctos* (P, p. 355).
- contrafamas.** 'Difamador', como en: *tener fama de contrafamas* (O, CCXXVIII); acaso es neologismo formado por él.
- copla.** Tiene sent. injuriador en varios modismos, como *andar en coplas*, etc. G. escribe: *hacen la copla y no la dicen* (C, III, 5), que par. sign.: injurian, pero se esconden. En otro lugar (que se olvidó apuntar): *si el que gasta mejor prosa os hace la copla...*
- cordura.** Se apunta como muy frec., con su sign. corriente, en G., así como sus derivados.
- coronado.** 'Perfecto': *Mucho hombre arguya de corazón coronado* (O, LII).
- correlato.** Muy usado, sobre todo en *Agudeza*, alternando con *correlación*. Ejemplo: *no sólo se funda tal vez [alguna vez] la correspondencia en los correlatos* (A, 4).
- cosa.** En el uso de 'nada': *no les falta cosa para...* (H, XIV). A veces, con un sign. especial: *No decís cosa, replicó el francés* (C, II, 3); equivale a 'no es así, no es eso'.
- costilla.** 'El caudal': *no saben otro que sangrar la costilla de los zurdos* (C, III, 3).
- cras.** Lat. humor. para expresar el ¡mañana, mañana!: *van repitiendo por castigo y por costumbre aquel su ¡cras cras! que nunca llega* (C, I, 7).
- crisis o crisi.** Helen. muy empleado por G.; ej.: *admírase en ellos... la juiciosa crisis, el valiente concebir...* (D, XIX); en la misma página: *tiembla de su crisis la más segura eminencia*. Por designar concretamente 'crisis' la acción de juzgar, usa de 'critiquez' para expresar la cualidad: *sirveles su critiquez de inteligente contraste para distinguir lo falso de lo verdadero* (D, XIX).
- crujía.** Con el sentido que aún tiene, de 'trabajos', como equivalente de la incomodidad de pasar una crujía, un largo y estrecho callejón: *entraban... haciendo alarde y salían pasando crujía* (C, I, 13).
- crujir.** Véanse dos ejs.: *aquéllos crujiendo acero y éstos seda* (C, III, 10); *crujían mangas de seda* (id.).
- cuando.** Us. con el sign. de 'aunque', que aún tiene: *aseguró no conocía tal personaje... cuando estaba amancebada con él* (C, II, 1); *acababan de pasar sin sentir, cuando con mayor sentimiento* (ib.).
- cuesta.** 'Ventaja'. Ej.: *Atienda el sagaz con quién se toma... y en reconociéndole la cuesta, no parta peras con él* (C, II, 1); El D. A. dice que 'tener la cuesta y las piedras' sign. estar ventajoso sobre el enemigo.
- cha.** 'El té'; proc. de la voz china *tscha*: *una rara bebida... más preciosa que... el chá* (C, III, 3).
- chapado.** Por el sign. de 'seso, juicio', de *chapa*, equiv. a juicioso: *asentaban el pie muy a lo chapado* (C, II, 1). Lo usa varias veces y le sirve también para jugar del vocablo: *otro que le iba chapeando el seso, mirad qué chapado que sale* (id.); *chapear* es un arag. que sign. 'chapotear'.
- chinas.** Se empleaba como equiv. a 'chinos': *[dejó] las espaldas a las chinas* (C, II, 8).
- chorrillo.** En este ej.: *chorrillos de diamantes, dichos así con propiedad, porque ya se ha hecho chorrillo del pedir* (C, III, 5), los ch. de diam. parecen ser montones

- de, abundantes, etc., y el *ch.*, enfadosa costumbre, por la idea de reiteración inacabable que 'chorro' representa.
- chuchería.** Cosilla dada a título de regalo: *los capones para regalo y los dulces por chuchería* (C, III, 5).
- danao.** 'Danés': *de un encantado* [dijo ser] *danao* (C, III 3).
- dar.** Lo emplea mucho en locuciones fácilmente entendidas: *dar entendimiento*, *dar memoria* (ayudar a recordar), *dar pasada* (dejar pasar, no dar importancia), *dar vado* (esperar a que se sosieguen las cosas), *dar de ojos* (tropezar y caer), etc.
- data.** 'Calidad': *de una hora para otra están las cosas de diferente data* (C, III, 5); *asomó otro de la misma data* (C, III, 6).
- decantarse.** Muy frec., con su sentido de 'inclinarse': *Necesitan unos [reinos] que el príncipe se decante a la justicia y otros que a la clemencia* (P, p. 31); *Alabolas a todas, y con tal singularidad a cada una, que parecía decantarse a ella* (D, XXIV).
- deciplinarse.** Por 'disciplinarse': *que se deciplinen y duerman en una tabla* (C, II, 10).
- decir.** Como sinónimo de 'hablar'; por ej.: *siendo culpa de cordura en el que dice, es pena de los que oyen* (O, XXVII). También lo usa, con la prep. *con*, sign. 'armonizar': *pero no hay perfección en variedades del alma que no dicen con el cielo* (D, VI).
- declarado.** 'Descarado': *con la zarpa del declarado irritan los disimulados el fuego* (O, CCLVII).
- declarativa.** 'Facilidad de expresión': *tener la declarativa es, no sólo desembarazo, pero despejo en el concepto* (O, CCXVI).
- declinar.** 'Descargarse, renunciar'. Tal par. sign. en este ej.: *los defectos que por descarados son más conocidos, fácilmente los declina cualquier medianamente discreto; pero hay otros tan disimulados que...* (D, XX). En este otro: *Saber declinar a otro los males: tener escudos contra la malevolencia: gran treta de los que gobiernan* (O, CXLIX), la renuncia se ref. a encomendar a otro lo desagradable.
- defecarse.** 'Depurarse'. Dijimos ya, en la parte I de este artículo, que motivó el uso de este voc. una sañuda invectiva a la «Crítica de reflexión», escrita contra G.; añadamos aquí que lo emplea con alguna frec., tanto en su sentido espiritual (*en lo maduro del juicio, en lo defecado de la voluntad* (O, VI), como en el material (*en comenzando [el vino] a hervir, comienza a defecarse* (D, XVII).
- defender.** Usado como simplemente opuesto a ofender: *la [cosa] mejor y más favorable si se toma por el corte lastima; al contrario, la más repugnante defiende si por la empuñadura* (O, CCXXIV).
- dejarse.** 'Retirarse, retraerse'; se ve casi siempre el influjo del juego: *retirarse cuando se gana*. Ejs.: *Saberse dejar, ganando con la fortuna, es de tahures de reputación* (H, XI); [Carlos V] *supo dejarse, que fue echar el sello a sus proezas* (ídem).
- dejo.** Igual sentido, sustantivado: *Hombre de buen dejo* (D, XII); pero hay también otros matices, como puede verse: *quedando muy satisfechos del convite con tan buen dejo* (Com, 36), en que par. refer. al término de la vida; ¡*Terrible cosa... que de la cola de la culebra nazca el basilisco, y de los dejos de la víbora el dragón!* (C, II, 9), ¿alusiva a lo que queda de la víbora al envejecer?; *hace reparo en el infeliz dejo* (A, XI), la muerte, sin duda, como en el antes citado; *por buen dejo sacó una alcarchoja y con lindo gusto la fue deshojando* (C, II, 4), acaso con sentido de 'resignación'; *falsas hembras con sus... amargos dejos* (C, I, II), con los amargos frutos que de ellas se sacan. No es fácil puntualizar los contactos y las diferencias que los varios usos ofrecen.

- delecto.** Lat. repetidísimo, con su sign. de 'elección'. Un ej.: *ni se puede exagerar su buen delecto* (D, I), dice del hombre genial, como uno de sus caracteres.
- delicioso.** 'Dado a las delicias, al regalo': *no atiende sino al delicioso genio; sigue sus gustos* (C, II, 1).
- delinear.** Par. darle el sign. de 'empezar': *se están comiendo de sarna los mayores soldados y los primogénitos de la fama la delinear* (C, III, 4). Hay, acaso, alguna semejanza con esta frase de Saavedra Fajardo: *De los primeros esbozos y delineamientos pende la perfección de la pintura.*
- dementar.** 'Enloquecer', como ahora: *todos estaban dementados y adormecidos* (C, I, 12).
- desafectado.** 'Sin afectación': *Hombre desafectado. A más prendas, menos afectación, que suele ser vulgar desdoro de todas* (O, CXXIII).
- desaire.** Bast. us. por G. con el sent. de 'defecto'. Ej.: *todos estos desaires, si se advirtiesen, se podrían suplir con facilidad* (O, CCXXXVIII); acababa de citarlos: falta de seriedad, dureza de condición, etc.
- desañar.** 'Quitar años', bonito neologismo, acaso forjado por G. para este ej.: *Más querriamos nos desañasen que desengañasen* (C, II, 1).
- desazonado.** Muy frec. con sign. de 'falto de sazón'; ej.: *El sermón más grave y docto fue desazonado sin tu gracia [sin el aliño de la cultura]* (D, XVIII).
- desbaratarse.** Con su sent. de 'descomponerse': *gran asunto de la cultura nunca desbaratarse* (O, LII).
- descentar.** Como 'decentar'=empezar, al parecer: Ej.: *El primer año aseguró el Egipto y el segundo descentó la Hungría* (P, p. 341), dice de Solimán.
- descomido.** No ofrece duda su sign.: *haciendo el descomido de tales niñerías* (C, II, 1); *tan sabrosa, que a los más descomidos les abrió el gusto* (C, II, 4).
- desconocido.** 'Ingrato': *rey... poderoso por lo universal y singular por lo desconocido* (C, I, 8); *el [camino] de la soberbia es desconocido, y allí de nadie se hace caso y de todos casa* (C, I, 10); *fueron tan desdichados como desconocidos* (Com, XXXV).
- descorazonado.** Se aplica a los árboles con hendiduras en la corteza: *árboles frondosos, todos ellos descorazonados: gran señal de infructíferos* (C, I, 7).
- descuidar.** 'Hacer que otro se descuide': *Es ardid del hombre negociante descuidar la voluntad para acometerla* (O, CCXV).
- desedificación.** 'Mal ejemplo': *no es edificio, sino desedificación de tanto pasajero* (C, III, 5).
- desempeñar.** Lo usa G. con su sign. conocido, pero con su habitual originalidad: loando a Lastanosa por su eminente ingenio, adornado de todas las buenas letras, dice a contin.: *desempéñame el admirado y celebrado-museo...* (A, LVII). El D. A. cita a G. como autoridad de este sign. de 'sacar a otro airoso del empeño en que se halla', y escoge este ej.: *Para que se desengañe Critilo... suplicote, Señor, me desempeñes a excesos* (C, II, 2).
- desgalgar, desgalgarse.** 'Arrojar, arrojarse': *que no se desgalgasen muchos por las ventanas* (C, II, 5).
- deslavado.** 'Descarado': *¿anda tan deslavado, no siendo su hidalguía tanto al uso cuanto al aspa?* (C, II, 11). El D. A. trae este mismo ej.
- desliz.** 'Recurso': *Quien lo promete todo promete nada, y el prometer es desliz para necios* (O, CXCI); *el desviarse es lo seguro...; vale aquí mucho el artificioso desliz* (O, CCLVI).
- deslumbrar.** 'Engañar': *con eso pasan y se deslumbran los males* (C, III, 7).

- desmazelado.** 'Desaliñado': *de un desmazelado* [dijo ser] *alemán* (C, III, 2).
- desmentir.** La usa frec. con el sign. de 'hacer olvidar', al que pueden referirse los vs. matices expres.: *lo que hacen es placear su ignorancia, que la desmentía el retiro* (D, XIII); *Todos los hombres yerran, pero... los sagaces desmienten las [necesidades] hechas y los necios mienten las por hacer* (O, CCXLI); *desmentida de los primores del arte* (C, II, 9).
- despintarse.** Ej.: *todo les sale mal, todo se les despinta* (C, II, 6); parece ser 'ponerse en contra', con el sentido de engañarse en el juego tomando una carta por otra, que el D. A. pone como sign. de 'despintarse'.
- despotiquez.** V. este ej.: *procure... el varón prudente... atraerle sin violencias de despotiquez* (H, IX).
- despuntar.** Par. sign. 'pasarse de listo'; un ej.: *Saber más de lo que conviene es despuntar, porque las sutilezas comunmente quiebran* (O, XXXXXIX).
- desterrar.** En esta frase: *Nunca el diestro en desterrar una barra remató al primer lance* (H, I), se ve claro el sentido de 'lanzar'.
- detención, detenido.** Como 'atención' y 'atento', son vocablos predil. de G. con sign. de 'prudencia' y 'prudente': *La detención en el atento hace arrojarse a la del otro en el recato* (O, CCXIII); *hombre detenido, evidencia de prudente* (O, CCXXII), si bien aquí predomina el sentido de lentitud.
- díctamo.** Es la planta así llamada: *Sacó en primer lugar unas hojas que parecían del díctamo, gran contra veneno* (C, II, 4).
- dificultad.** 'Discutir': *Esto dificultan los sabios... yo daré la solución* (C, III, 7).
- dignarse.** Par. sign. 'condescender': *Dignábase tal vez el Gran Turco desde un balcón, antes al vulgo de un jardín que al de la plaza, prisión de la majestad y grillos del decoro* (H, III).
- diphongo.** Expresa con él una cierta dualidad, difícil de concretar: *aquel su diphongo de águila y bestia, tan mentida aquella cuan cierta* (C, III, 4); *Y cómo vive? —En diphongo de vida y muerte: andan sin alma, como cántaros, y sin corazón, como hurones* (C, III, 5); *Qué diphongo de estancia es ésta? —Este es el escándalo mayor* (id.).
- disgustar.** Es us. con sentido reflexivo: *disgustando mucho de la ausencia* (C, I, 12).
- disonancia.** Lo emplea mucho, sobre todo en *Agudeza*, como contrario de corrección; todo el disc. quinto (*De la agudeza de improporción y disonancia*) ofrece copia de ejs.
- drecho, -a.** *La que nunca obró cosa a drechas* (O, CCXVIII).
- dropo.** Arag. (como prob. lo será el anterior): 'haragán'. *Es el tan nombrado Dropo que han tenido* (C, III, 6).
- dura.** 'Duración': *Es con grande estruendo la pronta avenida de un arroyo, pero no de dura; no tiene perennidad* (A, LXIII). El D. A. distingue entre 'duración' que dice ser propiamente la del tiempo, y *dura*, la permanencia de las cosas que se consumen con el uso.
- echadizo, echar.** Us. con el sign. de 'lanzar disimuladamente' (echar indirectas como decimos hoy). *Echa una intención para asegurarse de la émula atención* (O, XIII); *hay desdoras echadizos de la emulación* (O, LXXXVI); y *nótele las puntas que va echando para venir a parar al punto de su pretensión* (O, CCXV). Son inagotables los sentidos que 'echar' ha expresado en todo tiempo, aparte de éste.
- elemento.** He aquí una acepción difícil de captar, que conviene considerar reiteradamente en busca de la solución: *Los elementos, aunque tienen las demás cali-*

- dades en una medianía, pero las propias en sumo* (P, p. 325). Acaso se refiere simplemente a los cuatro fundamentales, de tan frec. mención, en relación con las calidades que comunicaban al organismo, y, por él, a la persona.
- elmirante.** Us. aquí: *Procurante ser elmirante en un siglo tan adelantado* (C, II, 1), por 'el mirante', para acercarlo a almirante y hacer uno de sus juegos de voc.
- embriago.** Por 'embriagado'; de poco uso, según D. A.: *unos hombres embriagos intentan leer cátedra de verdades* (C, I, 6); *aquella embriaga reina* (C, III, 2).
- empecer.** En su sentido de dañar: *no pueden empecerle ni las serpientes* (C, II, 10).
- empeñar, -arse.** Bien conoc. su sign. esencial, bastan ejs. para puntualizar sus matices: *Empeñase este primor [del natural imperio] en una prenda tan sutil, que corriera riesgo por lo metafísico si no la afianzaran la curiosidad y el reparo* (H, XIV); *un bizarro principio... empeña mucho el valor* (H, XVI); *empeñó después Alejandro a César* (H, XVIII); *si el percibir la agudeza acredita de águila, el producirla empeñará en ángel* (A, II); *unos principios de crédito sirven de despertar la curiosidad, no de empeñar el objeto* (O, XIX).
- empeño.** También conocido, véanse ejs.: *una mitad en alarde y otra en empeño más es que un todo declarado* (H, I), en que predomina la idea de ocultamiento previsor; *son los primeros empeños examen del valor* (H, XVI), con matiz de empresas, que también tiene aquí: *un valiente ingenio, en un empeño panegírico de los gloriosísimos Vicentes* (A, XV); *la composición [el atavio] exterior es indicio y aun empeño de la interior* (Com, XXIII).
- emperdigarse.** Como perdigarse, 'prepararse': *se emperdigaba para repúblico* (C, III, 1).
- emprender.** 'Abordar': *huyeran también si no les emprendiera él mismo preguntándoles qué buscaban* (C, II, 11). Se usa, además, como sinónimo de prender.
- en.** Con el sentido de 'como': *ser eminente en hidalgo* (H, VIII).
- encapotado.** 'Ceñudo': *aquel encapotado que mira hosco* (C, I, 10).
- encargar.** Con cierto sent. especial dentro de su sign. de 'recomendar': *La mayor sabiduría, hoy encargan políticos que consiste en hacer parecer* (D, XIII).
- encojar.** 'Poner cojo, (más usado como refl.): *ellos las encojan y vos me sanais* (Com, XXII).
- enfado.** Muy frec., e igualmente sus deriv., para expresar impresión desagradable y molesta.
- enferecerse.** Equival. a 'enfur-', deriv. de fiera en vez de furia, (el D. A. sólo cita 'enfurecerse' y 'enferozar'): *se enferocieron todos y arremetieron contra ellos* (C, II, 13).
- entender, entendido.** Muy frec. y caracter. de G., que lo suele acompañar de 'atender' para marcar los dos matices de atención y entendimiento: *Argos al atender y lince al entender* (D, XIX); *solicitaba un entendido... una casa que fuese de personas* (C, II, 4).
- entrar.** Prefer. por él para expresar el comenzar un negocio, una disputa, etc., probablemente por su mucho uso en el lenguaje del juego, del que tantos términos tomó. Le sirve para vs. matices: *No empeñarse con quien no tiene que perder... Entra el otro con desembarazo..* (O, CLXXII); *atención al que entra con la ajena por salir con la suya* (O, CXCIII). Lo emplea asimismo con 'provecho': *Sola la verdad puede dar reputación verdadera y la substancia entra en provecho* (O, CLXXV); *masquemos bien y nos entrará en provecho* (Com, XVI).
- entretenimiento.** Lo aplica al hablar lento y campanudo: *No nace [el señorío]... del enfadoso entretenimiento* (O, CXXII).

- envidar.** Con su sentido en los juegos: *Ventajas son de ente infinito envidar mucho con resto de infinidad* (H, I); *prometa más lo mucho, y la mejor acción sea envidar de mayores* (O, CCXXX).
- envidiarse.** 'Negarse': *aun el regalo de quitársela [la barba] se envidiaba* (C, II, 3).
- escapar.** 'Salvar': *ciertas piedras... muy preciosas que había escapado de sus viajes* (C, I, II).
- escolán.** 'Escolano, monaguillo': *otros [le llaman]... escolán de amén* (C, II, II).
- escrupulear.** Lo usa muy frec., en vez de 'escrupulizar', con su sentido de escatimar: *ninguno escrupuleará aplausos a la pura paradoja* (H, I).
- espacio.** Sustituye a 'de espacio' o 'despacio': *aquel que hablaba de taravilla, agora tan espacio que parece que da audiencia* (C, II, I).
- espantaignorantes.** Uno de sus ingeniosos compuestos, como 'pasma simples', 'espanta villanos', etc.: *no se pague de milagros del vulgo, que no pasan de espantavillanos* (O, XXVIII).
- especie.** Sentido cercano a 'apariencia': *Nunca dar satisfacción a quien no la pedia, y, aunque se pida, es especie de delito si es sobrada* (O, CCXLVI).
- espera.** Lo usa mucho con sign. de tardanza, de paciencia: *Conócese la madurez en la espera de la credulidad: es muy ordinario el mentir, sea extraordinario el creer* (O, CLIV); *con su mucha espera y valor...* (C, II, 8).
- espinar** (verbo). 'Herir con sus espinas': *las flores son delirios y los lirios espinan* (C, III, 3).
- esquirol.** 'Ardilla', por su movilidad (aragon.). Véase un ej. en el vocablo *Cascabel*.
- estirar.** Por 'tirar': *¡cómo estira dellas aquel vejezuelo...!* (C, I, 6).
- estitiquez.** 'Poquedad, mezquindaz': *con flujo de palabras y estitiquez de razones* (C, III, 2).
- estoico.** 'Austero', demasiado exigente: *ya sé que me tendréis por paradojo y aun estoico* (C, I, II).
- excandecencia.** 'Irritación' (lat. 'excandescencia'): *Aquí se enojó mucho... y aun con excandecencia dijo* (C, II, 4).
- exótico.** 'Extravagante', con su sentido más peyorativo: *y haylos tan exóticos, que siempre escojen lo peor, que parece hacen estudio en el errar* (D, X); *hay gustos exóticos que se casan siempre con todo aquello que los sabios repudian* (O, CCVII).
- exprimir.** Con el frec. uso por 'expresar'; aunque tan corriente, a veces sorprende su empleo, como en: *con razón se llama coraçon, que exprime el cuidadoso* (C, I, 9).
- extrañar.** Sin apartarse de la idea de 'censura', se expresan vs. matices, como puede apreciarse: *El despejo... lisonjea la inteligencia y extraña [rechaza] la explicación* (H, XIII); *Luis XI... extrañaba la grandeza [se apartaba de los grandes] y se perdía por las heces de la categoría política* (H, XV); al duque de Alba no le satisfacían sus hazañas, y *Extrañándole la causa, dijo...* (H, V); *extrañó [Felipe II] al príncipe el cantar en su retrete* (H, VI), donde la idea de censura no lleva añadido alguno.
- extravagante.** La idea de 'extraordinario', sin llevar forzosamente sentido peyorativo: *ordinario asunto no puede conducir extravagante crédito* (H, XVI).
- fachata.** Ital. que usa repetidamente: *la compostura del hombre es la fachata del alma* (O, CCXCIII); *en esta artificiosa fachata del humano rostro* (C, I, 9).
- falar.** Portug. que emplea para aludir al lugar de la acción: *Pues donde no se dexan falar sino por serviles farantes...* (C, II, 3).
- falto.** Con sign. de 'necio', siempre con 'falso' por paronomasia: *sea contraste de lo*

- falto y de lo falso* (O, LXXX), *el engañado por falso y el engañador por falso* (O, CLXXXI), etc.
- fame.** Usado con igual intención, con fama: *mira lexos de aquí la fama y muy cerca la fame* (C, III, 9).
- familiaridad.** Véase: [El hombre universal]... *hace felicísimo el vivir, comunicando esta fruición a la familiaridad* (O, XCIII). Este sign. colectivo par. estar rel. con la acepción cit. por D. A., como igual a familia en lo antiguo, de lo que cita un art. legal: «Que el Rey no consienta que sus oficiales trayan gran familiaridad», o sea familias numerosas.
- farfante.** 'Charlatán', 'engañador': *que no a los farsantes y farfantes* (C, III, 6).
- feeza.** Ej.: *el que le hiciere feeza su esposa bella* (C, III, 4). Fue palabra de poco uso.
- figura.** Como 'figurón': *no esté siempre de figura* (O, CCLXXV).
- fineza, fino.** Con sign. de 'amistad y amigo o amante': *su retrato dedicado a la amigable fineza* (C, II, 3); *que tiene pocos finos la entereza* (O, CCVI).
- finir.** Usa algo este verbo anticuado: *no dio por finida su monarquía* (P, p. 347).
- folla.** En dos ejs. recogidos: *En medio desta folla de maravillas* (C, II, 2); *se sintieron embargar todos sus sentidos de bellisimos empleos en folla de fruición* (C, II, 10), se percibe la idea de mezcla más o menos desordenada.
- fondón.** No precisa explicación su sign.: *acullá dentro en el fondón de las intenciones* (C, III, 5).
- fondos.** Muy frec. en este plural, con igual sentido que 'caudal', que ya vimos: *Hombre con fondos, tanto tiene de persona* (O, XLVIII); *Entendimiento con fondos logra eternidades* (O, LVII). En sing., menos frec.: *cortedad de fondo llama a la falta de juicio* (O, CCXXVII).
- formal.** 'Espiritual': *lo material de las palabras y lo formal de los pensamientos* (A, LX); [Toledo] *centro, no tanto material cuanto formal de España* (C, I, 10); *la [correspondencia] formal es más sublime en prendas, obligaciones, reputación, méritos* (O, CXII).
- fresco.** 'Reciente' (como *frescamente* sign. 'recientemente'): *al fin, como tan fresco cortesano...* (C, I, 12).
- fullería.** 'Diversión': *no hay fullería para un ingenio como un libro nuevo cada día* (C, II, 4).
- funesto.** 'Fúnebre': *vistió al segundo... de un bocacé funesto* (C, I, 11).
- gaitería.** 'Vestido de colorines', como cubierta de gaita: *entiendan que el traje que para un joven sería decente, para ellos es gaitería* (perd. cita del lugar).
- galantería.** Muy frec. en G. (sent. de gracia amable y generosidad).
- gamba.** Us. con su sentido de 'pierna': *lo que echó en éstos la naturaleza en gambas, les quitó de cerebelo* (C, III, 4).
- ganica.** 'Capricho pasajero': *las felicidades de los señores y príncipes... todas son ganicas* (C, III, 9).
- gañas.** 'Agallas': *importa mucho la valiente resolución de coger por las gargantas el león y por las gañas el pez* (Com, XX).
- garapiña.** Sign. cierto tejido de lujo: *no sino de paño... y no, como agora, de garapiña y de rapiña francesa* (C, III, 10); busca, como se ve, juego de palabras.
- gavión.** 'Un sombrero alto y de grande ala': *sacaban los gaviones con una vara de copa y otra de falda* (C, III, 10).
- genial.** 'Placentero': *más se pierde en un día genial que se ganó en toda la seriedad* (O, CCLXXV); *para distribuir el gusto genialmente* (O, Al lector).
- gigantinano.** Se halla puesto como epígrafe marginal en C, II, 13; es compuesto

- de gigante y enano, designando a uno que parecía alternativamente lo uno y lo otro.
- gitano.** 'Egipcio': *más precioso que el licor de la perla gitana desleída (A, LX); Marco Antonio el desdichado, por más que le diga la ventura una gitana (C, I, 7).* Lo usa también en su sentido corriente: *que hay ingenios gitanos de agudeza (A, CCCLXXIV).*
- gñomon.** Como gnomon, = reloj solar: *son como el gñomon del reloj del alma (C, I, 9).*
- guardanaso.** Lit. 'guarda nariz': *mira... qué defendido está con el guarda naso de su gran sagacidad (C, II, 8).*
- guindarse.** 'Descolgarse': *hizo sogá, por la cual se guindó (C, I, 11).*
- gúmena.** Con su sentido de 'cierta maroma para usos navales': *más fuerte que una gúmena (C, I, 10).*
- hablativo.** Chistoso nombre dado al charlatán: *esse es un hablativo absoluto, que ni rige ni es regido (C, III, 3).*
- hacendado.** 'Ocupado, diligente': *hacen muy del hacendado los que menos tienen porqué (D, XX).* Lo usa repetidamente, siempre precedido de 'hacer del'.
- hambrear.** 'Pordiosear': *véndense muy ocupados, hambreando reposo y tiempo (D, XX).*
- hazañería.** 'Afectación, aspavientos': *y después de muchos misterios, ponderaciones y hazañería, les dijo muy en secreto... (C, III, 2); qué brava hazañería hace aquel otro de ministro (C, III, 4).*
- he.** Parece ser la forma de haber no acomp. del complemento usual: *He que la misma fénix... (D, XIII).* El D. A. dice que *he* es interjección que indica que se encontró lo perdido.
- helar.** Es frec. con sentidos derivados del suyo propio, siempre fácilmente comprensibles, como 'se hiela el decir y se impide el hacer', 'la sangre helada del miedo', 'hiela un desaire mucho lucido sudor', etc.
- hendrija.** 'Rendija': *se veía lleno de hendrijas y goteras (C, III, 1).*
- humeral.** Véase: *estos ojos humerales [situados en los hombros] (C, II, 1).*
- idea.** Le da a veces el sign. de 'ejemplar, modelo': *Elegir idea heroica, más para la emulación que para la imitación (O, LXXXV); y le fuese ejemplar idea (C, II, 10).* No es uso exclusivo de G.: Quevedo, por ej., dice: *muchos, siendo arrogantes y soberbios, se quieren hacer ideas de la perfección, en Sent., 374.*
- identidad.** Par. bastante extraño este ej.: *[no confiar a nadie los propios defectos] ni aun, si ser pudiese, a su misma identidad (a sí mismo) (O, CXXXVI).*
- impensado.** Lo emplea sustantivado: *No había impensados para su atención ni confusiones en su vivacidad (D, XV).* Véase también 'pensado' en esta lista.
- inapeable.** 'Insondable': *de fondo inapeable, con más enseñadas que un océano (P, p. 337).*
- inar.** Visto este ej., sin lograr interpretarlo: *metáforas cansadas, haciendo inares las virtudes (C, III, 10).*
- inaugurar.** Como 'augurar': *inaugurando que... (dedicatoria de la p. II del Crit. a don Juan de Austria).*
- individuar, individuo.** Ejs.: *Nunca se ha de individuar mucho en las cosas y menos en las de poco gusto (O, LXXXVIII); Poco es menester para individuo, mucho para universal (H, VI).* Expresa G. el desdén que le inspira una exagerada especialización y el esmero en la nimiedad. En otros ejs. se refiere a los que quieren singularizarse por una nota personal, que sólo inspira burla.
- influir.** V. qué matiz le da aquí: *Influya inmediatamente el bien y mediatamente el*

- mal* (O, CLXXXVII), frase con que insiste en la idea de que lo bueno debe hacerse por sí y lo malo valiéndose de otro, tema de ese aforismo.
- ingenuidad.** Sin ningún sentido peyorativo: *aun en caso de evidencia, es ingenuidad el ceder* (O, CLXXXIII), que es lo que él alaba.
- inglorio.** Véase: *vanse encadenando los príncipes inglorios, pero los heroicos...* (P, página 319).
- intensión.** Frec. este lat., tom. de 'intensio' y opuesto a *extensión*.
- irascible.** Us. como sust. fem.: *tantee la irascible para el empeñarse* (O, LXXXIX), o sea la energía.
- janual.** Basta conocer el ej.: *un ojo en cada mano y otra cara janual* (C, II, 1).
- jubilado.** 'Extremado': *Fue jubilado en ésta como en todas las demás destrezas* (H, I).
- ladear.** Se encuentra con vs. sentidos: *Atajo para ser persona: saberse ladear* (O, CVIII), *saberse buscar buena compañía; Hay algunos que ladean hoy por infeliz al que buscaron ayer por afortunado* (O, CLXIII), *dar de lado; pero si ella sale ladeada de sus dos hijos... todos le han de ceder la ventaja* (A, XVI).
- lama.** 'Cierta tela de oro o plata': *la hija trae desnuda y la amiga rozando lamas* (C, II, 9).
- lego.** Sólo debe citarse por mostrar, como otros vocablos, la originalidad con que los aplica: *Lega quedaría el arte...* (H, II), no limitándolo a personas.
- letra.** Véanse dos ejs.: *no llegaron a ser personas; lo cierto es que no son letras ni hay qué saber en ellos* (C, III, 4); *...todos éstos sí que serán letras. —De ningún modo, digo que no lo son. —¿Pues qué? —Añadiduras de letras, puntillos de tes y tildes de enes* (poco después del anterior). Sentido claro, como se ve.
- leyes.** 'Pestes': *de Salamanca se dijeron leyes* (C, I, 10); *como me vetan sin dinero, decíanme leyes* (C, II, 4).
- librar.** Muy frec., con su sent. de 'fiar, entregar'. *Su mayor lucimiento libra en los lances de la venganza* (O, CXXXI).
- licenciar.** También muestra usos muy originales, sin salir del sign. esencial: *licenciaron la vista y descubrieron...* (C, III, 2); *en viendo a Critilo, licenció la risa en carcajadas* (ib.).
- lince.** Se cuenta entre las palabras predilectas de G., con su sign. de sagaz.
- lograr y logro.** También muy frec.; sign. de conseguir y de disfrutar.
- llenar.** 'Satisfacer, agradar': *los que a mí más me llenaron... fueron los ojos* (C, I, 9).
- mal.** 'Poco': *Aquí se vende el bien a mal precio* (C, I, 13), con juego de vocablo.
- malearse.** 'Maliciarse, recelar': *Cuando lo advirtió Critilo, comenzó a malearse* (C, I, 7). Claro es que lo usa también en el sentido actual: *Ahora todo está maleado, todo mudado* (C, III, 6).
- manual.** Véase ej.: *llevando muy manual la contracifra* (C, III, 4); *muy a la mano*.
- marivenido.** Form. donosamente, como puede verse: *pretendía por mujer la que había muerto su marido y él quería ser el marivenido* (C, II, 9).
- martingala.** Lo usa con su sign. de cierta pieza del arnés: *si no... salís un día con la martingala de vuestro abuelo, porque se reirían* (C, II, 11).
- massecuentos.** Por 'maessecuentos'=cuentero: *con tal moderación que no sea tenido por massecuentos* (C, II, 1).
- mata.** Por 'mate': *la afición que infaliblemente dará mata al albedrío* (O, XXVI).
- matrero.** 'Astuto', con sentido prob. injurioso: *la matrona dio en matrera* (C, II, 11).
- matrícula, matricular.** 'Registro, registrar': *Matriculó primero Augusto todo su imperio en la cabeza y después lo tuvo en el puño* (P, p. 336); *se hicieron lugar los sabios en la matrícula de los heroicos* (O, LXIII).

- maximidad.** Neologismo: *representa todas las maximidades, no digo ya grandezas* (H, XVIII).
- mazo.** 'Hombre molesto, pesado': *Por fuerza ha de haber mazos en el hablar* (C, I, 11).
- mecánico.** 'Ruin, bajo': *a tan mecánico aplauso...* (C, I, 7), *de gentuza; bien aliñadas doncellas, aunque mecánicas y de escaleras abajo* (C, I, 8). También con el sent. de oficio manual: *¿Pudieran discurrir mejor los siete sabios de Grecia? Pues advierte que todos son mecánicos, y los más sastres* (C, II, 5).
- mediocrista.** Form. de 'mediocre': *no hay aquí mediocristas; todo va por extremos* (C, III, 12).
- melsa.** 'Bazo', y, como cualidad 'cachaza, flema' en Aragón: [Mandó —en testamento—] *la melsa a los polacos* (C, II, 8).
- menudear.** 'Reparar mucho en los detalles': *quien así menudeaba en tan excusables achaques del recato, ¡cómo que escrupulearía en los del crédito!* (H, II).
- micer.** Título del ant. Aragón, con que se designó a los letrados de las Baleares: *los miceros, los sabiondos y dotorcetes* (C, III, 7).
- miseriación.** Es lat. der. de 'miseratio': *será echar el sello a todas tus misericordias y coronarte de miseraciones* (Com., XLVI).
- mochillero.** 'Mochilero, soldado': *¿Qué hiciera el mundo sin mí? —pasaba diciendo un mochilero* (C, III, 7).
- modillo.** Este dimin. par. ser cosa suya y sign. habilidad para presentar los asuntos: *Tiene gran parte en las cosas el cómo y es tahir de los gustos el modillo* (O, XIV).
- momento.** 'Importancia, entidad, peso': *mas yo atribuyo esta reputación de políticos [dada a Tiberio y a Luis XI] más al momento de sus dos escritores, que fueron Tácito y Comines, que al cierto de sus hechos* (P, p. 332).
- monear.** Sign. no dudosa: *¿no llegan los hombres a estar chochos... ni a monear aquéllos tan prudentazos antes?* (C, III, 12).
- mórula.** Dimin. del lat. *mora*=detención: *en él se paraban al caer, apoyando mórulas a Zenón* (C, I, 10).
- muela.** 'Corro': *rodeado de una gran muela de gente* (C, III, 4).
- muñidor.** De sus palabras frec., con su sign. corriente de 'gestionador', concertador de tratos, etc.: *la famosa Volusia... gran muñidora de los vicios* (C, I, 11).
- nasudo.** 'Narigudo': *entienda el otro que se estima de nasudo y de sagaz* (C, I, 11); recuérdese que se tenía al narigudo por agudo.
- necedad.** Muy empl. por G., alguna vez le da un sentido de colectivo: *en un instante se conmovió toda aquella acorralada necedad* (C, II, 5).
- necidiscreto.** V. ej.: *Nunca pensé ver... tanto necidiscreto junto* (C, II, 5). Juzgando por lo que dice antes, llama así a 'los que no supieron para sí [y] quieren saber para los otros'.
- negro.** 'Funesto': *esta negra honrilla trae arrastrados a muchos* (C, II, 11). (Recuérdese —v. voz 'funesto'— que usaba también *funesto* por *fúnebre*).
- ni.** 'Y no': *Que siempre curaron de necios los callados, ni se contentan...* (D, I).
- niquilote.** Par. ser 'el que no es nada, que no sirve para nada'; he aquí un ej. (cuyo lugar no se apuntó por descuido): *que el niquilote lo quiera ser todo*. Véase la pág. 195 de la parte I de este art. y la nota 2.
- nonadilla.** Alterna este dim. con 'nonada': *el nonadilla se creta gran hombre* (C, II, 13).
- nota.** 'Lo que puede llamar la atención y despertar la mofa': *huir la nota en todo* (O, CCLXXVIII); *todos caían con harta nota suya y risa de los sabidores* (C, II, 11)

- notante.** De bastante uso por G., le da sentido de 'perspicaz' (como en: *el varón juicioso y notante —hállanse pocos y por eso más singulares— luego se hace señor de cualquier sujeto y objeto, Argos al atender y lince al entender*, D, XIX) y otras veces peyorativo (*recátese del preguntador, o por fácil o por notante* (O, CCLXXIII) especie de 'maese Reparos', que podríamos decir.
- noticioso.** De uso frec., parece marcar el matiz de leído, erudito, y distinguirlo de entendido, juicioso, talentado: *Bueno es ser noticioso, pero no basta; es menester ser juicioso*, etc. (D, XIX). Pero también expresa superioridad: *un plático saber de todo lo corriente, más a lo noticioso, menos a lo vulgar* (O, XXII).
- obligación.** Otro de los términos que, sobre todo en plural, ofrece a veces matices no fáciles de captar: *Previene la malevolencia a la obligación* (O, CXIX); aquí se aclara por las palabras que preceden: *Muchos hay que aborrecen de balde, sin saber el cómo ni por qué. 'Tratar siempre con gente de obligaciones' es el título de un aforismo* (O, CXVI) que enseña se trata de personas cumplidoras, firmes en sus promesas, como se ve asimismo en el aserto de que *'al hombre de obligaciones hácele reparar el tener mucho que perder* (O, CLXXII). Otros casos son de suyo claros: *Mejor política es celebrar obligaciones de unos para que sean empeños de otros* (O, CXXIX); *Hacer obligación antes de lo que había de ser premio después* (O, CCXXXVI), etc.
- ofrecerse.** Us. repetidamente con sign. de 'ocurrirse', como: *todo lo peor se les ofrece, y, no percibiendo el bien presente, anuncian el posible mal* (O, CCLXXIII).
- opósito.** 'Encuentro': *Salioles ya al opósito aquel león* (C, II, 10).
- orar.** En su sentido de 'predicar': *traedme quien ore con seso* (C, III, 7).
- oreja.** Basta el ej.: *haciéndole la salva como a vino de una oreja* (C, III, 9), o sea generoso. El D. A. sólo cita vino de dos orejas, fuerte y bueno.
- orejear.** Con su sentido de 'mover las orejas un animal', lo usa para actos humanos: *a cada razón orejean la aprobación o la lisonja* (O, CXXI).
- ostentativa.** Us. como sust. fem., sign. 'dote de lucimiento': *cuando la ostentativa se junta con la eminencia, pasa por prodigio* (O, CCLXXVII).
- otro.** Casi no debería citarse este uso por 'otra cosa', tan general: *la misma filosofía no es otro que meditación de la muerte* (D, XXV). Emplea también 'otro' con 'un', el cual sobra, como: *en una otra mujer, un otro Hércules*, etc.
- panarra.** 'Simple'; es de poco uso: *los panarras, buenos hombres, amenistas... se hicieron a la banda de Bobo* (C, II, 11).
- panático.** 'Pánico', sin duda: *con panático terror se desvanecen* (C, I, 10).
- panegiris o -i.** Usa mucho este helen. en 'Agudeza', sin faltar en las demás obras: *Panegiris* intitula el ensayito XXIV del 'Discreto'; *la misma Panegiri de Plinio* (C, II, 1), etc.
- papar.** 'Comer'; véanse ejs. en la voz 'papasal' y en 'popar'.
- papasal.** Us. con su sign. de 'bagatela, cosa fútil': *había bravos papasales, otros que papaban viento...* (C, I, 13).
- paradejo.** Este neologismo, que parece suyo, sign. como *dejo*, 'término, final': *les iba adivinando el suceso de su vida y el paradejo de ella* (C, III, 3).
- paradojía.** 'Extravagancia': *muy pagados de su paradojía* (D, XIV).
- paradojo.** Muy frec., equival. a 'paradójico'. El aforismo tit. *No dar en paradojo por huir de vulgar* (O, CXLIII) da idea completa de su sentido. Sólo añadiré este ej. curioso: *Hay algunos tan paradójicamente impertinentes, que pretenden que todas las circunstancias del acierto se ajusten a su manía, y no al contrario* (O, CCLXXXVIII).

- parar.** 'Poner': *¿Qué te parece —le dijo éste— cuál te ha parado una tan mala hembra?* (C, I, 12); *¡qué Atlante parando espaldas a un cielo!* (C, II, 11).
- pasa.** Con sign. de 'procesión': *estaban muy acreditados los duendes; había pasa de ellos como de hechizados* (C, II, 5).
- pasar.** Con sentido de 'alimentarse': *¿de qué pasaría la fisga de los unos sin la figuraría de los otros?* (D, XVI).
- paseador.** Us. con su sign. de 'lugar de paseo': *fuéronse empeñando por un páseador espacioso y delicioso* (C, III, 8).
- pasta.** Como 'pastilla': *Una buena pasta hace que huelga bien la boca* (O, CCLXVII).
- pedir.** 'Preguntar': *muy en secreto le pidió qué era lo que allí se vendía* (C, I, 13).
- penetrar.** 'Combinar, reunir, unificar': *penetrando el útil del aprender con el gusto del conversar* (O, XI); *penetrando oficios para no multiplicar instrumentos* (C, I, 9).
- pensado.** Sust., sign. 'acto meditado': *Hombres hay de excelentes pensados, y otros de extremados repentinos* (D, XV).
- pensión.** 'Obligación': *Y fue tal el contrapeso... de pensiones a las dignidades...* (C, II, 6); *habiendo padecido esta mujer una tan gran pensión del vivir* (Com., 7); en este último ej. más bien sign., 'como se ve', 'trabajos, penas'.
- pepitoria.** Véase: *casas llenas de pepitoria de familia que con un solo título pretendían todos la señoría* (C, III, 7); este vocablo lo define así el D. A.: 'junta de pies y manos de los racionales'.
- perdigana.** Este voc. arag., equiv. a 'perdigón', lo usa sin duda G. por el chiste que ofrecen sus dos aparentes elementos 'perder' y 'ganar': *Las aves sólo tenían el nombre de perdiganas* (C, I, 7).
- perdigón.** Us. también con el sent. de 'perdulario, malbaratado', por lo mismo: *Encontraron ya un grande perdigón que iba perdiendo a toda priesa lo que poco a poco había ganado* (C, III, 3). (El D. A. lo toma como justificante del sign.)
- perinquinoso.** Adj. der. de 'inquina': *un paso muy peligroso... sembrado de perinquinosos peros* (C, II, 11).
- permitir.** Muy frec. en G., que con él expresa enérgicamente la idea de dejar traslucir lo que uno siente o piensa: *ni en el trato se ha de permitir el interior a todos* (O, III).
- persona.** Lo usa mucho con su sent. de 'hombre de prendas', prudente, etc., como en: *Todo está ya en su punto, y el ser persona en el mayor* (O, I); *cuidaban más mis padres fuese hombre que persona* (C, I, 4).
- personado.** Es latín. der. de 'personatus'=enmascarado: *poderle conocer entre tanta multitud de personados* (C, III, 9).
- personaje.** Véase: *llegó el mayordomo Ostentación con su gran personaje, la barba larga, el rostro grave, etc.* (A, XXVIII); como se ve, indica prendas características de un sujeto muy 'apersonado'.
- persuadido.** 'Terco, obstinado', incluyéndolo entre los 'monstruos de la necesidad' (O, CLXVIII), e insiste en otro lugar en que *todo necio es persuadido y todo persuadido necio, y cuanto más erróneo su dictamen es mayor su tenacidad* (O, CLXXXIII).
- pia.** 'Caballo de piel abigarrada': *las pias que la tiraban, más remendadas que pias, eran...* (C, I, 7).
- picadura, picar.** 'Satisfacción, satisfacer': *un gusto hecho siempre a milagros de naturaleza y arte no se pica así vulgarmente* (H, V); *El más plático instrumento de la soberanía, un caer en picadura, es suerte, pero socórrese del artificio* (O,

- CCLXXIV**). Sin apartarse de este sentido, marca a veces un matiz más inesperado: *descubrieron desde un puesto bien picante, en el centro de un gran llano...* (C, II, 2). No hay que decir que también le da el sentido habitual de zaherir: *se ríe a lo Zoylo y pica a lo Aristarco* (C, III, 4).
- pico**. Usa de la locución 'hacer pico', en que este vocablo par. expr. su sent. corr. de 'facundia, facilidad en el decir': *comíanse los poetas las uñas para hacer pico* (C, III, 4).
- picón**. De acuerdo con el sign. visto en 'picar', expresa la idea de 'estimulante': *El destinar para solos los entendidos es picón general, porque todos se lo piensan, y, cuando no, la privación estimulará el deseo* (O, CL).
- pieza**. Us. con el sign. que en diversos juegos: *los mayores hombres juegan también la pieza del donaire* (O, LXXIX).
- piguela**. En su sentido de 'estorbo', que tenía, como pihuela: *su extremada prontitud, no sufriendo piguelas de encadenada elocuencia...* (A, LI).
- pirausta**. Con el suyo de ciertas mariposas que se decía viven en el fuego: *son ellas piraustas de la humareda* (C, III, 7).
- piropo**. Uno de los nombres del carbunclo o rubí: *entre lucientes piropos hechos llama* (Com, XVIII).
- pisasecos**. Voc. humorístico: *eviten de parecer pisaverdes los amarillos y pisasecos* (C, III, 2).
- pítima**. 'Emplasto curativo': *todo el palacio está compuesto de pítimas y contra venenos* (C, II, 10).
- placear**. Muy frec. en G., con su sign. de 'exhibir': *lo que hacen es placear su ignorancia* (D, XIII).
- plaga**. Lat. bien conocido, sign. de 'región', que G. no podía prescindir de aprovechar como tan apto para jugar del vocablo: *¿qué haces aquí en esta plaga del mundo? que todo él se compone de plagas* (C, II, 1).
- plático**. Casi es innecesario citar esta forma, tan corriente, por 'práctico'.
- plausible**. En algunos casos par. darle un matiz muy distante del sentido corriente; véase, por ej.: *dos los caminos (el plausible, de la mano izquierda, por lo fácil, entretenido y cuesta abajo, y al contrario el de la mano derecha, áspero...* (C, I, 5). Pero en palabra que es de las más frec. en G., es difícil afirmar nada, por encontrarse otras muchas expresiones que parecen contradecirlo.
- poliantea**. Hel. o lat. sign. 'colección de flores, de noticias', etc.: *empresas geniales, polianteas y farragos* (C, II, 4).
- polianteista**. Neologismo der. del vocablo anterior: *aquel elocuentísimo polianteista* (C, III, 9).
- polono**. 'Polaco': *la esclarecida reina Polona* (C, II, 2).
- ponleví**. Galic. der. de 'pont-levis'=puente levadizo, con el sign. 'zapato de tacón alto': *todos los pequeños... para poder ser vistos, ayúdanse de ponlevies* (C, III, 7).
- popar**. Con su sign. de 'halagar': *ellos popan al enemigo porque papan de él* (C, I, 6).
- poquedad**. Us. como esquiv. de 'ruindad': *es una inexcusable vulgarísima poquedad* (D, XX).
- porte**. Unas veces su sent. es evidente, como en: *muchos mudaron de porte o con el estado o con el empleo* (O, CCLXXVI); pero otras resulta algo enigmático, como: *suele ser más contrario el porte al genio que el clima al temperamento* (D, I), en que caben vs. interpretaciones.
- praxi**. Lat., con su sign. de 'práctica': *aquella gran cuestión, que ya en la praxi los príncipes de la sutileza decidieron* (A, LI).

- presto.** Us. como sust. con igual sent. que en música: *Son los prestos lisonjas del buen gusto y los repentos hechizo de la admiración* (D, XV).
- prevenir.** Lo usó, además de en su sentido primero, en el de 'anticiparse', menos frec.: *dijo que no los había depuesto por el castigo, sino porque le habían prevenido y le habían quitado una ocasión* (A, XVII).
- primería.** Como primacía: *Dejó de estimar la novelera gentilidad a los inventores de las artes y pasó a venerar... lo que vale una primería* (H, VII).
- prisiones.** 'Grillos, cadenas', etc.: *hallaron una cárcel llena de prisiones* (C, II, 3).
- profano.** El sentido de 'inmodesto', uno de los que tenía por extensión de 'irreligioso', se ve aquí: *color profano y mal visto* (C, II, 1).
- prometer.** Lo emplea con su sign., tan conocido, de 'afirmar, asegurar': *Prométoos que para poder vivir es menester...* (C, II, 1).
- propio.** Tiene el sign. de 'pariente' en: *Tampoco es regla de conservarse querer darse a sí un pesar de toda la vida por dar placer una vez a otro, aunque sea el más propio* (O, LXIV); o en: *muchas quejas de que siendo tan propio se hubiese portado tan extraño* (C, I, 11).
- provincia.** Con el sent. de 'nación' lo usa frec.: *no tirano de las provincias, sino padre de todo el mundo* (C, III, 10).
- punchonero.** 'Zaheridor': *no hay punchoneros, celosos, impertinentes...* (C, III, 2).
- punta.** Us. generalmente con 'hacer', sign. 'contradecir': *sembradas de puntas para hacerla* (C, II, 10). También con el sign. de 'indirectas': *Advierta la cautela el artificio con que llega [la intención], y nótele las puntas que va echando para venir a parar al punto de su pretensión* (O, CCXV), en que recuerda el actual 'echar puntadas'.
- que.** Muy us. en vez de 'porque', como aún seguimos haciendo: *por allí prosigue, que después es género de imposible el mudarle la corriente* (P, pág. 318). También lo emplea como expletivo: *¿Pensáis... que los reyes hacen la guerra con el bronce de las bombardas? Que no, por cierto, sino...* (C, II, 3).
- quien.** Frecuentemente lo usa en vez de 'que': *un salón... en quien los copos de nieve...* (C, II, 4).
- quimerear.** 'Fingir': *Llegó esto a oídos de la Fortuna y dicen quimereó agravios, dando quejas...* (C, II, 6).
- ramo.** Véase: *El mucho discurrir ramo es de cuestión* (O, CCXXXIX); parece expresar 'productor, engendrador'.
- ratero.** Se usaba y se usa por 'rastrero', viéndose también en G.: *Ingenio sublime nunca crió gusto ratero* (H, V).
- raza.** 'Hendidura'; por ser palabra de poco uso se apunta su empleo por G.: *diamante sin raza* (H, XIX).
- realce.** Muy dilecta y característica de G. con su sentido de 'cualidad excelsa'.
- rebutir.** También frec. en él, por 'embutir': *rebútelas el mundo de su vanidad* (C, I, 8).
- recado.** En su sign. de 'conjunto de objetos necesarios para algo': *servíos de despejar... pues ya tenéis recado* (C, I, 13).
- reconsejo.** Reiteradamente se ha hecho aquí refer. a este vocablo como perteneciente a un grupo de palabras de sentido parecido y constante uso. Un ej. más: *campea el acertar de una presteza a vista del errar de un reconsejo* (D, XV).
- recordar.** En su sign., que aún tiene, de 'despertar': *yo soy... la que hago abrir los ojos, y a todo hombre que recuerde* (C, II, 2).
- redrojo.** 'Fruto enteco': *dedican... el redrojo para el diezmo* (C, II, 10.).

- refleja** (siempre *-exa* en G.). 'Reflexión, cautela', muy frec. en G.: *condenando con juiciosa reflexa los apasionados desaciertos* (D, XVII).
- reflexo** (adj.). El mismo sign., esencialmente: *sea antes venerado por sabio que temido reflexo* (O, CCXIX), donde el sentido de precavido o cauteloso es indudable.
- regañado**. 'Fruncido', hoy algo usado también: G. habla de *ojo regañado* en C, I, 10.
- regañón**. En su sign. de 'vendaval' o viento del NW.: *pasó como un regañón* (C, III, 3).
- relajar**. En el de entregar un reo a otro juez; dice G. donosamente: *los libros mandaron se les quitasen a hombres que lo son y se relajasen a los pages y doncellas de labor* (C, II, 1).
- remitivo**. Voz un tanto enigmática, por haber visto sólo un ej. en G.: *no sabiendo callar... sin ser necesario darles el remitivo político de la afectada ignorancia* (C, III, 2); par. ref. a un medicamento, como vomitivo, y tal vez esté relacionado con el sign. de 'perdonar o absolver de alguna culpa', que tiene 'remitir'.
- remonte**. Frec. en G. en su sentido de esfuerzo por mostrarse sublime e incomprendible: *si bien con los entendidos vale mucho el seso en todo, para los más es necesario el remonte: no se les ha de dar lugar a la censura, ocupándolos en el entender* (O, CCLIII).
- repasión**. Par. adquirir en G. dif. matices, marcados por el sentido de cada frase: *Pocas veces se da disgusto a otro sin tomarlo, o por compasión o por repasión* (O, CLXXXVII), donde equivale probabl. a 'remordimiento'; *si hay acción, hay repasión* (C, I, 3), donde hace más bien pensar en 'reacción'.
- repastarse**. Contra el uso normal, emplea G. este verbo como refl.: *él sin comer, ella repastándose* (Com, XXII); *come con gusto este pan, repástate en él* (id.).
- repelar**. En su sent. de 'quitar': *repelad cuanto pudiereades* (C, II, 8). 'Repelo' sí lo usa como 'contrapelo': *saber tomar las cosas: nunca al repelo* (O, CCXXIV).
- repetir**. Lo usa G. con diversos sign.: *Estiman algunos más una onza de ventura que arrobas de sabiduría, que quintales de valor; otros, al contrario, que fundan crédito en la desdicha como en la melancolía. Ventura repiten de necio y méritos de desgraciado* (H, X), donde par. sign. 'considerar, reputar'. *Válgame en esta ocasión el valer nada para repetir de eterno* (C, I, 1), con probable sentido de 'reclamar', como también aquí: *Esa es bien propio del hombre, nadie se la puede repetir* (C, II, 7). En este otro ej.: *repelía para Catón en la severidad* (C, II, 1), el sign. es el genuino: era un segundo Catón.
- reporte**. Como 'reportación': acto de reportarse, de no precipitarse: *Sea contrariedad el reporte, y más en las prontitudes; mucha reflexión es menester* (O, CCVII).
- resabio**. Sin sentido peyorativo: *Las sentencias y las crisis sazonan la historia, que sin estos dos resabios es insulsa la narración* (A, XXIX).
- residencia**. Con su sign. de acción de residenciar: *Los [empleos] más autorizados son los que tienen menos, o más distante, la dependencia; y aquél es el peor que, al fin, hace sudar en la residencia humana y más en la divina* (O, CIV).
- respaldar** (adj.). Par. creación de G.: *Creedme que importan mucho estas atenciones respaldares* (C, II, 1); el sign. es obvio.
- retén**. Otro voc. frec. en nuestro autor, que expresa la reserva, tan recomendada siempre por él: *El retén en todas las materias fue gran regla de vivir de vencer* (O, CCXII).
- retentiva**. Expresa la misma idea: *la retentiva es el sello de la capacidad* (O, CLXXIX).
- retirar**. De los vocablos con *re-* aumentativo es de los que más despistan a primera vista: *¿quién metió acá a aquel que retira a tonto?* (C, III, 6).
- retórico**. 'Convinciente': *es tan retórico el ejemplo superior...* (O, CLXXXVI).

- reventón.** Con su sign. de 'aprieto grave': *empeñados en el mayor reventón de la vida* (C, II, 1).
- revulgo.** El *re-* aumenta la porción de vulgaridad: *Pero hay vulgo y revulgo, que es peor* (O, CCVI).
- rifar.** Con su sentido de 'reñir': *se despeña... rifando con las flores* (C, II, 1).
- royo.** El ej. en que se encuentra (*unos polvos... más pestilentes que los de un royo*, C, II, 8) no basta para aclarar el sign. concreto de la palabra.
- rozar.** Aunque también con su sent. natural (como en: *decíase que para la honesta consorte y rozábalas la ramera* —se trata de telas—, C, III, 5), más lo emplea G. con sign. inmaterial, como en 'rozar la decencia', 'las eminencias', 'galas y costumbres', 'la estimación, que en rozándose se pierde', etc.
- ruar.** Con su sign. de 'pasear': *Ruaba con otro bien monstruoso muy atapado* (C, II, 9).
- ruibarbaro.** Probable deformación de 'ruibarbo' por imitación del lat. 'rheubarbarum': *Allí vieron el ruibarbaro de Epicteto* (C, II, 4).
- rumbos.** 'Brillo, ostentación': *nació el aplauso con rumbos de sol, que nace ya gigante de lucimiento* (H, XVI).
- rumfla.** Por 'runfla'=serie de cosas de la misma especie: *ya la rumfla de los consejeros comenzó a voz en grito* (C, III, 4); el sentido en la frase es claro.
- sacar.** 'Ganar, conseguir': *para su mujer no saca el honesto vestido* (C, II, 9).
- sacramentar.** 'Reservar, ocultar': *Si todo exceso en secreto lo es en caudal, sacramentar una voluntad será soberanía* (H, II); el sign. lo confirma el autor, que titula este primor 'Cifrar la voluntad'.
- saltear.** Como 'asaltar': *Aguarda, que me ha salteado una curiosa pasión* (C, II, 2).
- sangre.** Lo usa, para jugar del voc., con el sign. de 'dinero' del lenguaje de la germanía: *quien no tiene sangre no tiene consanguíneos* (C, II, 3).
- sátrapa.** Con su sign. de 'sagaz, ladino': *los sátrapas, los críticos, entendidos... se empeñaron por Momo* (C, II, 11).
- seboso.** Con el de 'enamorado, amartelado', que aún tiene: *llámanles [a los portugueses] sebosos vulgarmente* (C, III, 8).
- seca.** 'Infarto de glándula': *las secas no pierden vez* (C, III, 10).
- secresto.** Por 'secuestro': *comenzóse... la causa... a título de secresto* (C, I, 4).
- sectario.** Así llama a los que fácilmente adoptan cualquier extravagancia: entre los 'monstruos de la necesidad' incluye *noveleros, paradojos, sectarios* (O, CLXVIII).
- sellar.** Es uno de los variados términos que emplea para 'ocultar', 'encubrir', concepto tan frecuente en él: *es la simpatía uno de los prodigios sellados de la naturaleza* (H, XV); *Hanse de sellar los afectos, cuanto más los defectos* (O, CCXLI); *sellaron la agudeza, o por no ofenderla, o por desahuciarla* (A, I).
- simplato.** Par. ser creación burlesca de G.: *sacaron muchos platos, aunque los más comen simplato* (C, I, 7), aludiendo a su simplicidad.
- sindéresis.** Muy predilecto el concepto que expresa, lo usa G. mucho y con sentido muy amplio, pero siempre elevado; para él *es el trono de la razón, base de la prudencia, que en fe de ella cuesta poco el acertar* (O, XCVI, todo dedic. a ella).
- sitiada.** Arag., 'junta': *quédese para otra sitiada* (C, II, 7).
- sobremesa.** Us. como adv., sin 'de': *Quedan sobremesa los gustosos convidados* (Com, XVI).
- solecismo.** Lo emplea muy bien en esta frase: *la Grecia... hoy está hecha un solecismo en poder de los bárbaros trances* (C, III, 10), aludiendo así a su tosquedad.
- solícito.** También lo usa con pleno aprovechamiento de su sign.: *Toda dificultad*

- sollicita es discurso, y es agradable paso de ingenio* (A, XXXIX), refiriéndose, sin duda, a que excita nuestra reflexión para resolverla.
- solizar.** El propio G. lo proclama neologismo suyo: *como soliza (si así puede decirse un hacer del sol) un augusto corazón...* (H, IV).
- sonriso.** Raro como masc.: *Húrtasele el cuerpo airosamente con un sonrisa a la más dificultosa contienda* (O, LXXIII).
- sublime.** Pertenece al caudal de vocablos que G. usa muy frec.
- suponer.** En su sentido de tener autoridad, importancia: *mas ya no suponen, no espantan ya* (C, II, 2).
- suspensio.** Lat., de 'suspendium': *sentenciándole al suspensio de tan invidiosa suspensión* (O, CLXII), aunque el sign. no es la acción de ahorcarse, sino la prolongación del suplicio del envidioso, que no muere de una vez.
- sutil, sutileza.** También de sus palabras muy frec., en sus distintos matices.
- tacaño.** Con su sign. de 'pícaro': *se conciertan los tacaños en darle chasco* (C, III, 7).
- tahur.** Muy us. por G., con variadas aplicaciones dentro de su idea, predominando la de sagacidad y maestría.
- tela.** Su sign. de 'lugar dispuesto para la lid' le sirve muy bien: *en pie... manteniendo la tela de su impertinencia* (C, III, 7).
- temilla.** Este dim. de 'tema' lo emplea con su sentido de terquedad molesta: *estas necias temillas tienen abrumados a muchos* (C, II, 1).
- templarse.** Véanse tres ejs. con matices diferentes: *compita la destreza del advertido en templarse con la curiosidad del atento en conocerle* (H, I); *Observar los genios y templarse al de cada uno* (O, LX); *Gran treta es saberse templar en las fuerzas* (O, XCV): parecen ser, respectivamente, 'recatarse', 'ajustarse' y 'moderarse'.
- terrero.** Otra palabra predilecta de G., en su sign. de monigote para tirar sobre él; lo aplica, sobre todo, a los que sufren desprecios y burlas.
- testa.** Lo usa en su sentido propio (como en: *preciándose más de tener buena testa que talla*, C, II, 1; o en: *testa de yerros*, O, CXLIX, etc.), pero también en forma menos clara, como aquí: [la epopeya] *forja un espejo común y fabrica una testa de desengaños* (A, LVI), donde par. ser un lat. con su sign. de vasija (*testa*).
- tirón.** Aquí el lat. no es dudoso, con su mismo sign. de 'aprendiz': *Encargaba, pues, Antistenes a sus tirones desaprender siniestros para mejor después aprender aciertos* (D, XX).
- titibilicio.** Otro lat., de 'titivilitium'=la hilacha gastada que se cae de la tela, pasando de ello a sign. 'nada, nadería': *De los titibilicios, cascabeles y esquiroleles hacia hombres de asiento y muy de propósito* (C, I, 8).
- torcedor.** Lo usa repetid. en el sent. de treta para provocar al contrario a descubrirse, contradiciéndole con maña: *válese de semejantes torcedores de secretos* (O, CCVII); *es el único torcedor, el que hace saltar los afectos* (O, CCXII). También el verbo: *el contradecir para torcer* (O, CLXXIX).
- tozuelo.** 'Cerviz': *llegó uno bien lucio de tozuelo* (C, III, 1).
- traste.** G. aplica su sign. del tecnicismo de la guitarra, etc.: *pone en subido traste el aplauso* (H, XVI), o sea que eleva mucho el entusiasmo.
- treta.** Bastará recordar lo reiteradamente que surge este voc. en los ejs. puestos en este aporte de vocabulario. He aquí uno más: *observan inviolablemente aquella otra gran treta de sentir con los pocos y de hablar con los muchos* (D, XIX).
- tripular.** Un voc. más procedente del leng. del juego, en el que sign. 'descartar, desechar': *el entremetido... es tripulado en confusión* (O, CCLXXXIV).
- tropelista.** Dando a 'tropellía' un sentido amplio, escribe: *el famoso Tropelista...*

- comenzó a echar por la boca espeso humo* (C, III, 4), donde el sign. de 'ilusionista' es indudable. En otra frase del mismo cap.: *...para ver las humanas tropelías y las tramoyas tan introducidas*, cabe ese sign. y el corr.
- tumbar.** Us. como verbo neutro con sign. de 'caer, dar tumbos', que suele emplearse menos que el act. y el refl.: *al punto que comenzó a tumbar...* (C, II, 6).
- unitono.** Acaso sea suyo este bello neologismo: *hurtándole todos el oído al unitono, la atención al impertinente* (D, CIII).
- usar.** Sin apartarse de su sign. propio, lo renueva por su construcción: *quien no tiene usado el genio de esta gente...* (D, XIV), equiv. a 'quien no está habituado'.
- vade.** Lo emplea con el sign., escolar entonces y ahora, de 'vademecum': *lo común es trocar... el vade por la guitarra* (C, III, 8).
- valiente.** Usa mucho de él, como equival. de 'valioso', aplicándolo a casos muy distanciados entre sí: *vale más un sí de un valiente juicio de éstos...* (D, XIX); *este valentísimo realce* [el buen juicio] (id.); *los más valientes objetos* (O, LXV); *valientes tablas, obra de prodigiosos pinceles* (C, I, 12); *hizoles* [el vino] *valiente impresión, rindiéndoles de todo punto* (C, III, 2); *comienza a llamarla con valientes clamores* (Com, XXII), etc.
- vaquerillo.** 'Sayo de vaquero': *hizoles su madre dos vaquerillos con la misma atención* (C, I, 11).
- varillas.** Parecido a 'alfilerazos' para hostigar y sonsacar: *arroja varillas para hallarle el sentimiento* (O, CXLV). Es de las palabras muy frec. de G. En el singular la emplea mucho menos, pero también se encuentra: *Dios nos libre... de la jara* [palo aguzado] *de una varilla* (C, I, 11).
- varón, varonil.** Con su sign. de 'maduro': *a los moços la superficie y a los varones la profundidad y el centro* (C, II, 1); *aquel puerto de la varonil edad* (C, II, 2).
- vejedad.** 'Antigualla': *se reirían de tal vejedad* (C, II, 11). El D. A. la registra sin atribuirle sentido peyorativo, que sí da a 'vejestorio'.
- vender.** Con claro sign. de 'encomiar, pregonar': *no se pagan de engañosas apariencias ni las venden* (D, XIII); *saber vender sus cosas* (O, CL). Bastante frec.
- verbo.** Lo usa alg. vez (como aquí: *Hásele de prevenir el genio primero, tocarle el verbo*, O, XXVI) con sentido, al parecer, de 'tema predilecto'.
- viático.** Us. diestramente con su sentido de provisión para viaje: *la dulce conversación, el mejor viático del camino de la vida* (C, I, 11).
- vinolencia.** Una expresión de la inmoderada afición al vino: *en la niñez por la golosina... y en la vejez por la vinolencia* (C, III, 2).
- vira.** Conoce también este voc. poco frec., que designa una pieza del zapato, entre la piel y la suela: *no vale aquí ni la espuela de oro ni la vira de plata* (C, II, 11).
- vivo.** Equival. de 'viveza': *tuvo mucho vivo aquella sazonada respuesta* (C, III, 9).
- vulpeja.** Suele preferir este vocablo a 'zorra'.
- zaino.** Con el sign. (que también recoge el D. A.) de 'traidor, cauteloso': *¿Y aquél? —El Zaino, otro que tal* (C, III, 6).
- zancón.** Como 'zancudo': *mira qué trancos da aquel zancón que por allí pasa* (C, III, 4).
- zeñar.** Arag., 'hacer señas': *no le osaba llamar por no descubrirse, pero zeñábasele* (C, I, 10).
- zompo.** Como 'zopo', lisiado de pies o manos (D. A., que añade su sustitución, especialmente en Cast. la Vieja, por 'zompo'): *Cuatro pies zompos y una cola muy reverenda* (C, III, 4).
- zonzo** (el D. A. dice: insulso, sin sazón; y, metafóricamente, sin gracia). V. ej.:

Que para esos... es [prebenda]... y aun beneficio, ni otro sino çonço (C, III, 1).
 Usa también G. la frase *hacer los zonzos* con sign. de 'fingirse tonto' (C, III, 6).
zumbir. Por 'zumbar': *oyendo zumbir las balas* (C, II, 8).

Este esbozo de léxico graciano, pese a su desmaña, espero haya mostrado la holgura con que el despierto jesuita usa del instrumento lingüístico, cómo dilata, si le conviene, la expresividad de los vocablos y la contrae otras veces hasta concretarla en una determinada acepción, que él independiza por sí, todo ello impecablemente y con beneficio de la precisión. He aquí ahora, como complemento, una breve serie de locuciones, si bien el empleo de éstas, al revés de aquellos vocablos anteriores, deja muy escaso campo al albedrío del escritor; de carácter genuinamente popular, como suelen tales locuciones ser, a las normas del pueblo ha de plegarse quien de ellas haya de usar. Pero en esto mismo veo su utilidad, por estimar que aquel justificado prurito de originalidad, propio del verdadero escritor, y este contentamiento con los usos populares, constituyen precisamente las características de Gracián en el aspecto lingüístico.

Véanse, pues, algunas locuciones que han sido apuntadas; en la mayoría de ellas no se indicará su significación por considerarlo totalmente innecesario:

- a espaldas de. Ej.: *cuando en seguro de la amistad y a espaldas de la confianza...* (D, XIX).
- a la que. Ej.: *abrí los ojos a la que comenzaba abrir el día* (C, I, 2).
- a lo cigüeño. Ej.: *le señalan con el dedo, a lo cigüeño [con burla]* (C, III, 6).
- a lo de. Ej.: *vistiose a lo de Critilo [al modo de]* (C, I, 10).
- a lo desalumbrado. Ej.: *ni se justificará a sí tan a lo desalumbrado [a ciegas]...* (O, CCXCV).
- a sombra de tejados. Ej.: *y así andaba a sombra de tejados [solitario]* (C, I, 11).
- al cabo al cabo. Ej.: *al cabo al cabo todo hombre es barro* (C, II, 3).
- al canto de. Ej.: *está muy al canto del enfado* (H, XIV).
- al encontrado. Ej.: *con algunos todo ha de ir al encontrado* (O, CCL).
- algo qué. Ej.: *descompuso algo qué su gran belleza* (C, II, 4); 'algo'.
- con que. Por 'aunque': *con que imaginé..., jamás di en el modo...* (C, I, 1). Frec.
- cual y cual. 'Alguno que otro': *muy pocos son los que llegan a ser personas; cual y cual, un Conde de Peñaranda* (C, I, 6).
- dar filos. Ej.: *consérvese ayuno dando filos al apetito* (Com, XVI); 'aguzando'.
- de balde. 'Sin motivo': *Muchos hay que aborrecen de balde, sin saber el cómo ni por qué* (O, CXIX).
- de barra a barra. Ej.: *Engañase de barra a barra quien tal dice* (C, II, 8).
- de corrida. Ej.: *ni basta cualquiera ligera cognición, empeño de corrida...* (H, VI).
- de estrella. Ej.: *El ingenio está de vez, el genio de temple y todo de estrella* (O, CXXXIX).
- de día. 'De suerte, en día favorable': *no siempre está uno de ocasión, que por eso se dijo estar de día* (O, CLXXXV).

- de mazada.** 'Con suerte', en el leng. de germanía: *al fin, peleasteis de mazada* (C, III, 12).
- de temple.** Ej.: *el ingenio está de vez, el genio de temple* [en su punto] (O, CXXXIX).
- de tronera.** *Perdiase naturalmente por los hombres de tronera* (C, II, 6).
- en el lodo.** 'En desgracia, en peligro': *Conozca al que está en el lodo* (O, CCLXXXV).
- en fe de.** Ej.: *con todo eso son plausibles en fe de lo aliñado* [debido a lo] (D, XVIII).
- en misterio de.** Ej.: *No sin propiedad consagró la gentilidad a Hércules el buey, en misterio de que...* (H, VI). El sign. equivale al anterior.
- en seco.** 'Sin motivo': *le decía... al otro: «Tú eres un simple», en seco y sin llover* (C, III, 5).
- entre pies.** 'Olvidado'. Ej.: *lleva entre pies lo que había de poner sobre su cabeza* (O, CCLXVIII).
- grado a.** Ej.: *grado a los buenos lados que tuviste* (C, III, 12).
- guardar los aires.** Ej.: *la fortuna les va guardando los aires* (C, I, 1).
- hacer del ojo.** Ej.: *El excusarse antes de ocasión es culparse, y el sangrarse en salud es hacer del ojo al mal y a la malicia* (O, CCXLVI).
- hacer tiro.** Ej.: *hace tiro a un león* (C, II, 7); 'acertar a herir'.
- lo que es.** Ej.: *lo que es leer algún poeta... se les permitió a algunos* (C, II, 1); es el giro bien conocido, aunque se va perdiendo ya.
- menos de.** Ej.: *que ninguno dijese verdades menos de ser tenido por loco* (C, II, 9).
- meter en casa.** Ej.: *para más meterlos en casa* (C, III, 10); 'en juicio'.
- meter en campo.** Ej.: *disputando... qué gente podían meter en campo* (C, II, 5); 'poner en pie de guerra'.
- poner por puertas.** Ej.: *desnudaron a estos pobrecitos y los pusieron por puertas* (C, I, 11). Esta locución, que aún usamos, procede de 'pedir limosna por las puertas'.
- por los mismos filos.** Ej.: *desquitarse estos por los mismos filos* (H, V); es locución de esgrima, que en las demás cosas puede trad. 'por los mismos medios'.
- respecto de.** Ej.: *Mal año para la tizona del Cid... respecto de una maza preñada de doblones* (C, II, 3).
- tal vez.** La usa frecuentísimamente G., no con sign. dubit., sino con el de 'alguna vez'; en ocasiones es dudoso, pues la frase es correcta en ambas acepciones.
- tanto monta.** Ej.: *aquel «non plus ultra» de la tierra y un tanto monta del cielo* (C, III, 9). 'Un igual'; el origen no hay que decirlo.
- tomar la mano.** Ej.: *Tomó la mano el soberano dueño y dijo* (C, I, 2); 'la palabra'.
- tomarse la honra.** Ej.: *Mejor es tomarse la honra que aguardar a la rebatiña de la fortuna* (H, XI); 'retirarse a tiempo'.

El ensayo que aquí finaliza, emprendido muchos años después de haber abandonado los trabajos lingüísticos, está probablemente muy necesitado de rectificaciones. De sus partes, la destinada a caracterizar el léxico graciano es terreno en especial abonado para ellas. Sólo con esa labor, depuradora y complementaria, pueden iniciar estas notas la fijación del vocabulario personal de Gracián, que, entre los vocabularios particulares de los escritores españoles, se cuenta, sin duda, entre los más interesantes.

B. SÁNCHEZ ALONSO